

Fuerzas
de policía



NEVADO DEL TOLIMA

“Este Tolima ha sido escenario de los grandes acontecimientos históricos. Es un pueblo aguerrido, amante de la religión cristiana, pastoril en sumo grado, sufrido como el que más y azotado cruelmente por la barbarie en los últimos años. Y cada vez que surgen en el panorama nacional hombres de la talla de Vuestra Excelencia, sin diferencias de raza, religión o partido, proclaman su nombre como guía redentora y estela luminosa para sus venturosos días. El Tolima no sabe equivocarse cuando señala a sus conductores”.

Teniente-Coronel CÉSAR A. CUÉLLAR VELANDIA
Gobernador del Tolima

El
T
O
L
I
M
A

y el

G
O
B
I
E
R
N
O

A vuestra tierra se llega con solícito entusiasmo, porque su historia se confunde con los orígenes mismos de la Patria a través de los guerreros insignes que, al lado de otros centauros, recogieron laureles en las campañas libertadoras, que independizaron igualmente pueblos limítrofes y hermanos y porque en esta porción de nuestro suelo irradian siempre el más auténtico nacionalismo y la más pura devoción por la libertad”.

Teniente-General GUSTAVO ROJAS PINILLA,
Presidente de Colombia

IBAGUE, Ciudad Musical.



Centro de transportes, ferrocarriles, carreteras, líneas aéreas, 310 kilómetros de ribera fluvial sobre el Magdalena.

Colegios de segunda enseñanza, escuela agronómica, centros para enseñanza primaria.

Conservatorio, Masas corales, actividad cultural.

Barrios modernos, construcciones y residencias de primera clase.

Jardines públicos, parques bellísimos.

Calles asfaltadas, edificaciones industriales, gran actividad comercial.

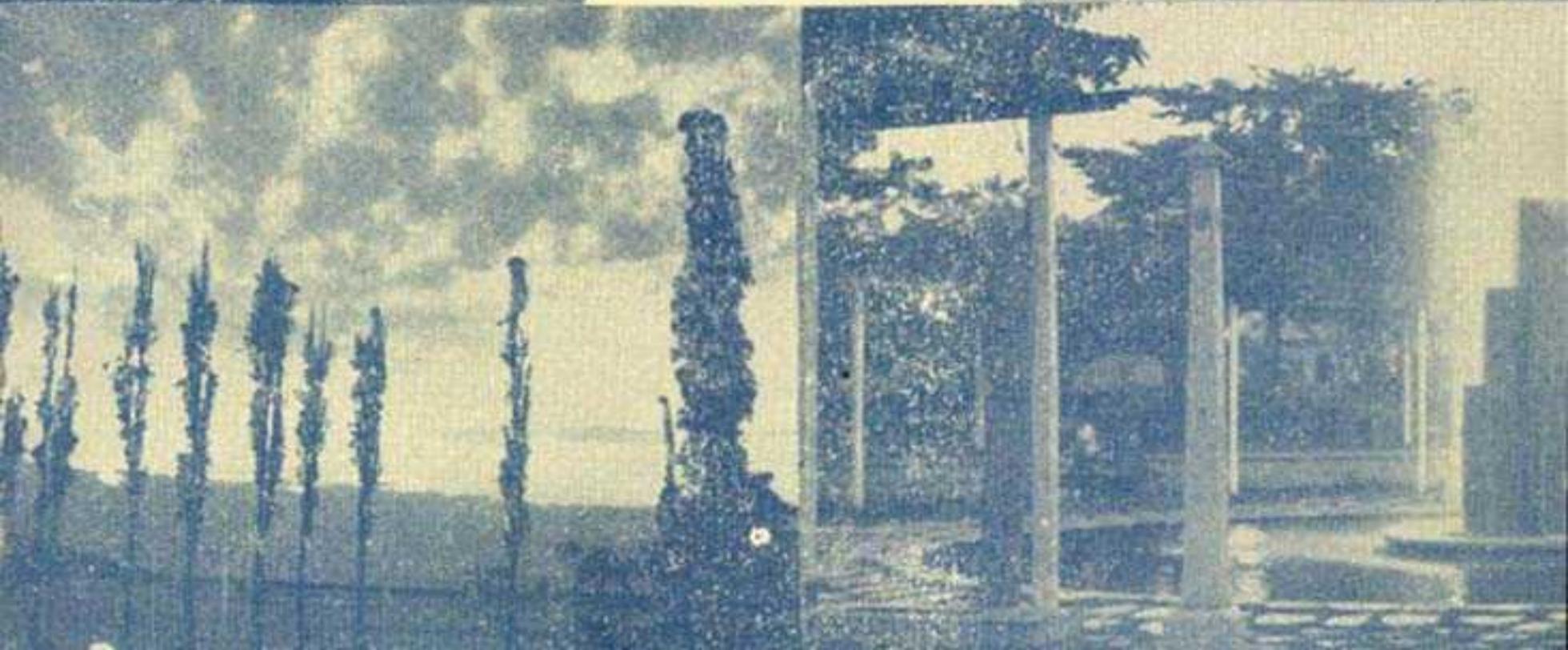
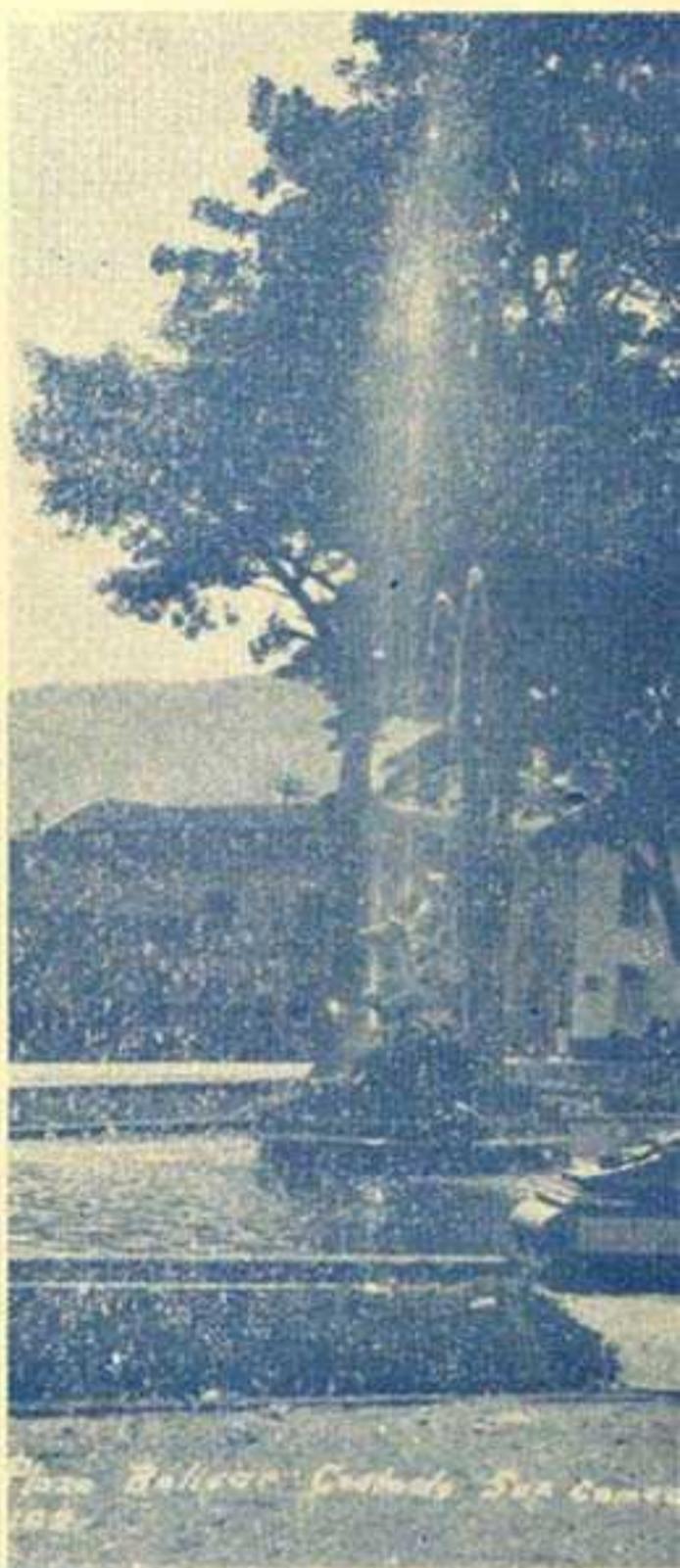
Abundante agua potable, higiénicamente garantizada, energía eléctrica, servicio de teléfonos.

Reformatorio de menores, hospital, activa campaña de higiene y salubridad.

Fácil acceso al nevado del Tolima, hermosos paisajes, aguas termales, gran centro turístico.

Altura sobre el nivel del mar, 1.284 metros y clima suave de 22 grados centígrados.

Población calculada: 94.000 habitantes.



FUERZAS DE POLICIA

REVISTA MENSUAL AL SERVICIO DEL GOBIERNO DE LAS FUERZAS ARMADAS

ABRIL DE 1954

REPUBLICA DE COLOMBIA

BOGOTA

No. 22

CORONEL

FRANCISCO ROJAS SCARPETTA

COMANDANTE DE LAS FF. DE P.

TENIENTE - CORONEL

GUILLERMO PADILLA

SUB - COMANDANTE

DOCTOR

CARLOS MALO BAÑOS

SECRETARIO GENERAL

DEL COMANDO Y DIRECTOR DE
LA REVISTA

MAYOR

MANUEL MENDOZA ESCOBAR

ADMINISTRADOR

TARIFA:

Contraportada interior... \$350.00

Contraportada exterior... \$350.00

Páginas interiores... \$200.00

VALOR DEL EJEMPLAR:

\$ 0.50

CONTENIDO:

Cartel	2
Revista de sucesos y gentes	3
Bolívar, por José Martí	4
La legítima defensa, por el Comisario Nicolás J. Lablanca	10
"Vidocq y los bandoleros", tomado de la Revista de Policía del Paraguay	12
Amor y temor de Dios, por Carlos Malo Baños	15
Nuevos cursos y nuevas materias en la Escuela General Santander	17
La oratoria militar, por el Mayor Julio E. Villate	25
La implacable "vendetta" italiana, por Georges Hurel	29
Kindergarten para cuadrúpedos, por L. R.	33
Por un pedazo de pan, por Alicia de Novoa	36
¡Si Hauptmann hubiera hablado...!, por Quentin Reynolds	41
Recuperación de Platero, por José Hugo Ochoa	52
Cuando Conan Doyle fue Sherlock Holmes, por Alan Hynd	54
El miedo se trata actualmente como enfermedad, por el Teniente Coronel Souto Feijóo	57
Contrastes	62 y 63
La División Cundinamarca	64

NUESTRA PORTADA

BRIGADIER GENERAL ALFREDO DUARTE BLUM

COMANDANTE GENERAL DE LAS FUERZAS ARMADAS

DATOS BIOGRAFICOS DE OFICIAL

Grado: Brigadier General. Nombre completo: Jorge Alfredo Duarte Blum. Arma o servicio a que pertenece: Artillería. Cargo actual: Comandante General de las Fuerzas Armadas. Fecha de nacimiento: 9 de marzo de 1910. Lugar de nacimiento: Málaga (Departamento de Santander del Sur). Nombres de los padres: Eustoquio Duarte S. y Adela Blum. Nombre de la esposa: Dalila Peláez Sierra. Nombres de los hijos: Germán, Alda Regina, Nohra, Eugenia y Armando.

Cargos importantes que ha ocupado: Profesor Militar Interno de la Escuela Superior de Guerra; Comandante del Grupo "Berbeo" y Escuela de Artillería; Profesor de táctica militar en la Escuela de Artillería; Oficial de Planta del Estado Mayor General; Jefe del Estado Mayor General de la 3ª Brigada; Agregado Militar en la Embajada de Colombia en Lima, Perú, y Comandante General de las Fuerzas Armadas. Condecoraciones: "Orden de Boyacá", en el grado de Gran Oficial; "Orden Naval Almirante Padilla", en el grado de Gran Oficial; Cruz de "Oficial de la Orden de La Corona", del Gobierno de Bélgica; Cruz "Abdón Calderón", de segunda clase, del Gobierno del Ecuador, y Medalla de 20 años de Servicio.



Cartel

Las Fuerzas de Policía y la recolección del Café

Bogotá, marzo 18 de 1954.

Señoras Comandantes de la Policía:

CREO INNECESARIO tratar de relievár la importancia suma que para el pueblo de Colombia tiene la *industria del café*, ya que ella ha traspasado las lindes patrias, y en Europa y Estados Unidos se hallan pendientes del precio, cada día mejor, que nuestro grano adquiere en todas las latitudes, lo que obliga a darle a ese renglón, tanto por parte de los habitantes de la República como de sus autoridades y especialmente de las de Policía, la

protección que se merece por el sitio de preeminencia que ocupa en la economía nacional, como que refluye de manera inmediata sobre el standard de vida, la comodidad, progreso y bienestar del pueblo colombiano.

Y esa protección se torna imperativa en estos momentos en que se avecina la cosecha anual del café, y todos los factores permiten prever una de excepcional y jugosa abundancia.

Pero esas mismas circunstancias están provocando en individuos y grupos inescrupulosos, por darles la más benigna denominación, el deseo de entorpecer las labores de recolección, hasta hacerla imposible para sus dueños, bien para robarles el producto ya recogido o para efectuar ellos (los inescrupulosos) esa cogienda, si sus maniobras prosperan y los propietarios abandonan sus predios.

Esos delitos, indudablemente de lesa Patria, no llegarán a perpetrarse porque Colombia entera se opone a ellos; y porque la Policía, a nombre de todos los derechos cuya guarda le corresponde por mandato de la Constitución y de la ley, va a organizar una verdadera batida contra ese tipo de maleantes, a fin de impedirles su antipatriótica y criminal labor y darles a los dueños legítimos del café toda la seguridad y tranquilidad en el ejercicio y beneficio de su indiscutible derecho.

Usted, señor Comandante, debe proceder a visitar los centros cafeteros de su jurisdicción, provocar reuniones de chicos y grandes en la industria, oír sus atinados consejos y adoptar, aun en exceso si fuere el caso, todas las medidas aconsejables para que aquella proditoria labor no vaya a producir la pérdida ni siquiera de un grano de tan precioso fruto.

Este Comando, al recibir sus proyectos para organizar ese amparo, procurará complementarlos si algo se hubiere olvidado, aun cuando espera no haya de ello necesidad, porque confía ampliamente en su celo y competencia y en la eficaz y decidida ayuda que a buen seguro le prestarán todos los buenos colombianos y en especial los directamente interesados en que la cosecha de 1954 sobrepase todos los cálculos, aun los más optimistas, como resultado —entre otras cosas— de la especialísima atención y protección que a eso hecho va a prestarle el Gobierno de las Fuerzas Armadas.

Avise recibo, informe.

Atentamente,

CORONEL FRANCISCO ROJAS SCARPETTA,
Comandante de las Fuerzas de Policía.



MUSICA Y HOMENAJE

El cumpleaños del Comandante de las Fuerzas de Policía, Coronel Francisco Rojas Scarpetta, dio lugar a numerosas demostraciones de simpatía que tuvieron por escenario la hermosa hacienda de "La pequeña Victoria". Oficiales, agentes y empleados civiles hicieron visible el 15 de abril su devota adhesión a la orientación que el Coronel Rojas Scarpetta viene dando a la Policía, agradeciendo al mismo tiempo al Comandante su extraordinario interés por el mejoramiento moral y material de la institución. Números especiales llenaron de cordialidad el ambiente de "La Pequeña Victoria". Pero fue singular la presentación del trio compuesto por agentes de la División "Bogotá", quienes con sincero afecto ejecutaron algunos números de guitarra, entre ellos el Himno al Gobierno de las Fuerzas Armadas. Apuestos, engallados, agradables, los tres agentes demostraron también con eficacia el nuevo espíritu de confraternidad, de estímulo y de inquietud artística que se ha impuesto en el personal de tropa. Oyéndolos cantar daba la sensación de que la Policía, conservando su espíritu militar y sus lineamientos de cuerpo armado, mantiene también el viejo y simpático temperamento que hicieron tan agradables los días de colegio, en los que los alumnos



muestran cada cual sus aptitudes y capacidades, poniendo una nota de color a los perdidos tiempos de la juventud.

*

TRIUNFO CONTINENTAL

La decisión final en el debatido caso internacional de la libertad del líder peruano, doctor Víctor Raúl Haya de la Torre, ha puesto de presente en primer término el inextinguible lazo de unión que vincula cada día mejor a los países de habla hispana. Los esfuerzos de los delegados del Perú y de Colombia por encontrar una solución adecuada a los altos intereses de las dos naciones, culminaron eficazmente con la entrega del pasaporte al dirigente aprista para que viajara a Méjico, en donde ha fijado su residencia.

De otra parte, de esas mismas conversaciones ha surgido claramente establecido con su enorme influencia sobre los casos futuros, el derecho de asilo que cobija a quienes disientan de la opinión del Gobierno de cada país. Naturalmente no se trata de garantizar el derecho de sublevación o de conspiración, sino el de buscar amparo para aquellos elementos que hicieron tan agradables las situaciones de sus Gobiernos, sufren persecuciones oficiales y no les queda otro amparo que las banderas de los países amigos. La ratificación de la amistad colombo-peruana y la consagración del derecho de asilo, son los dos hechos sobresalientes en la feliz culminación del caso Haya de la Torre.

De otra parte, de esas mismas conversaciones ha surgido claramente establecido con su enorme influencia sobre los casos futuros, el derecho de asilo que cobija a quienes disientan de la opinión del Gobierno de cada país. Naturalmente no se trata de garantizar el derecho de sublevación o de conspiración, sino el de buscar amparo para aquellos elementos que hicieron tan agradables las situaciones de sus Gobiernos, sufren persecuciones oficiales y no les queda otro amparo que las banderas de los países amigos. La ratificación de la amistad colombo-peruana y la consagración del derecho de asilo, son los dos hechos sobresalientes en la feliz culminación del caso Haya de la Torre.



*El Libertador de Cuba hace el elogio del
Gran Genio de América.*

B O L I V A R

POR JOSE MARTI

CON LA FRENTE CONTRITA de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro Continente; su caída pára el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella; y de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los

decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huídos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan Mena, la brava paraguaya, que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su Patria"; mujer fue la colombiana, de saya y algodón, que, antes que los Comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice mientras el esposo riega de metralla la puerta del frente: "jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes"; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer, Mercedes Ábrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes an-

dinos, siglos de la Naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquel, en realidad, extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y mandaba que todo cesase a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero, barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco, con el primor de todos los colores. Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el Dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebatada. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencanta el Continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía; no habla desde el Chimborazo con la eternidad, y tiene a sus plantas el Potosí, bajo el pabellón de Colombia, picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes y el techo de centellas que le recuerden, en el cru-

zarse y chispear los reflejos del mediodía de Apure en los rejonos de sus lanzas; y descenden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta, del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienas, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia, o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña; porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy: ¡porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo la sotana de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandando desde allende a horeca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el rolo, y el cholo, y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando... ¡Ni de Rous-

sean, ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches amorosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Arauco, por donde guió talvez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vio, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito eruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre Inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo; pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luégo, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga, muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su Patria; sin casa a dónde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo, en la Cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horea, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno—aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo— porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; y de esta alma india, y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos semejantes: anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y resolvió montes; fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, ¡se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar un canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de

plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un Continente entró tan de lleno en la de un hombre. ¡El Cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él aquellas batallas; parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El Cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: ¡de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, o crespo vellón, visiten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado; y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! ¡Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido; otros, como selva que echa a andar, vienen, costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el bello encendido la bandera libertadora! Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto móvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del Coronel que sus soldados llevan envuelto en la bandera. Yérguese

en el estribo, suspenso como la Naturaleza, a ver a Páez en las Queseras dar caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla el hormiguero enemigo. ¡Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

... Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José, José!, vámonos, que de aquí nos echan; ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la República; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la Independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecerían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber le aconseja ceder a nuevo mando su

creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, talvez en el misterio de su idea creadora superior, los mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infanta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la Independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia de gobierno local y con la gente de la casa propia! "¡José, José!, vámonos que de aquí nos echan; ¿a dónde iremos?"...

¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas! ¡Madre de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las plazas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al Continente, y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿A dónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas; iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la

victoria y el elástico de lujo venía al paso del Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resueitada;

estallan los morteros a anunciar al héroe; y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

SELLO VERGARA

Presenta su
LONG PLAY LP-107-A y B
por los TOLIMENSES

LP - 107 - A

El Aguacatal. (Joropo)

De: Lizardo Díaz M.

Calentanita. (Bambuco)

De: Leonor de Valencia

Besito de Fuego (Bambuco)

De: Luis Carlos González
y Enrique Figueroa

Mi Casita. (Bambuco)

De: Luis Carlos González
y José Macías



LP - 107 - B

La Niña Melancólica

(Joropo)

De: Jorge Ramírez

Tupinamba. (Danza)

De: Adolfo Lara

Mañana es Domingo

(Bambuco)

Arreglo: Jorge Ramírez

Mi Chinitica

(Torbellino, anónimo)



SOLICITELOS EN TODOS LOS ALMACENES DE DISCOS

*El hombre había muerto y no se hallaba la causa aparente.
De todas maneras se alegaba*

La Legítima Defensa

POR EL COMISARIO NICOLAS J. LABLANCA
TOMADO DE "MUTUALIDAD POLICIA FEDERAL"
DE BUENOS AIRES.

SIEMPRE RESULTA INTERESANTE traer al recuerdo algún hecho de los que por sus características provocaron la duda o llamaron la atención en algunos de sus aspectos o por la forma de su producción, pues así se alcanzan y se perciben detalles que, pareciendo simplezas en principio, tienen luego gran importancia.

El caso de que haré memoria lo constituye un homicidio producido en jurisdicción de la Seccional 12ª, hace ya aproximadamente treinta años.

A tanto tiempo transecurrido cobra valor la descripción del paraje, pues el progreso a paso de gigante ha llevado casas, calles y confort a los lugares en que no había ni adoquinado, ni luz, ni medios de locomoción suficientes.

De la calle Rivadavia a la de Directorio alcanzaba la zona bien constituida, y desde ésta al sur hasta el deslinde, allá por la avenida Riestra, alguien la llamó "Villa Pobladora" por el caserío en forma, con sus baldíos, pequeñas quintas, hornos de ladrillos, etc.

Forzoso será, pues, que con ello mencione algún detalle preliminar a la descripción del hecho en sí.

En el mismo edificio de la calle Valle, que actualmente ocupa la Comisaría aludida, una noche de fines del año 1923 me hallaba a cargo de la guardia de auxiliares en momentos en que se desencadenaba una tormenta rayana en temporal, con viento huracanado, grani-zo y frío. Llovía torrencialmente, y el agua caía a cántaros como si hubieran abierto desde arriba las compuertas de

algún dique inmenso que anegaba calles y llevaba el peligro a muchas viviendas desde las que solicitaban ayuda.

Eran cerca de las 22 horas e iba a efectuarse el relevo del tercio de agentes en el momento preciso en que el imaginario hacía saber que un toque de auxilio circulaba en la sección.

Demás está decir que la quietud ambiente de la primera hora había desaparecido para dar paso a la atención de los llamados por la lluvia, que al final no fueron otra cosa que pequeñas alarmas sin importancia.

Pero el auxilio, esas pitadas de auxilios, oídas en una noche tal, a favor del viento y en determinados lugares solamente, habían llegado a la Comisaría. Bien pronto pudo localizarse la procedencia del llamado, y él se situaba por la calle Centenera, a unas veinte cuadras al sur de Rivadavia.

El Inspector de servicio, que recorría a caballo, se hallaba en la calle, y no habiendo concurrido al descanso de las 21 horas, lo suponíamos en el lugar de referencia.

Pensamos en acudir prestamente, utilizando cualquier medio de locomoción que halláramos a mano y, sin pérdida de tiempo, nos disponíamos a ello, cuando providencialmente llegó nuestro Comisario, quien venía desde la calle Rivadavia con un modesto Ford, que en la emergencia pareció ser más que una potente máquina salvadora para andar bajo aquella lluvia.

Fui con él. La calle Centenera era un río, pues el agua la cubría de acera a acera, aumentando el caudal a medida que nos acercábamos a una despensa con despacho de bebidas, desde donde se había demandado auxilio. La luz eléctrica no alcanzaba aún a esas manzanas, y el local tenía por única iluminación la que proyectaba un modesto farol a kerosene colgado del techo.

La escena era por cierto de las que quedan grabadas en el recuerdo de modo preciso; la nocturnidad, la lluvia incessante, la escasa luz, formaban marco sombrío al cuadro que en el interior del negocio había recibido acabada forma.

Allí, en ese lugar de reducidas dimensiones, se había producido el hecho... Un mostrador común daba paso por una portezuela situada en la parte media, y trasponiendo ésta con la mitad del cuerpo en la parte interior, caído de bruces sobre el piso, hallábase un hombre, que evidentemente no daba señales de vida. Este conservaba, apretándolo en la mano derecha, un cuchillo cuya hoja excedía los veinte centímetros.

En el espacio de unos dos metros que de allí a la pared lateral corría tras el mostrador, se encontraba visiblemente nervioso el dueño del negocio, quien a pesar de tal estado denotaba pasiva resignación. Había entregado ya un revólver cargado con cinco cápsulas intactas y una usada recientemente, con el olor y los restos de la deflagración de la pólvora.

A nuestra llegada se había anticipado por unos instantes el Inspector de servicio, y, sintetizando, diremos que lo ocurrido se establecía de la siguiente manera: no había testigos presenciales del suceso, estándose por consiguiente a lo que expresaba el presunto autor. Este refirió que el hombre ebrio, ante su negativa de servirle bebidas alcohólicas, sin que mediara otra causa, le atacó con el cuchillo desde fuera del mostrador, primero, y luego furiosamente cuando logró abrir la pequeña puerta pasando a la parte interior. Acorralado él, echó mano al revólver que guardaba en un cajón y, viéndose perdido, porque ya le alcanzó un corte al saco que vestía, hizo un disparo, tras el cual aquél se desplomó cayendo en la forma en que fue hallado. Sin embargo, no había una gota

de sangre ni lesión visible que denunciara la entrada del proyectil en el cuerpo, el que, por otra parte, no fue hallado en el lugar de referencia.

Obtenida la concurrencia del médico, examinó el cadáver y, no hallando señal alguna de sangre ni herida, se remitió a la autopsia para establecer las causas que habían determinado el deceso, pues de otra manera no podían concretarse.

Podía tratarse de una muerte por síncope, pero resultaba extraña en un alcoholizado que arremete poco menos que eneguecido para venir a asustarse con el estampido de un arma de fuego.

Realizadas las diligencias de prácticas con aviso al Juez de Instrucción, el cadáver fue trasladado a la Comisaría, donde con más luz y comodidad fue examinado.

El médico acudió nuevamente, y después de un segundo y prolijo examen halló en el cuero cabelludo, a la altura de la oreja derecha, una pequeña incisión, como si hubiera sido producida por la punta de un cortaplumas. Era preciso separarla con los dedos para percibirla: era tan pequeña y no había en ella ni una gota de sangre, pareciendo una simple lastimadura superficial.

La única lesión visible que se encontró en aquel cuerpo hizo pensar en si por tan diminuta entrada pudo pasar el plomo causante de la muerte, que por cierto no tenía salida al exterior.

Al margen de las actuaciones sumariales, como todo caso que se comenta en el terreno, éste provocó dudas, y, mientras unos estimaban que el fallecimiento se produjo por síncope, otros opinaban que lo había sido por herida de bala.

La autopsia arrojó plena luz. Por ella se estableció que el proyectil dejó tras de sí ese pequeñísimo orificio al penetrar, y luego de correr por la parte posterior del cuello, se había alojado en la medula espinal. La muerte había sido instantánea.

El tribunal que juzgó el homicidio lo encuadró como producido en legítima defensa, dictando la absolución a favor del procesado, quien además reunía a su favor excelentes condiciones de trabajo e intachable conducta.



Vidocq y los bandoleros

Tomado de la "Revista de Policía", del Paraguay

LA VIDA DEL POLICÍA FRANCÉS ha llenado muchos libros. Con las aventuras, casi increíbles por lo extraordinarias, de este hombre excepcional, se han compuesto memorias, novelas, cuentos y hasta guiones para cinematógrafo. Ha pasado más de un siglo desde que actuó, y todavía su famoso nombre resuena en los oídos de la gente. Creemos que jamás detective alguno alcanzará la fama de este funcionario, a quien bien puede llamarse "el rey de los policías".

Valor, arrojo, sagacidad especial, conocimiento profundo del mundo del hampa; tales fueron las cualidades fundamentales que adornaron a Eugenio Francisco Vidocq. Muchos amigos tuvo, y también muchos enemigos, sobre todo en los de su misma profesión. La calumnia se cebó en él, y algunos de los que pudieran llamarse sus biógrafos contemporáneos, tales como Guisquet y Cauler,

El policía francés que cumplió con su deber y llenó la historia policial.

Prefectos de él, movidos por la envidia que les producía la sucesión continuada de éxitos alcanzados por aquel hombre excepcional en su lucha sin cuartel contra la delincuencia de París, muy revuelta en tales tiempos de asonadas y motines políticos casi diarios.

Ya habían pasado los años del Directorio y llegaron los primeros de la Restauración, y aún persistía el terror en muchas comarcas francesas.

Durante veinte años, bandas de misteriosos criminales, que se distinguían por su osadía, crueldad y afición a la rapiña, arrasaban los campos, quemaban las granjas y asesinaban a los campesinos que se atrevían a circular por aquellos terrenos. Raramente transcurrían ocho días sin que se señalaran en los parajes de Peronne, Amiens y Beauvais, un robo con violencia, o un asesinato.

Los habitantes de aquellos pueblos estaban aterrorizados, y al llegar la noche, cada cual atrancaba la puerta de su casa, decidido a no abrirla a nadie, fuere quien fuere. Una vez puesto el sol, los campesinos, si tenían que salir, lo hacían en grupo y llevando en la mano algo con qué defenderse.

El país vivía en estado de alarma y veía con terror pánico a los llamados "hombres negros", que llegaban de donde nadie sabía, echaban abajo las puertas a leñazos, surgiendo de la sombra, con el rostro enmascarado, teniendo en la mano sables o pistolas, y apoderándose luego, entre amenazas y maldiciones, de cuanto caía en sus manos.

Si alguien intentaba hacer la menor resistencia, lo asesinaban sin respetar

edad ni sexo. Después desaparecían exactamente igual que habían venido. La impunidad la habían conseguido gracias al miedo insuperable que producían a todos. Nadie se atrevía a denunciarlos a la Gendarmería, pues no querían tropezar con la venganza de aquellos seres criminales.

Cuando surgía un nuevo atentado, los demás se decían: ¿Cuándo me tocará a mí? Nadie escondía su dinero, pues se sabía que los ladrones eran más crueles cuando tardaban en encontrar el botín.

Por aquellos tiempos era Prefecto de Somme, el Conde de Alonville, el cual, no pudiendo dominar la situación, dio cuenta de lo que ocurría al Ministro del Interior.

Ya la fama de Vidocq se había extendido por toda Francia, y el Ministro llamó personalmente a su despacho al gran policía, y le confirió la misión de perseguir y aplastar aquellas bandas de criminales, cuyas actividades tenían aterrorizadas a varias provincias.

Vidocq se comprometió a llevar a buen término la misión que se le había confiado, siempre que se le diera carta blanca en la cuestión. Así se lo concedió el Ministro.

Aquella misma noche, y convenientemente disfrazado, salió el sagaz policía para Amiens, ocupando un asiento de la diligencia.

Más tarde, y con vestiduras de buhonero, adoptó el nombre de Frénot, y se dedicó a la venta de baratijas por los pueblos de los alrededores. Se dirigió a Santerre y estableció su centro de vigilancia y observación en el Hotel del Cisne, villa de Rosières.

Era en el mes de octubre de 1819.

Entonces sus actividades fueron múltiples. Al mismo tiempo que ofrecía sus baratijas a los campesinos, estaba atento a sorprender conversaciones, interrogando a las personas que les ofrecían interés, bebiendo, comiendo y fumando con todos en tabernas y posadas; pasando las noches enteras en los bosques, con los ojos aparentemente cerrados a cuanto pasaba a su alrededor.

Durante dos meses, día por día, trabajó duramente, con la constancia que le caracterizaba; pero merced a este esfuerzo pudo tener en sus manos la clave del asunto.

Supo que el jefe supremo de los bandidos, el alma y cerebro de los "hombres negros" era un tal Capelier, que tenía una posada en Rainecourt. Capelier, fuerte como un toro, trabajaba por cuenta de una anciana horrible y depravada que era, con sus setenta y dos años, el prototipo de la mujer criminal y sin entrañas. Era la viuda de Guiraud, conocida con el sobrenombre de la "loba de Rainecourt".

Vidocq, para desarrollar su preconcebido plan, se dedicó a enamorar a una muchacha, hija de Capelier, haciéndole la corte con asiduidad, y manifestando sus propósitos de casarse con ella en cuanto reuniera con su negocio lo suficiente para establecer un hogar. Pronto Capelier hizo entrar en su banda al pretendiente de la hija; para poner a prueba al falso Frénot, le encargó de realizar tres robos con escala, que nuestro hombre ejecutó con tanta perfección que los demás componentes de la banda quedaron admirados de tener tal compañero.

Capelier gobernaba una compañía de sesenta bandidos perfectamente disciplinados, con los que realizaba las más atrevidas empresas criminales. Todos confiaban en el nuevo afiliado, excepto la "loba", la vieja Guiraud, que no acababa de dejar de sospechar del desconocido vendedor, pero que no podía vencer la admiración de Capelier por su futuro yerno.

En el pueblo de Berny, en Santerre, vivía acomodadamente un viejo de 86 años, el padre Dufay, antiguo alcalde, y perteneciente a la noble familia de los Saint Simon. La casa Dufay estaba situada en medio del pueblo; un muro de dos metros y medio de alto la circundaba; el buen hombre vivía pacíficamente allí, dedicado a redactar su testamento en el que dejaba todos sus bienes a la Iglesia.

A este infeliz anciano le tenía designado Capelier, el jefe de la banda, para su próximo golpe. A Vidocq, que seguía magníficamente desempeñando su papel de bandolero astuto y arrojado, le confió la misión de explorador de la finca, y al cabo de dos días volvió diciendo que la cosa tendría éxito, por lo que se fijó el 25 de febrero de 1820 para la ejecución del robo.

A la caída de la noche, en tal fecha, Dufay oyó llamar a la puerta de su casa; fue a abrir y se encontró en presencia del Alcalde del pueblo, al que acompañaba un Oficial de Gendarmería. Éste hizo señas al anciano de que no se moviera ni hablara; después se volvió hacia un grupo de gendarmes que le seguían y les mandó que se deslizaran silenciosamente por el interior de la casa. Luégo, en voz baja, explicó al asustado Dufay que había tenido confianzas de que los bandoleros querían asesinarle y robarle aquella noche, por lo que se habían apersonado en la finca para detener a los ladrones y proteger la vida y la hacienda al dueño de la casa.

Mientras los gendarmes se distribuyeron tras de las puertas y ventanas, a Dufay le dijo el Oficial que debía acostarse y fingir que dormía, pues así los bandidos no notarían nada anormal y se les podría sorprender *in flagranti*. No tuvo otro remedio el buen anciano que someterse a las órdenes del Teniente, el cual, por su parte, se escondió tras las cortinas de la alcoba, con la pistola en la mano. A las once y media de la noche los bandoleros rodearon la casa. Eran seis. El jefe, Capelier, el segundo, Vitasse, un tal Lemate, que era medio brujo, otro tal Germain, la vieja "loba" Guiraud, y nuestro héroe, Frénot, que, como se recordará, no era sino el famoso Vidocq. Todo parecía dormir en la casa Dufay. No se oía ruido alguno, la oscuridad era casi completa. Capelier llamó a una de las ventanas. Nada se movió dentro de la casa. A tientas se dirigió hacia la leñera, lugar donde estaban ocultos varios gendarmes. Cogió un leño fuerte para echar abajo la puerta a golpes y casi tropezó con uno de los guardianes.

Derribada la puerta, la vieja Guiraud, Capelier y Frénot se precipitaron dentro de la casa. Abrieron la alcoba donde dormía o fingía dormir Dufay, y en este momento sonó un pistoletazo disparado por el Oficial. Entonces Capelier gritó: "estamos vendidos", y en la

sombra hizo fuego al azar. Los gendarmes, que habían salido de los escondites, dispararon sus fusiles y se inició el combate entre bandidos y policías.

La vieja Guiraud animaba a sus compañeros para que no se rindieran; a pesar de su avanzada edad emprendió la fuga con toda ligereza y hasta llegó a subir a la cresta de la tapia que rodeaba la casa, pero un gendarme le dio un sablazo. La anciana, ensangrentada y todo, se arrojó al otro lado del muro y desapareció entre la oscuridad. Dos de los bandidos, gravemente heridos, quedaron apresados por los gendarmes: Vitasse y Capelier. Bien amarrados los llevaron a la Alcaldía.

El pueblo entero, alerta por los disparos, salió a la calle lanzando mueras a los bandidos. Muchos de los habitantes de las villas cercanas acudieron a reconocer y denunciar a la célebre partida, que durante tanto tiempo tuvo aterrorizada aquellas comarcas.

Vidocq, triunfante y sonriente, se paseaba por delante del Ayuntamiento, hablando con las autoridades, vigilando la llegada de los bandidos restantes, que la Gendarmería, siguiendo sus indicaciones, iba a detener a domicilio. Los malhechores, al conocer la verdadera personalidad de Vidocq, temblaban de espanto.

Las gentes sencillas de aquellos contornos contemplaban al gran policía con la mayor admiración y respeto, y se lo demostraban a sus pequeños, explicándoles las hazañas inauditas de aquel hombre singular, una de las cuales estaba ante los ojos de todos.

Capelier y Vitasse murieron de sus heridas. La vieja "loba" y otros dos bandoleros fueron condenados a muerte.

Por primera vez y para ejemplo de todos, el patíbulo fue alzado en pleno campo, en el cruce de cuatro caminos; allí perecieron afrentosamente los miembros principales de la célebre "banda negra de Santerre", desarticulada y aplastada, gracias al talento policíaco de Vidocq.

Una norma espiritual establecida desde hace siglos en la conciencia del hombre.

Amor y Temor de Dios

POR CARLOS MALO BAÑOS
SECRETARIO GENERAL
DE LAS FUERZAS DE POLICIA

HE AQUÍ los dos grandes pilares sobre los que se asientan las religiones del mundo aun en las épocas anteriores a toda civilización y cuando el hombre sólo se guía por el instinto. Al ente que él reconoce o presume superior, o el sér u objeto que lo representa, le ama o le teme.

Nuestra Religión, la única verdadera —como se han encargado de demostrarlo las ciencias, los siglos y los hombres— se sustenta también sobre esos cimientos, en el primero de los cuales descansa *la caridad*, y en el segundo *la conducta moral humana*, conceptos que lanzamos como sencillos laicos, sin pretender jamás trillar en los, para nosotros, vedados campos de teología.

De ahí que el primero de los conceptos divinos sea el de amar a Dios y al prójimo, como a nosotros mismos.

Primera, pues, debe ser nuestra preocupación por cumplir ese mandato católico, sin olvidar que, como humanos, debemos traducir en obras nuestros pensamientos, y que no es suficiente la simple elación del espíritu, sino que precisa la ejecución de los actos que patenticen ese sentimiento, cuyas raíces en nuestra alma deben ser tan profundas y fuertes

como las que hunde en las entrañas de la tierra el corpulento y milenario árbol que desafía tempestades y huracanes, reverdeciéndose luégo de domeñarlas, y que nuestro espíritu sufrirá igualmente las embestidas de elementos más potentes y devastadores, como son todas las pasiones del hombre.

Desgraciadamente, acostumbramos a olvidar la omnisapiencia del Supremo Hacedor y pretendemos obtener su gracia, contentándonos con el simple lleno de las apariencias que pueden llegar hasta lograr la aprobación de la sociedad humana, cuyos fallos se resienten de la ignorancia de la esencia de las cosas y de los hechos, pero que jamás podremos colocar en los platillos de la balanza divina, porque allí ni se admiten ni se ponderan sino los elementos de la más pura y fina ley.

Criaturas humanas, al fin, como tales debemos actuar y medir nuestros hechos. ¿Se contentaría el sér amado con sentirse tal, si su amante no exterioriza el sentimiento y no obra acoplándose a la voluntad y al deseo de aquél? ¿Amaremos a nuestro superior, si no acatamos, respetamos y obedecemos sus órdenes, y, aún más, si no nos anticipamos

a satisfacer sus más triviales pensamientos?

Pero para nosotros ni siquiera existe esta última eventualidad, porque la Divinidad determinó desde hace decenas de siglos las supremas normas de nuestro obrar y sentir, condensándolas en las diez más sencillas fórmulas que puedan presentarse a la humana inteligencia, dándole por ellas como primer premio o adelantada recompensa la de la terrenal felicidad, al procurarle el más grande de los bienes humanos, como lo

es el de la tranquilidad de la propia conciencia.

¿Podremos amar a Dios sin eumplir sus preceptos? ¿Y no sufriremos el condigno castigo si pretendemos engañarle ofreciéndole obras que no correspondan a la intimidad de nuestra fe?

Y, por último, ¿tendremos tranquila nuestra conciencia, si al pretender ese imposible escamoteo, sabemos que en el fondo de nuestra alma no existe la virtud, sino la maldad y el vicio?

Trabaje reanimada!



INDUSTRIAL DE GASEOSAS, S. A.
EMBOTELLADORA AUTORIZADA



Durante el cocktail ofrecido en el casino de la Escuela General Santander, aparecen, de izquierda a derecha, Mayor Roberto Torres Quintero, Brigadier General Alfredo Duarte Blum, Teniente José R. Hernández (de espaldas), Coronel Francisco Rojas Scarpetta, Mayor Alberto Guzmán Aldana y Brigadier General Gustavo Berrio Muñoz.

tremo de que concurren a él alumnos procedentes de Cundinamarca, Antioquia, Boyacá, Caldas, Atlántico, Córdoba, Magdalena, Nariño, Santander y Tolima, fuera de los que se presentaron por parte de las Divisiones "Bogotá" y "Servicios Especiales". El curso está formado por 38 alumnos y ha sido dirigido en su fase final por el Teniente Oscar Maya Orbegozo, quien ha puesto todo su entusiasmo en el mejor éxito del mismo. Las principales materias en esta clase de actividad se refieren a primeros auxilios, régimen de administración y mando, táctica y servicio en campaña. Estas son asignaturas nuevas que capacitan grandemente al alumnado para su desarrollo pleno en los mandos de tropa. Este curso terminó a fines de marzo, y los resultados obtenidos en él fueron reconocidos ampliamente por el señor Ministro de Guerra y por el señor Comandante de las Fuerzas de Policía.

Los Cadetes.

—En cuanto a la instrucción y preparación de los Cadetes, la Escuela, conforme a los deseos expresos del Excelentísimo señor Presidente de la República, ha abierto este año un curso es-

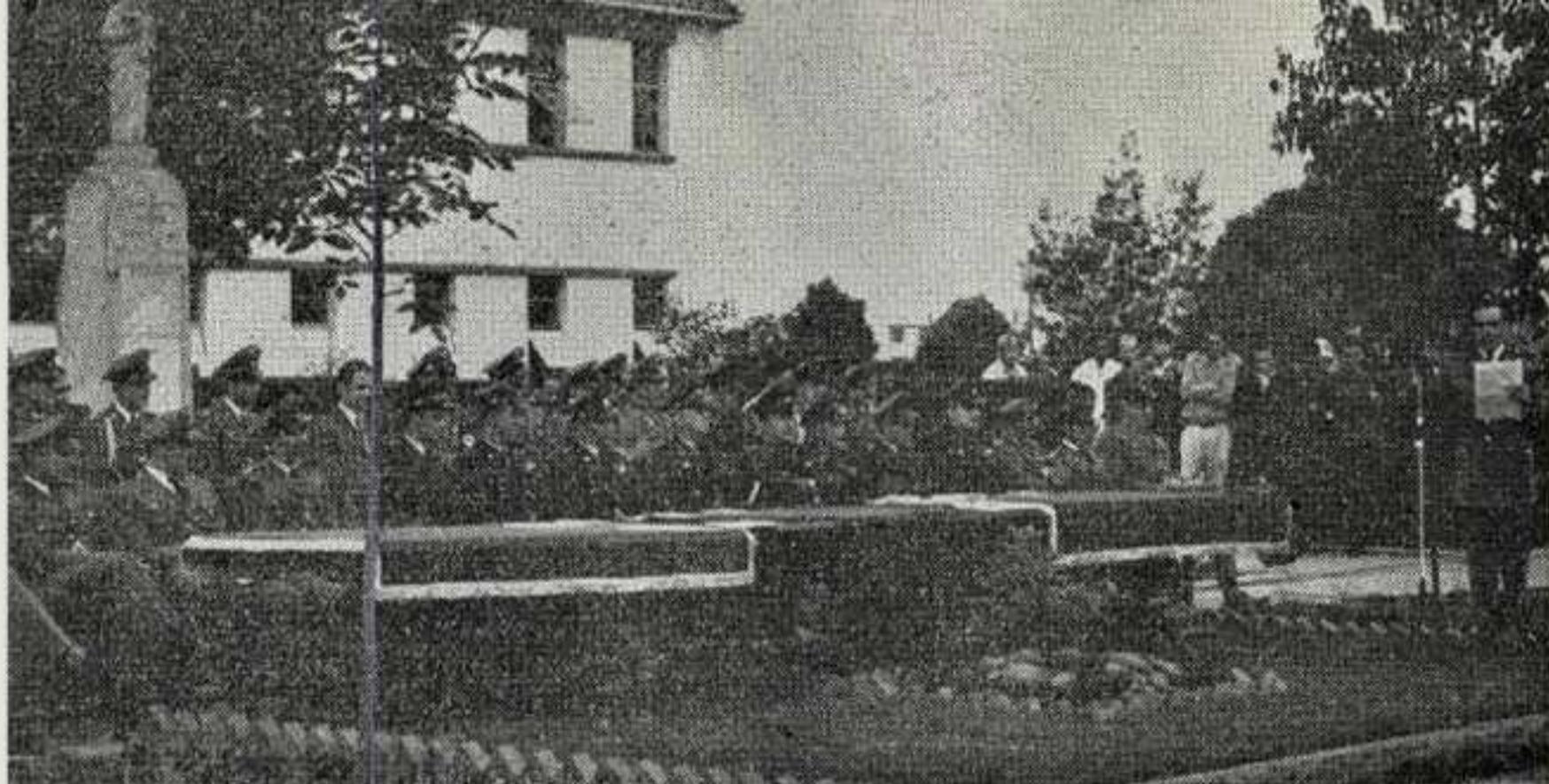
pecial para bachilleres, cuya formación inicial se vio coronada por el éxito en forma sobreabundante, porque el alumnado alcanzó el número seleccionado de 51 alumnos y a él concurren también una delegación de estudiantes de la República del Ecuador, compuesta por 5 Cadetes, conforme las becas que el Gobierno colombiano concedió a ese país por intermedio del Ministerio de Guerra y el Comando de las Fuerzas de Policía, a fin de optar al grado de Oficiales para la Policía ecuatoriana.

Este curso ha estado dirigido por el Teniente Primero Mario Castillo Ruiz, quien fue un sobresaliente alumno en el primer curso de preparación de Oficiales.

Satisfacción.

Para terminar, el Mayor Torres Quintero manifiesta:

—Ambas circunstancias, la de estar el curso compuesto por bachilleres y la de concurrir a él una delegación extranjera tan lujosa, concurren a darle a la Escuela "General Santander" el prestigio docente que ha venido buscando y a cimentar su posición de unidad de organización de la oficialidad que



Los asistentes a la clausura del curso de Suboficiales de la Escuela General Santander escuchan el discurso pronunciado por el Mayor Director del curso, y cuyo texto publicamos en esta misma edición.

cada día sale de sus claustros con más sentido profesional y con aquella ilustración y condiciones morales que permiten augurar a esa oficialidad de las Fuerzas de Policía los más altos destinos.

TREINTA Y NUEVE SUBOFICIALES RECIBIERON SU GRADO

El 1º de abril tuvo lugar en la Escuela General Santander el acto de clausura del II Curso de Perfeccionamiento de Suboficiales, después de haber sido sometido el personal a un amplio aprendizaje en las diversas ramas de la profesión militar.

Asistentes.

La ceremonia estuvo presidida por el señor Ministro de Guerra, Brigadier General Gustavo Berrío Muñoz; por el Comandante General de las Fuerzas Armadas, Brigadier General Alfredo Duarte Blum; por el Comandante de las Fuerzas de Policía, Coronel Francisco Rojas Scarpetta; por el Comandante de la División "Bogotá", Mayor Julio E. Villate; por el Comandante de la División "Cundinamarca", Teniente Jo-

sé R. Hernández; por el Teniente Coronel Luis María González, Secretario del Ministerio de Guerra; por el Mayor Hernando Torres Quintero, Secretario Privado de la Presidencia; por el Director de la Escuela, Mayor Roberto Torres Quintero y otros altos Oficiales.

Los certificados.

Se hizo la entrega a los Suboficiales del respectivo certificado de estudios que los acredita para el desempeño de cargos de responsabilidad en el futuro, gracias a la debida preparación obtenida en el curso. Los altos Oficiales hicieron entrega de los premios otorgados a quienes se distinguieron en esa etapa, relación que incluimos más adelante. Correspondió al Mayor Hernando Mariño Sánchez dirigirse a los Suboficiales en expresivas frases que corresponden al nuevo espíritu que reina en la institución. Por tratarse de una interpretación acertada de los planes actuales, reproducimos el discurso del Mayor Mariño Sánchez en esta misma edición.

Los suboficiales.

Puesto.

Sargento 1º Sánchez Cañas Luis Arturo,
de la División "Servicios Especiales" 1

	Puesto.
Sargento 1º Becerra Buchelli Ricardo León, de la División "Servicios Especiales".	11
Sargento 1º Valbuena José Emilio María, de la División "Servicios Especiales".	6
Alférez León Escobar Raimundo, de la División "Servicios Especiales".	19
Alférez López Vargas José de la Cruz, de la División "Servicios Especiales".	25
Sargento 1º González Orjuela Aniceto, de la División "Bogotá".	3
Sargento 1º Picón Correa Jesús Antonio, de la División "Bogotá".	4
Sargento 2º Cárdenas Luis Guillermo, de la División "Bogotá".	9
Sargento 2º Fernández Rafael Antonio, de la División "Bogotá".	37
Sargento 2º León Aparicio Carmen Julio, de la División "Bogotá".	38
Sargento 2º Páez Solano Jaime Alfonso, de la División "Bogotá".	17
Sargento 1º Cristancho de José Luis Alberto, de la División "Cundinamarca".	36
Sargento 1º López Leguizamón Luis Gabriel, de la División "Cundinamarca".	32
Sargento 2º Velandia Rojas José, de la División "Cundinamarca".	27
Sargento 1º Mora Luis Bernardo, de la División "Tolima" (Baja).	
Sargento 1º Rojas González Arquimedes, de la División "Tolima".	16
Sargento 2º Riberos Sarmiento Roberto, de la División "Tolima".	12
Sargento 2º Muñoz Bolaños Lidoro, de la División "Nariño".	35
Sargento 2º Ortiz Rosero Pedro Orlando, de la División "Nariño".	15
Sargento 1º Rodríguez Acevedo Pedro José, de la División "Santander del Sur".	13
Sargento 2º Gómez Rueda Pedro José, de la División "Santander del Sur".	30

	Puesto.
Sargento 2º Sepúlveda Jerez José Triunfo, de la División "Santander del Sur".	18
Sargento 1º Galeano Marín Luis Eduardo, de la División "Caldas".	26
Sargento 1º Román Tabares Julio César, de la División "Caldas".	2
Sargento 2º Flórez Arroyave Tarcisio de Jesús, de la División "Caldas".	21
Sargento 1º Ariza Gómez Ramón Alberto, de la División "Atlántico".	5
Sargento 1º Hernández Russi Joaquín, de la División "Atlántico".	28
Sargento 1º Vives Pascua Pedro, de la División "Magdalena".	10
Sargento 2º Navarro Coronel Domingo, de la División "Magdalena".	20
Sargento 1º Barrera Hurtado Félix Ismael, de la División "Boyacá".	22
Sargento 1º Parra Camacho Celso, de la División "Boyacá".	34
Alférez Alvarez Rincón Juan de Dios, de la División "Antioquia".	29
Alférez Gutiérrez Escudero Félix de Jesús, de la División "Antioquia".	33
Alférez Patiño Gómez Eladio, de la División "Antioquia".	14
Alférez Rojas Londoño José Rubén, de la División "Antioquia".	8
Sargento 1º Bermúdez Walter Francisco, de la División "Antioquia".	24
Alférez Rosales Mendoza Joaquín, de la División "Córdoba".	7
Sargento 1º Mercado Moreno José, de la División "Córdoba".	23
Sargento 2º Sierra Castilla José, de la División "Córdoba".	31

Premios.

Los premios otorgados a los alumnos sobresalientes del II Curso de Perfección.

El señor Ministro de Guerra, Brigadier General Berrio Muñoz, saluda en compañía de los altos jefes militares colombianos a los Oficiales y Cadetes del Ecuador, durante el acto de clausura del curso de Suboficiales.



cionamiento de Suboficiales fueron los siguientes:

1. Premio al primer alumno del Curso, otorgado por el Comando de las Fuerzas de Policía al Sargento Primero *Sánchez Cañas Luis Alberto* (División "Servicios Especiales"). Una máquina portátil de escribir.
2. Premio de conducta, otorgado por la Dirección de la Escuela "General Santander" al Sargento Segundo *Navarro Coronel Domingo* (División "Magdalena"). Un reloj de pulsera.
3. Premio de espíritu profesional, otorgado por la Subdirección de la Escuela al Sargento Primero *Rodríguez Acevedo Pedro José* (División "Santander del Sur"). Un juego de estilográfica.
4. Premio al segundo alumno del Curso, otorgado por la Inspección de Estudios al Sargento Primero *Román Tabares Julio César* (División "Caldas"). Un receptor.
5. Premio al esfuerzo personal, otorgado por el Comando del Curso de Suboficiales al Sargento Segundo *Ribera Sarmiento Roberto* (División "Tolima"). Un juego de billetera.
6. Premio de compañerismo, otorgado por el Cuerpo de Oficiales y Profesores de Planta de la Escuela, al Sargento Primero *Becerra Buchelli Ricardo León* (División "Servicios Especiales"). Un maletín de viaje.
7. Premio por consagración al trabajo, otorgado por la División "Servicios Especiales" al Alférez *López Vargas José de la Cruz*. Un neceser.
8. Premio al mejor alumno de la División "Bogotá", otorgado por el Comando de esta División al Sargento Primero *González Orjuela Aniceto*. Un vestido.
9. Premio al segundo alumno de la División "Bogotá", otorgado por el Comando de esta División al Sargento Primero *Picón Correa Jesús Antonio*. Un reloj de pulsera.
10. Premio al primer alumno de la División "Cundinamarca", otorgado por el Comando de esta División al Sargento Segundo *Felandia Rojas José*. Un neceser.
11. Premio al mejor alumno en la materia de Primeros Auxilios, otorgado por el doctor Alvaro Martínez Cruz al Sargento Primero *Román Tabares Julio César*.

Palabras del Mayor Mariño.

Señor Ministro de Guerra; señor Comandante General de las Fuerzas Armadas; señor Director General de las Fuerzas de Policía; señores Oficiales; señores:

Es esta la segunda vez que nos reunimos en este sitio y con ocasión semejante a la de hoy.

Lo venimos haciendo al finalizar los cursos; cumplido un plan y cosechado un fruto.

Al clausurar el II Curso de Perfeccionamiento de Suboficiales, la Escuela General Santander se siente sencillamente satisfecha de la labor realizada hasta hoy.

La terminación de un nuevo Curso significa para la Escuela un paso más hacia la meta que se ha fijado de dotar a Colombia de una Policía absolutamente profesional en su estilo y en sus procedimientos. De una Policía nueva y vigorosa que aspira sencillamente a transformar el concepto de la autoridad policíva, enriqueciéndolo diariamente con dosis de austeridad y de inequívoco acatamiento a la ley; normas de conducta consideradas como de mayor importancia en la institución, cuyo fin es el conocimiento y la distribución de la justicia.

Habéis venido hasta aquí para darle con vuestra presencia innegable solemnidad a un acontecimiento ordinario de nuestra vida escolar. Asistís como testigos de excepción a una sencilla ceremonia: la clausura de un Curso de Suboficiales.

Sin embargo, esta modesta ceremonia, ajena a todo aparato distinto del que merecéis como altos funcionarios que encarnáis la dignidad de la República, tiene para la Policía y para el país entero una resonancia y un significado hondo.

Aún están vivas en nuestra memoria épocas pretéritas cuando era lícito, aceptado y corriente, llegar a la Policía sin haber puesto a prueba méritos y capacidad alguna.

La circunstancia de que ahora el sencillo acontecer de ingreso a las Fuerzas Armadas dé lugar a una convocatoria pública de esta magnitud, indica un estado de cosas bien distinto. Indica, en primer término, algo opuesto a la sorpresa y a la improvisación, tiene un cierto carácter de reconocimiento al esfuerzo y a la capacidad.

Las clausuras de cursos constituyen en realidad, para nosotros, la culminación de importantes procesos. Nos permiten traspasar inmediatamente al servicio activo decenas de funcionarios selectos. Nos acercan más y más al ideal

de una Policía técnica y científica, respetable y respetada; a la concepción del centinela permanente, apostado en todo el territorio nacional, velando por los fueros ciudadanos que son los de la Patria; por la tranquilidad social dentro del derecho, y conquistando, día tras día, para la historia, el nombre glorioso para esta grande y abnegada institución, que debe ser orgullo para Colombia.

Varias veces, desde este mismo sitio, hemos destacado el esfuerzo docente de la Escuela. Dentro de ese esfuerzo hemos tenido forzosamente que incluir la construcción doctrinaria, base de la enseñanza y derrotero de la misma educación profesional.

La educación y la instrucción recibidas de la Escuela por los contingentes de Suboficiales son una garantía para la seguridad y tranquilidad de los asociados. La conformación de las doctrinas "Dios, Patria y Libertad".

Lo opuesto a una Policía improvisada es una Policía profesional, ideada no para atender necesidades o caprichos de grupos, sino para servir a la colectividad entera.

Quienes sirven a la Policía profesional buscan la especialización, procuran hacerse técnicos, y por este camino llegar a no interesarse en problemas distintos a los de su propio oficio.

La Escuela de Policía representa la tendencia profesional. En ella se inculca el cumplimiento del deber a la par que se adiestra al futuro funcionario en las minuciosidades del servicio. El destino de la Escuela sería contrariado si en ella no se diera el germen de la capacitación, que hace fecunda la personalidad humana. Una Policía idónea es la única fórmula que garantiza fidelidad a los principios.

Para que la Policía sea verdadera Policía, sus agentes requieren de una instrucción especial que los lleve a conocer a fondo la ley y cómo opera, y las limitaciones que ésta establece con respecto al ejercicio de la autoridad. La Policía debe conocer y dominar los términos de la Constitución Nacional; los nuevos rumbos de la sociología criminal, del Código Penal y su procedimiento exigen un conjunto de funcionarios afectos al trato de los asuntos policivos; las cuestiones del tránsito, el servicio téc-

nico de vigilancia siempre crecientes en dificultades hacen indispensable un personal adecuado e instruido para afrontarlas.

La marcada finalidad de la Policía exige de sus hombres la observación constante del mundo circundante y, por ende, la prevención.

No se puede prevenir sin tener conocimientos de los primeros auxilios. La moderna técnica policiva se preocupa sobremedida por divulgar las prácticas del jiu-jitsu. El policía bien instruido en este arte sabrá salir airoso en la mayor parte de sus intervenciones de fuerza, sin necesidad de recurrir a sus armas.

Justo es resaltar lo que concierne a los métodos de enseñanza adoptados por la Escuela, circunstancia sin duda alguna muy importante: no se limitan sus planes lectivos al aspecto teórico policivo. Sus Cursos, obedeciendo a los más modernos métodos pedagógicos, uniendo la enseñanza teórica con la práctica, y fijando sobre todo el carácter militar, tienden a desarrollar hasta el máximo el grado de la responsabilidad del mando.

No es posible prevenir el delito, no es posible impedir la consumación de contravenciones, si previamente no se nos ha enseñado qué hechos están considerados como delitos y cuáles son las contravenciones. Todo este conjunto de conocimientos tipifican la actuación de la Policía.

Quien estudia y sigue el desarrollo de la Policía, llega a la conclusión de que la primera de todas las necesidades para ella es la formación de sus funcionarios. Son tan complejas sus funciones en nuestros días, tan graves las responsabilidades, y tan agudo el espíritu crítico de los pueblos, que ya hoy no es posible improvisar las Policías. En todos los ramos de la actividad humana, hasta en los más simples, es menester que los ejecutores de cualquiera labor se preparen convenientemente.

Aquí el espíritu de la Escuela.

Forman 38 alumnos del Curso cuya clausura celebramos hoy. Provinieron de las secciones de la República para acrisolar la conjunción de todos los tipos regionales. Hacen parte de este grupo los antioqueños y caldenses, curtidos en la lucha contra la aspereza de sus re-

giones, decididos y resueltos ante la incertidumbre y la aventura. Los costeños, francos, comunicativos, resistentes, y vencedores de las regiones tropicales. Los nariñenses, tradicionalistas, trabajadores, tesoneros, dueños de un gran espíritu de sacrificio y de disciplina. Los del Tolima, francos, ágiles, de corazón y mente limpios. De Cundinamarca, inteligentes por cuna y afables por temperamento. De Santander, generosos y esforzados. De Boyacá, héroes en la guerra, labriegos en la paz e hidalgos en sus hogares.

Señores Suboficiales:

Habéis hecho un esfuerzo digno de alabanza, y al coronar hoy brillantemente vuestros estudios, la Escuela se siente orgullosa de vosotros.

Os vemos partir hoy, no sin nostalgia, para vuestros puestos de servicio. Recordad que los ciudadanos en cuyos brazos pone la Nación sus armas y a cuya lealtad confía la guarda de su Pabellón, desempeñan una de las más sagradas funciones públicas. El cumplimiento estricto de esa función importa el imperio de sus leyes entre sus mismos ciudadanos. El honor y la disciplina militar son vuestros timbres; y vuestras cordiales protestas de sumisión a la ley y sostenimiento del orden público interno, son aceptados por la Escuela con toda seguridad y confianza.

ALTA DE PERSONAL

RESOLUCION NUMERO 001314 DE 1954

(MARZO 30)

por la cual se da de alta un personal de Cadetes en la Escuela "General Santander", de las Fuerzas de Policía.

*El Comandante de las
Fuerzas de Policía,*

en uso de sus facultades legales,

RESUELVE:

Artículo 1º Con fecha 1º de marzo de 1954 y de conformidad con el Prospecto de Admisión de Alumnos para el año de 1954, y a solicitud del señor Director de la Escuela "General Santander", dase de alta en el mencionado instituto al siguiente personal de alumnos para el Curso de Cadetes correspondiente al presente año lectivo, así:

Almonacid Moreno Luis Felipe
Arango Sánchez Ramón Nonato
Arévalo Valbuena Luis Felipe
Arias Gómez Silvio
Barreneche Rada Camilo Mario
Barreto Cañavera Jaime Felipe
Betancourt Giraldo Luis Eduardo
Blanco Múnera Cenén Nicanor
Botett de Orozco Narciso
Cárdenas Serna Omar
Carvajal Carvajal José del Carmen
Carvajalino Bastos Ulises
Carrasquilla Triana Carlos Enrique
Castro Gil Fabio
Cogua Ramírez Simón Hernando
De la Hoz Cantillo Germán Alberto
Díaz Ariza Rodolfo
Díaz Granados Quinto Humberto Mariño.
Dulce Díaz Luis Alberto
Duque González César
Durán Hernández Guillermo
Echeverry Holguín Rafael Antonio
Franco Velásquez Jaime José
González Suárez Manuel de Jesús
Guerra Rubio Segundo Absalón
Hoyos Ochoa Alfredo
Línero Barranco Víctor Julio
Mojica Castañeda Luis Augusto
Montoya Velásquez Aldemar de J.
Novoa Morales Alvaro
Ortega Gaviria Iván de Jesús
Orjuela Bonilla Juan de Jesús
Ospina Cubillos Luis Francisco
Pabón Carrillo Gilberto Hernando
Peña Cánova Ernesto
Piñeres Recuero Víctor Enrique
Polo Figueroa Juan Alberto
Prada Vera José de Jesús
Ramírez Gómez Alberto de Jesús
Ramírez Rolón Samuel
Rojas Bravo Carlos Alberto
Romero Durán Mario Alberto
Sánchez Gómez Miguel Angel
Tello Sánchez Luis Augusto
Wolfran Armando Hutter Rizo
Vargas Prieto Miguel Santiago
Vera Jiménez Alonso
Viteri Valencia Guillermo
Yarzagaray Cogollo Antonio José
Zambrano Blancoffausto César
Zambrano Olarte Luis Alberto.

Artículo 2º Con la misma fecha dase de alta en el Instituto, como Cadetes, al siguiente personal de alumnos ecuatorianos:

Acosta Hidalgo José
López López Plutarco
Vascónez Núñez Vinicio
López Jijón Luis Germán
Suárez Moncayo Guillermo.

Comuníquese y publíquese.

Dada en Bogotá a 30 de marzo de 1954.

Coronel Francisco Rojas Scarpetta,
Comandante Fuerzas Policía.

Doctor Carlos Malo Baños,
Secretario General.

La Oratoria Militar

POR EL MAYOR JULIO E. VILLATE

COMANDANTE DE LA DIVISION "BOGOTÁ"

Ilustración y texto tomado de su libro "Bajo Banderas"

Las tropas.

LAS FUERZAS MILITARES SON muchedumbres organizadas, compuestas por elementos de todas las capas sociales, de todos los grupos étnicos, de todas las escalas intelectuales; con diferente educación, diversa índole, opuestas tendencias; pero la vida en común, el uniforme, el recibir de los superiores idéntica instrucción y trato, el roce constante, todo va haciendo desaparecer las diferencias, nivelando los valores, formando una masa homogénea; el conglomerado humano más fácil de tornar en lo que Gustavo Le Bon llama "muchedumbre psicológica". Pero veamos a través de este autor algunas de las características de estas muchedumbres: "Bajo la influencia de ciertos excitantes" una aglomeración de hombres "posee caracteres nuevos, muy diferentes a los de los individuos que componen esta aglomeración. La personalidad consciente se desvanece, los sentimientos y las ideas de todas las unidades son orientadas en una misma dirección. Se forma un alma colectiva, transitoria sin duda, pero que presenta caracteres muy puros". Entonces forma un solo ser, y se encuentra sometida a la ley de la "unidad mental de las muchedumbres", que formula así el autor: "El que, cualesquiera que sean los individuos que la componen, y por semejante o desemejante que sea su gé-

nero de vida, sus ocupaciones, su carácter y su inteligencia, por el sólo hecho de transformarse en muchedumbre, poseen una clase de alma colectiva que les hace pensar, sentir y obrar de una manera completamente diferente a aquélla, de como pensaría, sentiría y obraría



cada uno de ellos aisladamente. Emiten ideas, sentimientos, que no se producen o no se transforman en actos, sino en individuos constituidos en muchedumbre. La muchedumbre psicológica es un sér provisional formado de elementos heterogéneos que por un instante se unen, como las células que constituyen un cuerpo vivo forman por su reunión un sér nuevo que manifiesta caracteres muy diferentes a los poseídos por cada una de esas células". "Las aptitudes intelectuales de los individuos, y, por consecuencia, su individualidad, se borran en el alma colectiva. Lo heterogéneo se anega en lo homogéneo, y dominan las cualidades inconscientes". "Desvanecimiento de la personalidad consciente, predominio de la personalidad inconsciente, orientación por vía de sugestión y contagio de los sentimientos y de las ideas en un mismo sentido, tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas; tales son las principales características del individuo en muchedumbre. No es el individuo mismo, es un autómatas en quien no rige la voluntad. Aislado sería tal vez un individuo culto; en muchedumbre es un bárbaro; es decir, un impulsivo. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad, y también los entusiasmos y los heroísmos de los seres primitivos. Tienen a aproximarse a ellos, hasta en la facilidad con que se deja impresionar con palabras, imágenes (que sobre cada uno de los individuos aislados que componen la muchedumbre serían inactivas) y aun conducir hacia actos contrarios a su interés más evidente y a sus hábitos más conocidos".

Estas características que observa Le Bon, son comunes a las muchedumbres militares. "En una multitud, dice Champeaux, cada individuo supedita su personalidad a la del conductor de aquélla; en un ejército todos los individuos subordinan su voluntad a la de su jefe". Cuando ingresa un conscripto al servicio militar experimenta un fenómeno psicológico que siente todo el que penetra en una muchedumbre organizada. Al dirigirse al cuartel, se arranca del paisaje que ha visto su fiero individualismo, su libertad sin muros, para entrar a la sombra incierta de los acantonamientos militares. Ahí van llegando

los reclutas que tratan de esconder su nostalgia; se muestran locuaces, fingen calma, procuran no recordar los sollozos con que los despidió su madre, quieren olvidar el pretérito, repasan sus propósitos de rebeldía, repiten frases que siempre han proferido: que son libres, que en su libertad nadie manda... Pero de pronto oyen la voz enérgica de un superior que manda: "¡Formar!". Todos obedecen en silencio, ya no hay raciocinio; el instinto de obediencia les grita que cumplan la orden, que subordinen su voluntad a la del Comandante. Ahí están formados todos los que hacía un momento nada más obraban independientemente; ahora son moléculas que se han unido al conjuro de una voz de mando para formar un nuevo cuerpo homogéneo en que prima el instinto de obediencia.

Esto que se ve en forma mecánica en una escena del cuartel, sucede, pero de manera más intensa, con el espíritu de los inmensos contingentes humanos sugestionados por la oratoria militar, contagiados con la seducción de la elocuencia que los guía, y los somete en forma inexorable. "Es que en el alma de las muchedumbres, dice Le Bon, lo que siempre domina, no es la necesidad de libertad sino la de servidumbre. Experimentan tal ansia de obediencia que, instintivamente, se someten a quien se impone".

El orador militar.

Pero es condición necesaria para imponerse a la tropa por medio de la oratoria, penetrar en su intimidad, saber sus antecedentes, su formación, sus hábitos, sus ideas, sus defectos y sus virtudes. "Para conducir a los hombres, dice Bonaparte, es menester entenderlos conocer lo que desean, lo que les gusta, estar uno con ellos". Y debe presentarse ante su tropa como poseedor de los atributos con que la imaginación popular adorna a los caudillos: el entusiasmo constante, la sencillez, la justicia, la inteligencia, el valor, la fe, la autoridad, el honor, el prestigio y el éxito. Las muchedumbres tienen alma de mujer y se entregan al varón fuerte que posea estas cualidades y les hable con verbo recargado de imágenes que haga vislum-

brar embrujos de leyenda, que despier- te la ilusión, que reviva los anhelos de aventura, que interprete sus sueños, que halague su vanidad con frases de lison- ja, que enardezca sus instintos, que ex- cite su pasión, que les haga presentir el ardoroso paroxismo de la gloria.

Todos los grandes oradores militares han poseído el conocimiento exacto del alma humana; han reunido todas las condiciones que exige el dón de mando, y han sabido hablar el lenguaje que se- duce y rinde a las multitudes. Ese el secreto de la adoración fanática por Na- poleón, que le permitió ser dueño de la voluntad y de la vida de los franceses, a quienes, en el furor de los combates, no necesitaba ya mandar, "sino que con sólo una mirada (escribe Merejkovsky), con una sola sonrisa, les permitía ir en busca de la muerte, como una mujer permite a su amante hacer locuras".

La tropa como muchedumbre que es, se entrega al orador que reúna las dotes del caudillo y de la elocuencia; ante él, no escucha la voz de la razón; se aban- dona al instinto, obedece al subconsciente; se torna impulsiva, intolerante, cruel, devota o heroica, según el querer del conductor. Córdoba, con una frase improvisada, arranca de lo imposible un triunfo; Alejandro, César, Napoleón, Bolívar, con su elocuencia y su presti- gio, tornaron muchedumbres amorfas en legiones de héroes que llevaban izada "la victoria en la punta de sus lanzas y sus bayonetas".

Medios de conmover.

"La oratoria militar tiene por fin inflamar el valor de los soldados para animarlos al combate"; se vale de la vehemencia, de la claridad, de la preci- sión y del brillo de las proclamas y de las arengas. El orador necesita, ante todo, avivar la imaginación de los oyen- tes. "El que conozca el arte de impre- sionar la imaginación de las muchedum- bres conoce también el arte de gober- narlas (Le Bon). Napoleón dominaba ese arte; nunca, talvez desde Alejandro y César, ha sabido ningún gran hombre conocer tan perfectamente como él, la manera de impresionar la imaginación de las muchedumbres. Su constante pre- ocupación fue herirla siempre. Y en sus

victorias, en sus arengas, en sus discursos y en todos sus actos contó siempre con ella. Fue ése el factor determinante de su dominio cesáreo sobre un pueblo anarquizado que acababa de guillotinar a las autoridades, que había convertido en lupanares los templos, y que ahora adoraba al pequeño Corso que supo do- minarlo con el prestigio de su palabra y de sus éxitos.

Bolívar sabía que las muchedumbres no razonan; por eso, no se vale en las proclamas de la dialéctica sino del sen- timiento; no teje raciocinios, sino en- ciende pasiones; no sigue el plan que ordena la preceptiva literaria, sino deja volar su entusiasmo, sus sentimientos, su patriotismo, su alada imaginación de gran poeta que obliga a Olmedo a com- pararlo con Píndaro. El supo como nin- guno de la armonía exacta que debe exis- tir entre el ejemplo y la palabra para llegar a la perfección de la elocuencia; en San Mateo, al verlo todo perdido, hace desensillar su caballo para no po- der huir y exclama: "aquí moriré el primero". En la batalla de La Puerta, viendo que un subalterno intenta fugar- se, lo atraviesa con su lanza, y tomando la bandera, la arroja a las filas enemi- gas y corre a recuperarla mientras in- vita a sus soldados a seguirlo. El sabía que la elocuencia no nace del cerebro sino del corazón (Monseñor Carrasqui- lla); y hablando con el ejemplo y con el corazón, sedujo a los patriotas que lo siguieron como soñando durante quin- ce años, de combate en combate, de triunfo en triunfo, implantando la liber- tad en todas partes "desde el mar de las Antillas hasta las gélidas cumbres del Potosí".

Otras cualidades del orador militar.

Según Castelar, "el orador es el hom- bre múltiple. Necesita pensar como el filósofo, argumentar como el dialéctico, imaginar como el poeta, representar co- mo el actor, cantar como el músico, te- ner una vida íntegra como el moralista, y una fe inquebrantable como el após- tol". "No necesita sólo estas facultades íntimas, internas de pensamiento y de fantasía; necesita al par facultades ex- ternas de elocuencia, de acento, de pre-

sencia, de acción, que suelen ser casi esenciales al discurso”.

En el orador, y especialmente en el orador militar, debe existir perfecta proporción entre el pensamiento y la frase que lo expresa, así como entre ésta y la forma de su declamación; él no puede fingir; no puede crepitar de pasión y expresarla con voz lánguida y con gesto indeciso; no puede contagiar de fe si su verbo no está encendido en ella; no puede conmover a los demás, si su voz, si su gesto, si la expresión de su rostro no demuestran la propia conmoción. Cicerón dice: “Cada pasión, cada afecto, tiene su lenguaje natural, su fisonomía, su acento, su gesto; todos los sonidos de voz responden como las cuerdas de un instrumento a la pasión que las toca o hace vibrar”. El texto de un discurso recitado de dos maneras diferentes, produce en un auditorio sensaciones disímiles, quizá opuestas. Demóstenes dijo: “La declamación es la palanca más potente del orador”.

Otra condición indispensable para ser verdadero orador, es la de tener facilidad para improvisar; en el militar se acentúa su importancia; él tiene que hablar en situaciones imprevistas que obligan a tratar asuntos del momento, a guiarse por circunstancias que acaban de aparecer, a tomar resoluciones rápidas; es claro que antes de dirigirse a sus tropas con una pieza oratoria, debe meditar cuidadosamente lo que va a decir, escribir un croquis de su discurso, pensar las frases sobresalientes; sin esta preparación, por mucha disposición que tenga para improvisar, aparecerá como un simple hablador; de otra manera, leyendo siempre sus discursos o recitándolos de memoria, resulta sólo un declamador sin vida, sin oportunidad, sin movimiento oratorio.

Las relaciones de la oratoria militar con los otros géneros.

En la oratoria académica se hacen espléndidos panegíricos, se solemniza una fiesta, se deslumbra con disquisiciones científicas a públicos selectos. En la ora-

toría política, es el fragor el que domina; al tratar un asunto de gobierno surgen las diferencias, se traba la discusión, destella el ingenio, hiere la sátira, ríe la ironía, domina el más templado para el ataque, el más impasible en las tormentas, el que sostenga su elocuencia con el amor al pueblo, con la lógica de su trayectoria moral y con el ardor de su patriotismo. En la forense, con método, con táctica, se abren los fuegos de la elocuencia desde las más dominantes posiciones jurídicas, para vencer las pruebas que condenan a un justo, o para batir la trinchera de la impunidad en que se refugia un delincuente.

Tanto la oratoria militar como la sagrada están al servicio de un culto; ésta predica el amor a Dios y a los semejantes, extiende la fe, propaga las doctrinas, fomenta las virtudes, combate los vicios. La militar predica la religión de la Patria, celebra sus ritos, hace el panegírico de sus héroes, inculca las virtudes cívicas, prende el coraje en el corazón de los soldados.

Un discurso académico puede instruir y deslumbrar; uno forense puede salvar la fortuna, el honor o la vida de un hombre; uno político puede hacer cambiar un sistema de gobierno; uno sagrado puede salvar almas; una arenga militar puede definir un triunfo y salvar la Patria. En la oratoria académica, o en la política, o en la forense, se juega más que todo el prestigio del orador; en la militar el honor y el destino de un ejército o de una nación. En la académica descuellan los letrados; en la forense, los árbitros del derecho; en la política, los conductores de muchedumbres; en la sagrada, los místicos; en la militar, los grandes capitanes que sólo se presentan cuando hay una conmoción universal; entonces, ellos se aparecen y guían a la humanidad hacia un nuevo destino. Su poder no tiene vallas; en las letras han sido ellos los monarcas de su época; desde la más alta tribuna que les permite dominar con su palabra los auditorios más vastos, “hablan y escriben con la inspiración del genio”.

la alacena de la cocina de Hauptmann. Quedó probado que uno de los largueros de la escalera provenía del tapanco de Hauptmann. El dinero del rescate fue hallado en su hogar, y su cuento de que éste provino de un encargo que le dejó un su amigo Isadore Fisch, es completamente absurdo. Señora McLean: he estudiado los antecedentes del juicio, de cubierta a cubierta; he examinado las fotografías de todas las pruebas aportadas, y estoy convencido más allá de toda duda acerca de que ese hombre es culpable. Si el caso sigue su curso normal, tendrá que ser ejecutado, y eso será una lástima, no porque no merezca la silla eléctrica como castigo al horrible crimen que cometió, sino porque se llevaría a la tumba los nombres de aquellos que indudablemente lo ayudaron a cometer el crimen. Creo que si Hauptmann hablara y dijera toda la verdad, los demás implicados no tardarían en caer en manos de la justicia.

—¿No dijo el Procurador General Wilentz que Hauptmann había cometido el crimen por sí solo?

—No puedo convenir a este respecto con el Procurador General —respondió el abogado—. Ni en mil años podrían convencerme que el secuestro fue obra de una sola persona, que Hauptmann no tuvo por lo menos un cómplice. Le diré por qué. La frágil escalera de mano que fue usada por los secuestradores fue construida en tres secciones, y cuando fueron ensambladas, la escalera total alcanzaba precisamente el alféizar de la ventana de la recámara del niño. ¿De qué recámara, señora McLean? De la recámara del cuarto del niño, en la mansión de los Morrows, en Engelwood. Recordará usted que los Lindbergh y su hijito vivían con sus parientes políticos en dicha mansión. En consecuencia, podemos hacernos unas muy lógicas preguntas: ¿Cómo supo el individuo que construyó la escalera y planeó el secuestro dónde estaba el cuarto del niño? ¿Cómo fue que construyera una escalera de mano, en secciones, con medidas muy precisas? La respuesta es obvia. Alguien le dio la información, alguien que conocía los hechos. Además, recordará usted que, sin previo aviso, los Lindbergh se cambiaron a su casa recién construida en Hopewell, en las montañas de Tierra

Agria, en Nueva Jersey. Nadie, fuera de esa casa, conocía estos hechos. Y otra pregunta: ¿Quién informó al secuestrador de este movimiento? Dicho secuestrador, quienquiera que haya sido, fue a Hopewell con la escalera y la plantó contra la pared precisamente bajo la ventana del cuarto del niño en Hopewell. ¿Cómo pudo saber el secuestrador dónde estaba el cuarto del niño, a menos que alguien le hubiese dado esa información? Además, la escalera en tres secciones resultó demasiado larga y hubiera obstruido la ventana en Hopewell. Por consiguiente, sólo se usaron dos secciones. Entonces aquella escalera de mano resultó treinta centímetros más corta.

—¿Por qué dice usted que el secuestrador debió haber sido auxiliado por un cómplice cuando el niño fue robado?, preguntó la señora McLean.

—Sólo recuerdo las condiciones que prevalecieron aquella noche. Tenemos una frágil escalera cuyas tres secciones puede llevar fácilmente un solo hombre; el viento aullaba y era una noche tempestuosa; el secuestrador ascendió por la escalera y con sus poderosas manos (Hauptmann tenía gran fuerza en brazos y manos) se elevó hasta el alféizar de la ventana y penetró al cuarto del niño. Ningún criminal, a menos de estar absolutamente despojado de razón, hubiera dejado aquella escalera en medio de aquel viento, sin tener la seguridad de que la escalera permanecería allí cuando él saliera con el chiquillo, ya que aquél era su único medio de escape. El criminal nunca hubiera osado bajar por la escalera principal con el chiquillo en sus brazos y pasar ante los ojos del Coronel Lindbergh, que estaba sentado en la biblioteca. Lo que probablemente ocurrió fue esto: Hauptmann dejó probablemente a alguien en el suelo, sosteniendo la escalera de mano, porque sabía que si este camino de escape se le cortaba, sería cogido como ratón en una trampa. Hubiera sido acorralado en el lugar "más caliente del mundo"; se hubiera podido contar entre los muertos si el Coronel Lindbergh le echa la vista encima.

Pero entró al cuarto, tomó el niño de su cuna, ahogó un posible grito empalmado su manaza sobre la pequeña boca y luego fue hacia la ventana. No creo

que haya sido nunca su intención descender la escalera con el chiquillo en los brazos, porque aquello hubiera sido casi imposible físicamente, aun cuando fuera un aeróbata.

Cuando llegó a la ventana trató de pasar el chiquillo a la persona que estaba en el suelo, un piso más abajo. Calculó mal la distancia, o el ángulo, o el chiquillo resbaló de sus manos. Creo que esta hipótesis explica la presencia de una huella profundamente grabada en el lodo adyacente al larguero derecho de la escalera, porque aquel individuo debe haber dado un paso hacia adelante, de la grava a la tierra suelta, en un esfuerzo por alcanzar al niño que caía. Es probable que el accidente haya lastimado de gravedad al niño, y con la excitación de querer huír lo antes posible, Hauptmann, en vez de bajar despacio y con cuidado, bajó rápidamente, y la violencia de las sacudidas al bajar cada travesaño deben haber hecho que se rompiera.

Recordará usted que durante el juicio, el Coronel Lindbergh declaró que había oído un ruido como el de una caja de madera delgada que se rompe. Creo que fue el ruido que produjo la escalera al romperse.

—¿De quién cree usted que haya sido esa huella?, preguntó la señora McLean.

—Si Hauptmann habla —contestó Leibowitz encogiéndose de hombros— tendremos la respuesta a esa pregunta.

—Bueno, tal vez usted logre que Hauptmann hable, dijo ella.

—No olvide que yo no soy su defensor —respondió Leibowitz encogiendo nuevamente los hombros—. Yo no puedo hablar con Hauptmann a menos que él mande por mí.

—Yo arreglaré eso —dijo la señora McLean—. Creo que puedo allanar todo el camino con las autoridades. Pero después de que haya usted hablado con Hauptmann, por favor venga y dígame lo que haya logrado averiguar.

—Vendré a verla, aseguró el abogado.

Leibowitz regresó a Nueva York. A los pocos días de su visita a la señora McLean, alguien fue a visitarlo. Era la señora de Bruno Ricardo Hauptmann. Le pidió que fuese a ver a su esposo a la celda de los condenados a muerte, en la prisión de Trenton. Las autoridades

concedieron el permiso, y se encontró encarándose al criminal más despreciado en América. Sólo los separaban los barrotes de la celda.

—¿Sabe acerca de la señora McLean y acerca del cómo y por qué estoy aquí?, preguntó Leibowitz.

Hauptmann asintió y repuso con su voz gutural, fuertemente cargada con acento extranjero:

—Ya contó mi esposa.

—Sólo quiero saber la verdad —dijo Leibowitz—. Creo que debe usted saber que cualquier cosa que me diga la sabrá la señora McLean y el Gobernador Hoffmann, así como cualquier otra persona que yo considere que debe saberla.

—Seguro, seguro... —dijo Hauptmann—. Mi esposa contó a mí... No hay nada que yo diga que no quiera que sepa el mundo. Soy inocente y no debería estar en este lugar.

—Ya hablaremos luego de eso —dijo el abogado. Después Leibowitz empezó preguntando a Hauptmann cómo lo trataban. Su aire simpático pareció deshelar los fríos ojos del prisionero, y Hauptmann discurrió al detalle la rutina carcelaria.

—Déjeme ver cómo brinca usted y se cuelga de esa barra que está sobre la puerta de su celda —le pidió sonriente Leibowitz, y Hauptmann, sorprendido, brincó con ligereza y alcanzó la barra de hierro. ¿Puede usted "dominarse"?, le preguntó Leibowitz. Sin responder, Hauptmann flexionó los brazos, levantando su cuerpo hasta colocar la barba a la altura de los puños, bajó después y luego repitió la proeza una docena de veces. Había permanecido en prisión un año entero, sin ningún ejercicio físico durante ese tiempo, y sin embargo conservaba la fuerza suficiente para realizar una proeza que sólo intentarían individuos en perfectas condiciones físicas. Leibowitz comprendió que elevarse hasta el alféizar y penetrar por la ventana de la recámara había sido un juego de niños para Hauptmann.

—Con seguridad ¿piensa usted mucho acerca del secuestro? —sugirió Leibowitz.

—Yo nunca pienso en eso, en absoluto, repuso Hauptmann con menosprecio. Yo no lo hice, así que ¿por qué iba a pensar en eso?

—Pero, hombre, ha estado usted encerrado en esta celda un año entero, con la sola compañía de sus pensamientos. Con seguridad le ha dado vuelta al asunto un millar de veces. Debe usted haberse dicho: “El crimen debe haberse cometido en esta forma; no como dice el Fiscal que se cometió”.

Hauptmann levantó los hombros con indiferencia.

A lo largo de los años Leibowitz había aprendido mucho acerca de la psicología del criminal. El impulso del delincuente es mentir. Casi siempre dirá hasta a sus abogados que lo blanco es negro. Leibowitz estaba ahora poniendo en práctica sus conocimientos. Pregúntese a Hauptmann cómo se cometió el delito, y él dará probablemente una contestación diametralmente opuesta a la verdad. El criminal culpable siempre es víctima de una fuerza que lo obliga a apartarse de la verdad.

—Bien, ya vendré a verlo dentro de unos días —dijo Leibowitz—. Piénselo bien, y cuando yo regrese, dígame cómo cree que el niño fue robado de su casa.

Leibowitz fue a informar a la señora McLean. El y su esposa llegaron a “La Amistad”, una casa de los McLean en Washington. Cuando penetraron a aquella mansión les sorprendió ver algunas goteras en el techo de la vieja residencia. Sobre la alfombra, instalados confortablemente, dos grandes daneses roían enormes huesos.

De sobremesa discutieron acerca de la actitud de Hauptmann. Leibowitz creía que no era remoto el que llegara a cuartearse el recio prisionero. Luégo la conversación derivó hacia el diamante Hope.

La señora McLean lo había desmenuado y ahora insistía en mostrarlo a sus huéspedes. Leibowitz quedó sorprendido al ver que lo sacaba de un archivero común. Un ratero primerizo hubiera encontrado cosa fácil violar tal caja fuerte. La señora Leibowitz tomó el collar del cual pendía la magnífica piedra azul nocturno y levantó los brazos para colocárselo alrededor del cuello.

—¡No, no...! —protestó la señora McLean—. No se lo ponga. Trae mala suerte a todo el que lo usa.

Cuando se despidieron los Leibowitzes la señora McLean preguntó:

—¿Cree usted que se doblegue y hable por fin?

—Lo veré nuevamente dentro de uno o dos días, —replicó Leibowitz—, y si me telefonea, le informaré cómo está el asunto.

A la siguiente visita Hauptmann estuvo más comunicativo. Leibowitz observó que tenía media docena de retratos de su hijo Manfredo sobre una repisa en su celda. Hauptmann habló libre y largamente acerca del chiquillo. Las lágrimas inundaban sus ojos cuando miraba los retratos de su hijo. No le importaba estar sentenciado a muerte, dijo a Leibowitz, pero le atormentaba el pensamiento que su hijo creciera con el estigma de que su padre había resultado convicto.

—Recuerde que prometió decirme cómo cree que fue cometido el delito, dijo Leibowitz al condenado.

—Voy a mostrarle, dijo Hauptmann, muy empeñoso ahora. Con cartón, había construido una copia del lado oriental del hogar de los Lindbergh. Explicó a Leibowitz cómo pensaba que había ocurrido el secuestro. El secuestrador había usado la escalera para penetrar a la recámara, había tomado al niño de su cuna y luégo había bajado la escalinata principal y había salido por la puerta del frente.

—Pero el Coronel Lindbergh estaba sentado en su estudio, que daba al pasillo de salida —dijo Leibowitz—. Hubiera oído que alguien bajaba por la escalinata y salía por la puerta del frente. Hubiera escuchado los silbidos del viento al abrirse la puerta.

—Así fue como hicieron esto, dijo obstinadamente Hauptmann.

—No, Ricardo. Usted sabe bien que no —dijo Leibowitz—. Diga la verdad, y hay muchas probabilidades de que su sentencia de muerte sea conmutada por la de cadena perpetua.

—Yo digo sólo la verdad, contestó Hauptmann obstinadamente.

—Bien; usted dijo al Jurado que la caja con los miles de dólares en billetes se la había dejado un amigo llamado Isadore Fisch, que salía para Alemania; que Fisch le dejó a guardar la caja hasta que no regresara, y que usted accidentalmente se enteró de lo que contenía cuando la dicha caja cayó de una

alacena del closet de su cocina. Vamos a juzgar ese cuento de Isadore Fisch —prosiguió el abogado en tono de conversación—. Supóngase que usted fuera uno de los miembros de aquel Jurado. ¿Habría creído la historia que contó? Dice usted que Fisch era probablemente un criminal y que usted es un hombre honrado. Dice usted que le dejó todo ese dinero en una caja de zapatos. ¿Tiene eso sentido común? No hubiera pensado Fisch: “Supongamos que este hombre honrado, Hauptmann, descubre que le he dejado esos miles de dólares; supongamos que descubre que ése es el “dinero más peligroso” del mundo, el dinero de los Lindbergh; ¿no llevaría ese hombre honrado, Hauptmann, ese dinero a la Policía? ¿No diría que yo, Isadore Fisch, se lo entregué a él, y no sería yo arrestado? Vaya, Hauptmann, ¿usted me ha dicho que ese Fisch era un hombre muy listo! Tenía una gaveta de depósitos en un banco. ¿Por qué no ponía el dinero en esa gaveta en lugar de correr el riesgo de dejárselo a usted? ¿Y no fue así como sintió el Jurado?”

—Ese cuento de Fisch no suena muy bien, admitió Hauptmann después de breves momentos de reflexión.

—¿Cuál fue el punto más fuerte de la acusación contra usted?

—¡Esa escritura!, estalló el prisionero. Fue malo.

—Ya ve; eso fue lo que pensó el Jurado —dijo Leibowitz sacudiendo la cabeza. ¿Ha dicho usted toda la verdad? Si no lo ha hecho, y quiere hacerlo ahora, tal vez pueda ayudarlo.

Pero Hauptmann continuó encogiendo los hombros.

—Ahora, supongamos que usted y yo hablamos acerca de esa escritura. ¿Recuerda que todas las notas de rescate tenían ciertas palabras que el secuestrador no escribió correctamente? ¿Recuerda usted f-i-r-r-m-a? ¿Recuerda l-u-s? ¿Recuerda d-e-r-r-e-c-h-o? ¿Recuerda h-a-n-c-h-o? Cuando le pidieron que escribiera esas palabras después de su arresto, usted incurrió exactamente en las mismas faltas ortográficas que en las notas del rescate. ¿Cómo se explica eso?

—Los de la Policía me fueron dictando cómo había de escribirlas, respondió con alguna burla Hauptmann.

—Pero Hauptmann —replicó el abogado—, usted sabe bien que eso no puede haber ocurrido así. Si hubiera escrito esas palabras bajo el dictado de la Policía, los peritos calígrafos lo hubieran descubierto en seguida con el microscopio, que mostraría un quiebre en cada una de las letras dictadas. No había tales quiebres en su escritura.

El prisionero sonrió burlonamente y dijo encogiendo los hombros:

—Bueno, por eso digo, esa escritura es lo peor de todo.

—Además, continuó Leibowitz, dígame, Hauptmann, ¿cuántas probabilidades hay de que un individuo incurra en los mismos errores, no una, sino veinte veces, como incurrió el secuestrador en las notas del rescate? Vamos a hacer una prueba y a ver cómo sale. Fue Leibowitz hacia la mesa del Guardián de la erujía y tomó unas hojas de papel en blanco. Las rasgó en cien pequeños pedazos. En uno de los pedazos escribió el número uno, en otro el número dos y en un tercero el número tres. Luego echó los pedazos en un sombrero y mezcló el contenido con el dedo. Ahora, Hauptmann —dijo al prisionero—, vamos a ver esto. Hay tres pedazos de papel en ese sombrero, con tres palabras mal escritas. Meta la mano y vea si puede sacarlos.

—Ya sé que es tonto ese negocio de hacer las mismas faltas de ortografía, señor Leibowitz, pero así fue la cosa, terqueó Hauptmann. Luego, condescendiente, introdujo la mano dentro del sombrero y sacó tres pedazos de papel, todo en blanco. Ya sabía, dijo con resignación.

—Ya ve, Hauptmann. Yo no concedo importancia a ninguno de esos llamados testigos presenciales que lo señalan como el individuo que rondó la casa de los Lindbergh poco antes de que el chiquillo fuera secuestrado. No creo que después de dos años su identificación merezca mucho crédito, pero ¿cómo podemos escapar a todo ese cúmulo de circunstancias que se levantan contra usted gritando: ¡Culpable! ¡Culpable!?

Una y otra vez Leibowitz puntualizó los absurdos de la defensa de Hauptmann. No fue rudo ni enérgico con él. Más de una vez Hauptmann encogió los hombros diciendo: “Eso fue lo malo”.

Una y otra vez Leibowitz volvía al tema del pequeño Manfredo, o "Bubi". Siempre que Hauptmann hablaba de Bubi parecía un hombre distinto. Sus ojos opacos brillaban con delicia e interés. Si Hauptmann tenía algún punto vulnerable, era ese chiquillo.

Finalmente, después de más de tres horas, el abogado se despidió.

—Hay por lo menos veinte reporteros esperando afuera; ¿qué les digo, Hauptmann?

—Díales lo que quiera. Soy inocente y no me voy a sentar en la silla eléctrica. Pero regrese, por favor, señor Leibowitz, ¿no?, dijo Hauptmann cuando se estrecharon la mano a través de las barras.

—Sí, dentro de unos días, respondió el abogado saliendo de la crujía de los condenados a muerte.

Al día siguiente sonaba el teléfono en la oficina de Leibowitz. Era la señora McLean la que llamaba. Preguntó ansiosa:

—Bien... ¿hay algo nuevo?

—Nada, contestó el abogado, pero sospecho, por mi conversación con ese hombre y mis observaciones acerca de él, que es como un jugador en un partido de poker, con una buena mano, con un *full* de ases. Estoy más intrigado de lo que usted pueda imaginarse. Durante tres horas completas estuvo diciendo cosas que muestran su culpabilidad, y, sin embargo, debe haber algo o alguien que lo está haciendo o induciendo a que no muestre el juego.

—Creo que Hauptmann piensa que no hay una posibilidad en un millón de que vaya a la silla eléctrica. Tal vez el interés mostrado por el Gobernador con su visita personal, a media noche, a la celda de los condenados a muerte, le ha dado esa confianza inquebrantable. Quizá es alguna otra cosa, pero voy a ver a Hauptmann nuevamente y a probar por última vez.

Dos días después, en el hotel Towers, de Brooklyn, cuatro hombres se sentaban en torno a una mesa, en uno de los cuartos privados. Eran el Gobernador del Estado de Nueva Jersey, Haroldo Hoffmann, el Defensor en Jefe de Bru-

no Ricardo Hauptmann, Samuel Leibowitz y su ayudante, Juan Terry. La conversación fue en ocasiones acalorada.

—Señor Gobernador —dijo Leibowitz con énfasis—, he repasado todas la ramificaciones del caso con Hauptmann. No hay duda acerca de que tanto la conducta de usted como la del señor Defensor es enteramente sincera en este caso, pero en mi mente no existe una duda acerca de que ese hombre no sea culpable. Aun cuando el prisionero no ha admitido directamente su culpabilidad, sólo un chiquillo sería tan crédulo como para pensar que él mismo no se da cuenta de que la palabra "culpable" está escrita sobre toda su persona. Sin embargo, se obstina en no mostrar su juego. Me he estado preguntando por qué. Quizás sean ustedes culpables en parte de esta actitud. Si consideramos el asunto fríamente, notaremos que se trata de un caso de extremado egocentrismo. Cuando Hauptmann quiso cometer un robo en su pueblo natal, en Alemania, ¿a quién escogió como víctima? No ciertamente a un ciudadano común y corriente, sino al Alcalde. Apenas salió en libertad asaltó, pistola en mano, a una mujer, en forma verdaderamente sensacional. Nuevamente fue encerrado en una celda. Escapó. Sin embargo, no se contentó con escapar. Su egocentrismo lo impulsó a dejar una nota para el Director de la prisión, burlándose sarcásticamente de él y de las autoridades por la facilidad con que había efectuado su escapatoria.

Se introdujo como polizón en un barco que venía hacia Norteamérica. Lo sorprendieron y lo regresaron. Probó nuevamente y volvió a fracasar. Por último, la tercera vez, triunfó y pudo brincar fuera del barco. Permaneció asido a los puntales, abajo del muelle, durante muchas horas, hasta que bajo el manto de la oscuridad pudo deslizarse de contrabando al interior de este país. Esa es la clase de individuo con quien tratamos. Cuando resolvió secuestrar al hijo de un ciudadano adinerado, tenía que ser el hijo del Coronel Lindbergh, el hombre más famoso de América. El hijo de un ciudadano rico común y corriente no saciaría su demoníaco afán de publicidad, aun cuando él solo fuese el auditorio que contemplase a Bruno

Ricardo Hauptmann como la estrella del espectáculo.

Ahora nos encontramos ante obstáculos adicionales, y usted, señor Gobernador, está fomentando su ego. Nunca confesará mientras usted permanezca en su esquina, y, mientras yo me rompo la espalda para hacerlo hablar, el señor Defensor lanza declaraciones a los periódicos, diciendo que él cree a Hauptmann inocente. Dice que si Hauptmann cambiara su historia con motivo de la intervención de Leibowitz, él, el Defensor, se retiraría inmediatamente del caso. Si hemos de llegar a algún lado con este hombre, debemos quitar las muletas a su ego. Usted, señor Gobernador, debe hacer saber que ha terminado con él, y el señor Defensor debe hacer entender a este hombre que la farsa ha terminado y que si quiere salvarse de la silla debe romper su mutismo y hablar.

El Gobernador y el Defensor convinieron en "cooperar".

—Y suponiendo que Hauptmann no cambie su historia, ¿entonces qué?, preguntó el Defensor.

—Hay un recurso más, que, según creo, produciría buenos resultados. Su punto débil es ese chiquillo suyo. Si se le hace entender a Hauptmann que irá irremisiblemente a la silla y que todos lo han dejado solo, y si una hora antes de que haga el "último recorrido" hacia la silla, se lleva ese chiquillo a la celda y dejan que Hauptmann sienta los tiernos brazos de su hijo en torno a su cuello, entonces se quebrará y dirá la verdad. Descubrirá a sus cómplices.

—Tenemos algo mejor que eso, dijo el Gobernador Hoffmann, ceñudo, y el abogado Defensor, Fischer, asintió comprensivamente.

Con aquello terminó la conferencia. El Gobernador Hoffmann jamás explicó lo que quiso decir con "algo mejor".

Al día siguiente Leibowitz fue nuevamente a la prisión Trenton. Esta vez lo acompañó el abogado Defensor de Hauptmann. Durante horas Leibowitz repasó todos los detalles del caso con el acusado. El Defensor dijo a Hauptmann que no había nada que hacer a menos que confesara y designara a sus cómplices. No creyó lo que ahora le decía su Defensor. Seguía ocultando su juego. Ni por un momento creyó que el Gober-

nador lo hubiese abandonado. Terminó la entrevista, y los dos abogados abandonaron el departamento de los condenados a muerte, uno convencido de la inocencia, y el otro de la culpabilidad de Hauptmann.

¿Por qué Hauptmann no habló, descubriendo los nombres de sus cómplices? ¿Qué quiso decir el Gobernador Hoffmann cuando dijo a Leibowitz en el Hotel Towers que "tenía algo mejor que eso"?

Mientras la acalorada discusión seguía su curso en el cuarto del Hotel Towers, un hombre, llamado Pablo H. Wendell, que alguna vez había ejercido la abogacía en Nueva Jersey, estaba esposado y atado a una silla, en el sótano de una casa de Brooklyn. Estaba siendo "trabajado" por tres robustos mocetones que trataban de "persuadirlo" a que confesara que había sido el verdadero secuestrador del niño Lindbergh.

Había sido Ellis Parker una figura legendaria que los tabloides periodísticos habían llegado a comparar con Sherlock Holmes, quien había ideado "raptar" a Wendell. Ellis Parker, detective de Nueva Jersey e íntimo amigo del Gobernador Hoffmann, había afirmado siempre que Hauptmann era inocente, y aparentemente había logrado sembrar la duda en la mente del Gobernador acerca de la culpabilidad de Hauptmann. El Gobernador había concedido una suspensión de treinta días a la sentencia de muerte, y la opinión general coincidía en que lo había hecho siguiendo el consejo del detective Parker, quien afirmaba estar sobre la pista del verdadero secuestrador.

Ellis Parker (actuando por cuenta propia), mandó a su hijo a Nueva York para que se pusiera en contacto con los tres mocetones que habrían de "raptar" y atormentar al desventurado Wendell. Parker Jr. no tuvo dificultad en convencer a los tres desalmados a que secuestraran a la desprevenida víctima. Fingiéndose policías, lo llevaron al sótano de la casa de Brooklyn y durante muchos días lo tuvieron sin comer, aplicándole los sistemas conocidos de tortura, más una o dos variaciones que se

les ocurrieran. Bastante efectiva, según Wendell declaró más tarde, fue la aplicación de un foco eléctrico encendido en la parte posterior del cuello. Parece que el calor generado por el bulbo es considerable. Cuando Wendell, bañado en sudor y con desesperación en el acento, gritó que serían castigados por la ley, uno de los mocetones dijo confidencialmente:

—Aun cuando no tengamos credenciales de policía nos protege una alta autoridad de Nueva Jersey.

Persistieron en sus esfuerzos porque Wendell confesara que había secuestrado al niño y lo había sacado por la puerta del frente del hogar de los Lindbergh. Pasaron varios días antes de que Wendell se quebrara completamente. Había estado esposado a una silla clavada en el suelo, con sesiones intermitentes de aplicación de cerillas encendidas a las partes vulnerables de su anatomía y variaciones de los antiguos métodos de desmembramiento y golpes. Entonces escribió una confesión completa. Claro que para ese momento hubiera confesado ser culpable del hundimiento del *Maine*.

Mientras tanto, Ellis Parker hacía visitas nocturnas a Hauptmann para tenerlo al corriente de los últimos acontecimientos. Bruno Ricardo estaba siendo informado de que el "verdadero secuestrador" había confesado y que pronto quedaría libre como un pájaro. Sin saberlo, Leibowitz estaba rompiéndose la cabeza contra una pared, queriendo hacer que confesara su participación en el delito este criminal astuto y egocéntrico.

Una vez que Wendell hubo hecho su "confesión" fue llevado por sus secuestradores al Monte Holly, en Nueva Jersey, a casa de Ellis Parker. Después fue llevado a una casa treinta kilómetros al sur del Monte Holly y retenido allí durante treinta días. Por último, fue entregado en manos de las autoridades del Condado de Mercer.

El Procurador General Wilentz, Fiscal en el caso de Hauptmann, fue llamado. Wendell contó a Wilentz cómo había sido secuestrado y atormentado para obligarlo a confesar. Fue inmedia-

tamente puesto en libertad por el irritado Wilentz.

Cuando el Gobernador Hoffmann dijo a Leibowitz: "Tenemos algo mejor que eso", ¿estaba pensando en Wendell, quien, por supuesto, no tuvo nunca que ver nada con el secuestro del niño Lindbergh? Incidentalmente el Gobernador no estaba enterado de los procedimientos para arrancar la "confesión" a Wendell. Actuaba de buena fe.

Entre paréntesis podría agregarse que los tres mocetones que torturaron a Wendell fueron juzgados y declarados culpables en Brooklyn, y sentenciados a prisión. Luégo el Estado de Nueva York trató de extraditar a los dos Parker (padre e hijo), pero el Gobernador Hoffmann se rehusó a firmar la orden de extradición. Sin embargo, las autoridades federales no permanecieron inactivas y de todos modos aprehendieron a los dos Parker, quienes fueron presentados ante una corte federal, juzgados, convictos y sentenciados a prisión.

Suponiendo que el Gobernador Hoffmann hubiera mostrado menos confianza en su detective particular y más en Leibowitz; suponiendo que hubiera aceptado la sugestión de Leibowitz, relativa a confrontar a Hauptmann con su hijito momentos antes de emprender la "última caminata", ¿habría hablado Hauptmann? Leibowitz está convencido que sí.

¿Tuvo Hauptmann cómplice o cómplices? Aún hoy permanece la duda en la mente de muchos. Las pruebas contra Hauptmann eran tales que sólo un tonto hubiera podido dudar acerca de su participación en el crimen. Pero ¿lo llevó a cabo él solo? ¿Vive actualmente, en alguna parte, alguien igualmente culpable? Leibowitz y muchos otros que estuvieron íntimamente conectados con el caso están convencidos de que así es. Y Leibowitz está convencido de que Hauptmann hubiera confesado si el Gobernador Hoffmann, el Defensor Fisher y el detective Parker lo hubieran abandonado; que hubiera denunciado a su cómplice o cómplices si hubiera sido confrontado con su pequeño hijo la noche en que fue conducido a la silla eléctrica. ¿Si Hauptmann hubiera hablado...!

*El borrico,
una figura central en el mundo
amable del paisaje boyacense.*

cre
rar

¡QUÉ BUENO SERÍA que cada vez que los colombianos queramos reconciliarnos con el país, con este país que a veces creemos tan cruel y tan duro, nos echáramos a andar por los caminos a cuya vera nos aguardan los paisajes que desde hace siglos se hospedan en ellos! Se tiene la sensación de que estamos redescubriendo la Patria, con sus campesinos amables y cándidos que todavía —en la segunda mitad del siglo xx— se asoman a ver pasar los trenes y saludan desde lo alto de los barrancos a viajeros desconocidos. Y nos sorprende que ante el espectáculo de los hombres sencillos, el corazón se nos vuelve un poco tierno, cogido de sorpresa por la emoción.

Boyacá tiene esa magia quizá con más fuerza cautivadora que otro lugar de la Nación. Debe ser porque acostumbrados al paisaje de la tierra caliente, el oleaje del "oro cereal" nos entrega la medida exacta de las parábolas con los relatos de la siega, de la mies madura y del buen sembrador, o nos revela el secreto de la inocencia en la triste mirada del cordero y en el anónimo rostro del pastor. O seguramente porque nos hallamos de pronto transportados a la historia antigua en donde los profetas —idénticos a estos viejos labriegos boyacenses— trenan sus vaticinios desde la intrincada vegetación de sus barbas, de pie ya sobre el carro de fuego pronto al arrebató.

Hay en esta tierra, cuyos colores apaga una tristeza infinita, una levísima invitación a continuar mirándola. A seguir espíandola ansiosamente con interés de amante. Los caminillos, que, refiriéndose a los de Castilla, Ortega y Gasset dice que "siempre son idénticos a sí mismos, se anudan a las piedras de los kilómetros y atan los paisajes unos a otros", son diminutas rutas abiertas al fondo, por donde van y vienen los bueyes pesados, bajo el oscilante mandato del yugo.

Recuperación de Platero

POR JOSE HUGO OCHOA

Pero en medio de todo este purísimo orden de labriegos, fuentes discretas, árboles bamboleantes al viento como gigantes cabezudos, rebaños, trigales, ancianos resignados y pastores que juegan con juncos frágiles, el borrico es para nosotros la estampa central. A la entrada de Tunja, en el límite dorado de la parcela, contra el fondo pardo de las lomas, llevando los enormes barriles húmedos, el borrico cumple con el paisaje y con la tierra. Conoce su papel y lo desempeña discretamente, mansamente, dócilmente, como todos los burros del mundo.

Se ha dicho que Juan Ramón, buscando una ilustración para "Platero y yo", pedía al dibujante "un burro de cristal". Quería decir tierno, frágil, transparente, que en nada se pareciese a las cosas prosaicas que se resienten de volumen y pesadez. Así creo que son los borriquillos boyacenses. Cuando están alegres van dejando atrás el camino con un trotecillo juguetón, mientras la cola áspera chispea sus cerdas contra los flancos. Bajo el cielo hosco y sucio de invierno caminan remolones, imitando el gesto cansado de las balletistas intransigentes y voluntariosas.

Pero de todos modos siguen siendo "burritos de cristal" que no pesan sobre los campos, porque están hechos de aire silueteado de candor. Y porque,

además, son transparentes a fin de que los campesinos los adivinen desde lejos cuando llegan cargados de agua, heno o simplemente con el hijo menor que regresa en la noche, recostado sobre el tierno espinazo bajo el resplandor de las Siete Cabrillas.

El tiempo de verano, en cambio, despierta al borriquillo a un mundo nuevo, en el que las abejas zumban empeñadas en trazar líneas imaginarias a través de las grandes orejas móviles que se alzan, se tuercen o se agachan según interprete la aerobacia de los insectos. Pero afuera el día es también de cristal, contra el que inútilmente lanzan los mu-

chachos los pedruscos de sus gritos. El borriquillo, mansamente —como ha sido siempre —toma el día de sol con calma y suavemente, como para no romperse —porque también él se sabe frágil—, mordisquea las hierbas tiernas en el nacimiento de las colinas.

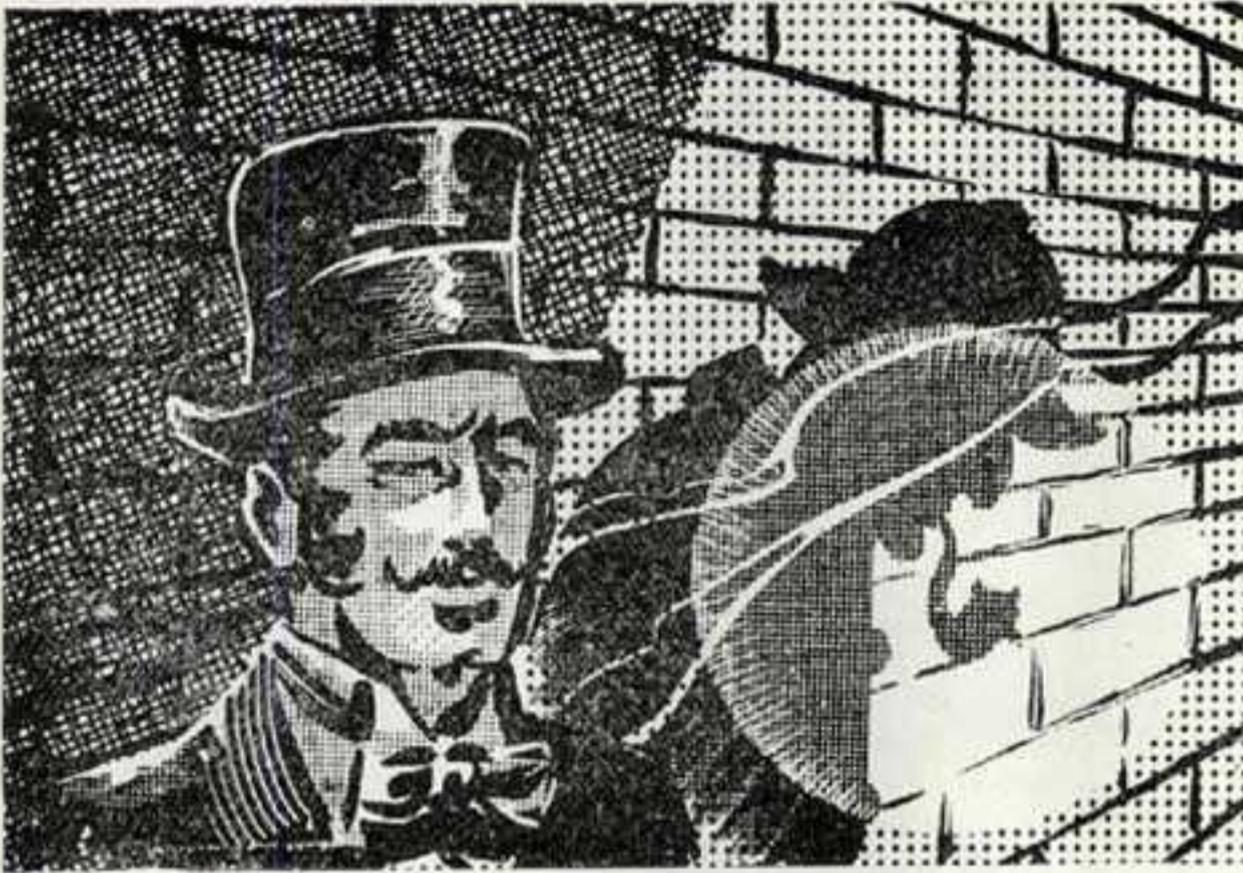
Realmente en el ruralismo boyacense recuperamos a Platero con toda la ternura y toda la gracia con que Juan Ramón legó a la literatura universal esas hermosas páginas. Si supiéramos mirar emocionadamente nuestras regiones, esta Colombia que tantas veces se nos vuelve triste, nos hablaría siempre con el vivo lenguaje del corazón.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL FUNCIONARIO DE LA POLICIA

- 1º *Amar a Colombia como a nuestra propia madre.*
- 2º *Rendir culto y pleitesía a quienes han consagrado su vida y afanes a hacernos Patria amable.*
- 3º *No invocar jamás el santo nombre de la Patria, ni el de nuestros Jefes y superiores, para cometer un desafuero o una injusticia.*
- 4º *Poner nuestras almas y nuestros corazones al servicio de las Fuerzas Armadas.*
- 5º *Cuidar la vida e integridad del prójimo, como la de nosotros mismos.*
- 6º *Dejar que cada cual tenga lo suyo e impedir a los demás que lo estorben o priven de ello.*
- 7º *Ser amparo de los débiles (ancianos, mujeres y niños) y el guardián del patrimonio moral de los asociados.*
- 8º *Hacer de nuestra palabra la más firme y rutilante verdad.*
- 9º *Ser el ángel tutelar de los hogares colombianos.*
10. *Ver y cuidar sin enojo y con solicitud y decisión los bienes de nuestros hermanos.*

Estos diez preceptos se encierran en dos: amar a nuestra Patria por encima de todo y a los compañeros de las Fuerzas Armadas, y al pueblo colombiano en general, como debemos desear que ellos nos amen a nosotros.

Pudo ser un extraordinario investigador, pero dedicó su vida a escribir novelas de detectives.



**CUANDO
CONAN DOYLE
FUE
SHERLOCK HOLMES**

POR ALAN HYNDO.
TOMADO DE "CAVALIER".

SIR ARTHUR CONAN DOYLE, creador de las historias de Sherlock Holmes, existió, y fue un excelente sabueso, a quien le cupo en suerte resolver dos de los más famosos casos de asesinato en Inglaterra, y adelantó las investigaciones que salvaron de la muerte a un inocente, y a otro de la prisión.

Sir Arthur Conan Doyle —explica Sir Basil Thompson, el extinto y dinámico Jefe de Scotland Yard— hubiera sido un detective admirable en todo el mundo si se hubiera dedicado a la caza de criminales en lugar de consagrarse a escribir historias de crímenes.

Como muchos novelistas, Conan Doyle era aficionado a leer los diarios no sólo locales sino del exterior, especialmente los domingos, cuando no debía asistir a la oficina; y en una de esas tardes dominicales leyó el caso de la señora Joseph Smith, de Blackpool, Lancashire, que sufrió un ataque de epilepsia mientras tomaba un baño en la tina. Conan Doyle siguió pensando en ese "accidente", pues la mente le decía que no todo lo que leyó era verdad. El no alcanzaba a

comprender qué estaba "errado" en ese relato, pero la duda lo obsesionaba.

Sir Arthur continuó un año completo con esa duda, y al cabo de ese lapso leyó otra historia macabra: la señora John Lloyd pereció ahogada en el baño, según relató a las autoridades el esposo de la infortunada mujer.

Hallando extraña similitud en los dos casos, Conan Doyle se intrigó aún más, pues ambas víctimas eran señoras y murieron ahogadas en una pequeña tina de baño, al parecer, de ataques de epilepsia.

Ahora no existía duda alguna de que las dos mujeres no pudieron morir de esa manera. Las tinajas de baño en Inglaterra por ese entonces eran muy chiquitas, y la persona quedaba con los pies encogidos, sentados dentro de ella, y era en extremo difícil conservar sumergida la cabeza, aunque se estuviera bajo el efecto de un ataque epiléptico. Para resolver el caso pidió a una dama joven que entrara a una de esas vasijas repletas de agua y, simulando un



Encabezados por los señores Ministro de Guerra, Brigadier General Berrío Muñoz, y el Comandante General de las Fuerzas Armadas, Brigadier General Duarte Blum, aparecen altos Oficiales del Ejército y de la Policía presidiendo el acto de clausura del curso de Suboficiales en la Escuela General Santander.

Nuevos cursos y nuevas materias en la Escuela General Santander

El Director, Mayor Roberto Torres Quintero, expone el desarrollo de la actividad docente en lo que va corrido del año de 1954.

La Escuela "General Santander" es la cuna de la oficialidad de las Fuerzas de Policía, y es por eso por lo que la orientación que allí se dé a la formación de los futuros cuadros de mando, repercute a través de todo el organismo en la Nación. Actualmente, y de ello hace ya varios años, este centro docente está dirigido por el Mayor del Ejército Roberto Torres Quintero (*Fuerzas de Policía N° 20*, "Sucedió en el mes"), quien puede presentar un balance amplio y halagador de sus realizaciones. En este sentido *Fuerzas de Policía* se propone hacer, para su próxima edición, una información lo más completa

posible, a fin de mostrar las realizaciones logradas en la Escuela "General Santander", considerada como una de las dependencias más importantes del organismo policivo.

Los nuevos cursos.

En esta vez el hecho de que se haya intensificado la preparación de los Oficiales con el aumento de materias docentes y la participación en ella de elementos de las Fuerzas de Policía de países hermanos como Ecuador y Panamá, nos movió a realizar una rápida entrevista con el Mayor Torres Quintero para mostrar un poco más a fondo la realización de esos cursos y su orientación. En ese sentido, el Mayor Torres Quintero expresa:

—En lo que va corrido de 1954 la Escuela ha dictado tres tipos de cursos de gran interés para las Fuerzas de Po-

licía, porque indudablemente ello demuestra el gran deseo de intensificar la enseñanza, dentro de la prospectación adecuada que busca un creciente mejoramiento del personal. El primero de esos cursos se refiere a la formación intelectual y profesional de los Tenientes Primeros de la Policía. El segundo, al mismo tipo de Oficiales para los cuadros de mando, y el tercero, destinado a los Cadetes, en la preparación e instrucción de nuevos Oficiales del Arma.

El perfeccionamiento.

Dentro de ese planteamiento previo, el Director de la Escuela explica lo siguiente:

—El curso de perfeccionamiento de Oficiales está integrado por 23 Oficiales colombianos que llegan a la Escuela para optar al grado de Capitanes, y 3 Oficiales ecuatorianos a quienes el Comando de las Fuerzas de Policía otorgó las becas aceptadas por el Gobierno de la República hermana. Este curso se inició en marzo y es muy novedoso en cuanto al pènsum de seis meses. En cuanto a éste se pueden mencionar como asignaturas nuevas las de sociología criminal, matemáticas, ética profesional y Código Penal Militar, fuera de otras que lo complementan, entre las cuales la calidad de servicio de Policía está

establecida sobre el método vivo que aconseja la pedagogía moderna para este tipo de actividad intelectual.

Los cuadros de mando.

Relativo al segundo curso nos manifiesta lo siguiente:

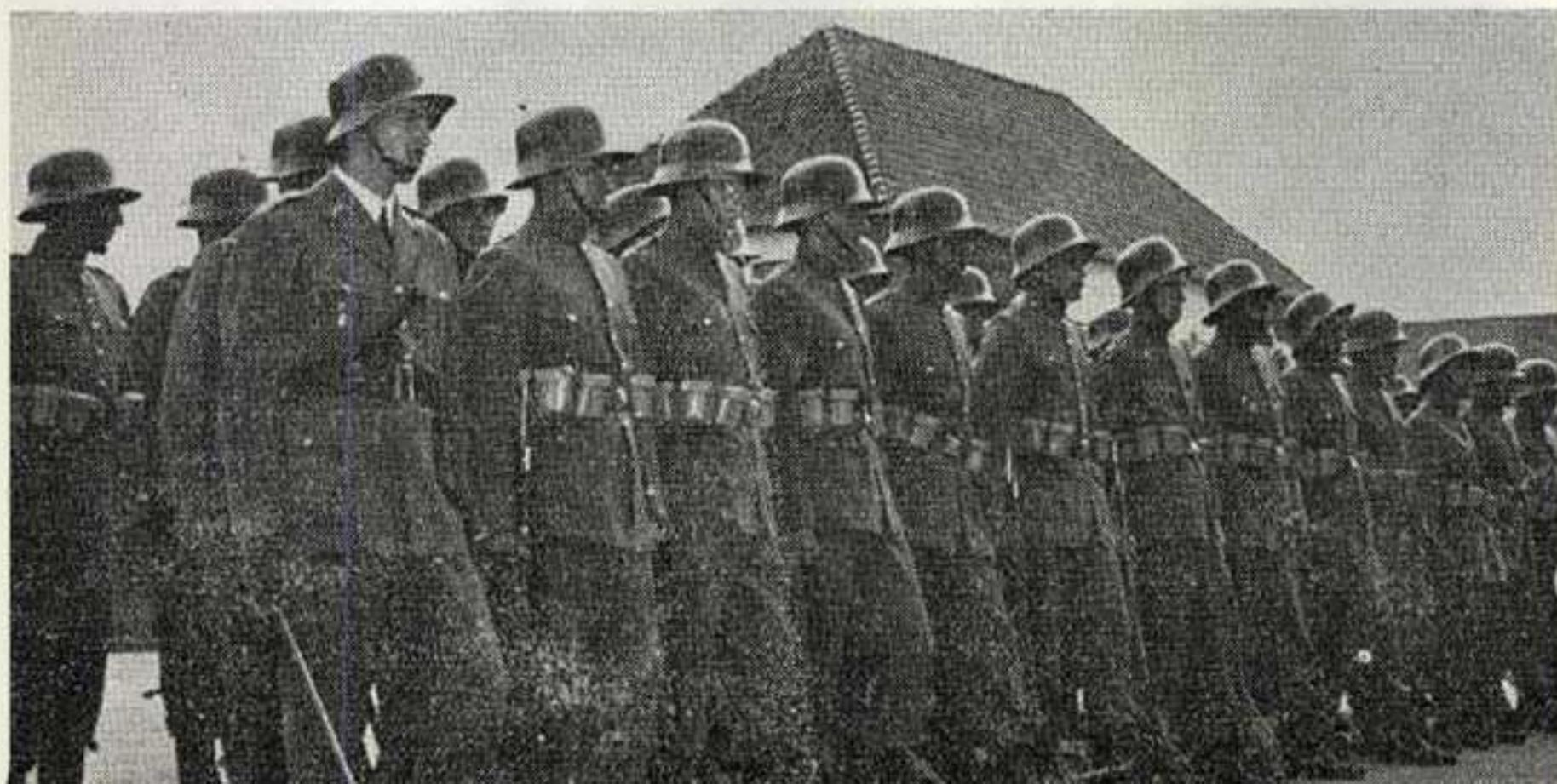
—Los integrantes del segundo han tenido la oportunidad de visitar todos los servicios públicos organizados en Bogotá y muchas fuentes de la actividad industrial privada, para darse así una visión objetiva de la función que a la Policía corresponde como elemento de protección social. El curso está dirigido por el Teniente Primero José María Ibáñez Losada, quien realizó en la Escuela los primeros estudios de este tipo y obtuvo el primer puesto merced a su capacidad y aprovechamiento.

El tercer curso.

Sobre esta fase de la enseñanza en la Escuela "General Santander", dijo el Mayor Torres Quintero:

—El curso de Suboficiales es el segundo de esta clase en la Escuela ordenado por el Coronel Rojas Scarpetta, y obedece a un planeamiento minuciosamente calculado que ha atraído la atención de los señores Gobernadores y Comandantes Divisionarios, hasta el ex-

Este es el grupo de Suboficiales de la Escuela General Santander, que terminó su curso de capacitación recientemente, habiendo quedado dotados de importantes conocimientos y amplia preparación.



LA IMPLACABLE "VENDETTA" ITALIANA

POR GEORGES HUREL

“Palermo, Sicilia, marzo 3. (UP).

EL BRAZO VENGADOR del bajo mundo siciliano penetró las murallas y las rejas de la prisión para asesinar al prisionero que se jactó de haber sido él —no la Policía— quien dio muerte al jefe del hampa isleña, Salvatore Giuliano.

El informe de los médicos forenses que practicaron la autopsia declara que Gaspare Pisciotta, uno de los principales jefes de la red de bandidos que dominaba las montañas sicilianas, murió el 9 de febrero, después de ingerir una medicina a la que alguien había agregado arsénico.

Pisciotta, en varias ocasiones, hizo alarde de que había sido él quien dio muerte al cabecilla Giuliano en 1950. Negó también, reiteradamente, que la Policía Federal hubiera muerto a Giuliano.

El padre de Pisciotta, que estaba encarcelado con él en la misma celda, declaró que la mano negra de la *mafia* había ejecutado a su hijo.

La Policía informó que dos guardias de la prisión fueron detenidos y acusados de haber puesto arsénico en la medicina de Pisciotta.

Poco después de ocurrir la muerte del preso, las autoridades sometieron la medicina a un análisis, pero no contenía arsénico. Sin embargo, el padre de Pisciotta explicó que la medicina que tenía arsénico fue retirada y reemplazada por otra que no lo tenía, una vez que la víctima ingirió el veneno.

Un guardia de la cárcel, identificado como Ignazio Selvaggio, de 37 años de

edad, fue acusado de asesinato. También fue acusado otro guardia cuyo nombre no ha sido revelado.



“Era como Caín y murió como Caín”, dijo la madre de Salvatore Giuliano al enterarse de la muerte de Pisciotta.

La hermana del “rey de Montelepre”, por un lado, llegó al extremo de escupir el ataúd, porque la muerte no apacigua odios como el que separa a las familias de Salvatore Giuliano, el más temible de los bandidos sicilianos, y de su teniente y primo Gaspare Pisciotta, muertos el uno a manos del otro, y este último víctima de una venganza ineluctable.

Encerrado en la oscura prisión de Ucciardone, en Palermo, con su padre y sus cómplices de otrora, de los cuales una parte al menos le profesaba un odio feroz por infidelidad a su jefe, Gaspare Pisciotta se levanta una mañana, como de costumbre. Prepara el café para su padre, que comparte con él la celda, y para sí mismo, en una pequeña cafetera y con un reverbero de alcohol.

Antes de apurar el contenido de su taza, toma una cucharada de un producto americano, a base de vitaminas. Algunos segundos más tarde, presa de pavor mortal ruge:

“¡Me muero, me muero! ¡Me han envenenado!”

Su padre se precipita hacia él, pero el desdichado tiene ya los labios llenos de espuma y se retuerce como un poseído.

En un instante de lucidez pide a su padre que le dé aceite de oliva del que le ha enviado su madre. Espera así volver el veneno. Vomita, en efecto, pero no le servirá de nada. Los carceleros, alertados, se precipitan en la celda. Se transporta de urgencia a Gaspare Pisciotta a la enfermería, en donde el cirujano abandona a otro paciente, en quien operaba una úlcera, para socorrer al joven. Pero es en vano que le haga una inyección de adrenalina y que le aplique oxígeno: Pisciotta muere entre los más atroces sufrimientos.

Cantan en casa de los Giuliano.

Su madre, verdadero personaje de tragedia antigua, llega con un velo negro que la cubre de pies a cabeza. Estalla en imprecaciones contra quienes, sin duda, para ella, han envenenado a su hijo a quien llama con los nombres más dulces que su imaginación le sugiere: “¡Ángel caído del cielo! ¡Oro molido en la prisión!”

Con gran dificultad la retiran mientras es transportado el cadáver al necrocomio, en donde los médicos legistas deben buscar las causas de esa muerte no menos sonada que la de Giuliano, hace tres años. Pero el resultado de la autopsia no se conocerá sino al cabo de algún tiempo.

Finalmente, por última vez se viste el cadáver con el famoso terno azul marino cruzado, que Pisciotta lucía orgullosamente durante el proceso que terminó con su condena a prisión perpetua. Su rostro ya no está crispado. Ha encontrado una serenidad que había perdido hacía largo tiempo, pero la llegada de sus restos a Montelepre arriesgará provocar nuevas efusiones de sangre. Es por ello por lo que la Policía establece alrededor de la pequeña villa un servicio de seguridad que sólo justificaría un estado de sitio.

Los sicilianos son gentes de pasiones violentas, y el odio no es menos tenaz entre ellos que el amor, y mientras Rosalía Pisciotta —lombarda por nacimiento— llora a su “Gaspareddu” rodeada de los suyos, en la casa de Salvatore Giuliano, María Giuliano —lombarda por nacimiento—, prima de la primera, evoca la muerte de su “Tu-

riddu” con sus ojos sin lágrimas pero en los que brilla una llama siniestra, una especie de gozo por el fin súbito del “traidor”.

Se llora, se gime, se retuercen las manos de dolor en casa de los Pisciotta, mientras en la de los Giuliano, sus parientes y amigos cantan y salen sus canciones por las ventanas abiertas de par en par y huyendo por esas calles en que se tocan las casas.

El día del entierro de Pisciotta, cuya tumba tocará casi el sepulcro magnífico que acogió los restos de Salvatore Giuliano, un vendedor de flores llegado de Palermo hará negocios fantásticos vendiendo a los Giuliano y a sus partidarios ramilletes de claveles color de sangre contra el “mal de ojo”, y que ellos lucirán con aire de desafío. Pero para alivio de las autoridades locales, todo acabará por pasar sin incidentes y la *vendetta* será para más tarde.

Comienza la aventura.

No hay ninguna duda de que el ex-teniente del “rey de Montelepre” fue asesinado, pero la habilidad de los asesinos fue diabólica, ya que Gaspare y su padre nunca abandonaban su celda simultáneamente. Uno de ellos se quedaba siempre de guardia durante la ausencia del otro, pues sabían que los hombres de la banda que se mantenían fieles a Giuliano no perdonaban la traición de Gaspare.

No se llega fácilmente a comprender cómo el veneno pudo ser vertido en la medicina que Gaspare tomaba desde hacía algún tiempo todas las mañanas. Parece, en todo caso, que se trataba de un veneno terrible, cianuro de potasio, porque la muerte fue casi instantánea, y —según se afirma— un olor de almendras amargas salía de los labios del difunto. Pero ¿qué interés había en suprimir a Pisciotta? Esta pregunta hace volver a la superficie todas las que se hicieron desde que el *affaire* Giuliano creció hasta que se convirtió para Italia en un problema nacional.

Gaspare Pisciotta, nacido en 1922, fue a la guerra como *bersagliere*. Pasó al *maquis* y, capturado en Croacia por los alemanes, fue enviado a un campo de concentración, de donde llegó en muy

mal estado de salud. Fue entonces cuando se encontró con su primo Salvatore Giuliano; "Turiddu" se había nombrado a sí mismo coronel, y hacía parte de una banda de voluntarios de "Pisciotti", partidarios de la independencia siciliana.

Los americanos ocupaban la isla y los dejaban hacer. Giuliano y Pisciotta se tomaban muy en serio y jugaban a ser jefes militares y políticos. Así, participaron en la lucha política para apoyar a ciertos movimientos separatistas una vez que Italia recobró todos sus poderes.

Pero un mal día Giuliano dio muerte a un carabiniere que lo sorprendió en momentos en que transportaba harina para vender en el mercado negro. Este era el comienzo de la aventura de la banda que en lo sucesivo actuaría fuera de la ley. La audacia de Giuliano no conocía límites. En su megalomanía enviaba cartas a los personajes responsables de la dirección de los destinos del país, proponiéndoles tratar con ellos de igual a igual. Toda Sicilia estaba en peligro de caer entera bajo el golpe de un bandidismo endémico.

Pisciotta, culpable.

El Gobierno envió a un Oficial superior de la gendarmería, el Coronel Luca, provisto de medios considerables e investido de poderes ilimitados. Pisciotta tenía celos de su primo y jefe, que, sin embargo, había llevado su afecto para él hasta el punto de hacer cincelar, para regalársela, una hebilla de oro macizo para su cinturón, igual a la que él lucía en el suyo.

Pisciotta se había dado cuenta de que su jefe tenía ciertos contactos con policiales. Se puso en contacto con el Coronel Luca en momentos en que las mallas de la red se cerraban sobre los bandidos. Giuliano se escondía entonces en Castelvetro, en casa de un abogado, amigo de fiar. Allí se le había arreglado un escondrijo en donde debía ocultarse en caso de peligro.

Aquello corría en pleno julio y hacía calor en ese rincón ardido por el tórrido sol de Sicilia. Giuliano, lleno de pasta y de carne roja, vestido solamente con un pantalón y una camiseta ligera, recibió aquella tarde a su teniente y pri-

mo que iba a hablarle de la situación a que la banda estaba enfrentada. Extendido sobre su jergón, Giuliano tenía el revólver al alcance de la mano.

Fue en ese momento —como habría de saberse más tarde— cuando Pisciotta lo liquidó de dos tiros de pistola, casi a quemarropa. Los carabineros, que entretanto habían rodeado la casa, irrumpieron en ella. Oficialmente se declaró que el bandido había caído bajo los disparos de los gendarmes. Pero Pisciotta reivindicó el honor y la responsabilidad de esa muerte durante el proceso que algunos meses más tarde debía reunir en los bancos de la Corte de Viterbo a una treintena de miembros de la banda que había mantenido en jaque durante cerca de cinco años a todas las fuerzas del Estado. Pisciotta se había dejado arrestar sin ofrecer la menor resistencia.

Gaspare el "Dandy".

Gaspare compareció ante el Jurado en Viterbo, seguro de sí mismo, como una *vedette*. Siempre estaba esmeradamente arreglado, con sus cabellos negríssimos engominados. Un velo de polvos de talco sobre sus mejillas cuidadosamente rasuradas, y el bigote, delicadamente recortado, que solía atusarse con aire de abandono.

Al llegar a las audiencias sacaba del bolsillo un pañuelo de lino azul pálido, que colocaba sobre el banco para no ensuciar sus pantalones de impecable línea. No usaba sino camisas de seda blanca y alternaba los ternos cruzados azules con americanas de color azul zafiro o de *tweed* de dibujos caprichosos.

Entonces estaba muy seguro de sí mismo. Un día hizo exhibir una carta en la cual el señor Mario Scelba, a la sazón Ministro del Interior, le prometía sacarlo con bien si ayudaba a la Policía a desembarazarse de Giuliano. Y no se inmutó cuando el Coronel Luca, ya por entonces General, declaró como testigo que la firma del Ministro era falsa y que él mismo había fabricado la carta para llevar a buen término la misión que le había sido confiada.

El proceso duró trece meses. El principal cargo que se formulaba contra la banda era el crimen que se ha conocido

como la "matanza de Portella delle Ginestre".

El 1º de mayo de 1947 los hombres de la banda de Giuliano abrieron fuego sobre una columna de campesinos que manifestaban con ocasión de la fiesta del trabajo, dando muerte a once personas, principalmente mujeres y niños. Se trataba —según se dijo después— de un acto de intimidación de los partidos de izquierda, pero los móviles de tal delito quedaron en la sombra, mas no quienes lo ejecutaron.

Gaspere Pisciotta, condenado a prisión perpetua, pareció derrumbarse cuando el presidente leyó la sentencia. Fue encerrado en la prisión de Palermo con los otros once bandidos condenados a la misma pena que él. Interpuso el recurso de apelación.

Sólo uno queda con vida.

Pero al mismo tiempo la maquinaria de la justicia se había puesto en marcha para establecer las responsabilidades políticas en todo el *affaire* Giuliano.

Tal acción había sido iniciada con motivo de una acusación abierta contra ciertas personas pertenecientes a partidos de extrema-izquierda de haber apoyado al "rey de Montelepre". Como la cuestión tenía lugar en Sicilia, era natural que en ella se mezclara la tene-

brosa y temible *maffia*, cuyas ramificaciones ocultas se extienden hasta llegar a las personas más insospechables.

En esta atmósfera turbia, dos muertes sospechosas se produjeron súbitamente en el curso de los últimos tiempos: la de Cusumano Geloso y la de Rodolfo Giglio, Diputado regional el primero, abogado el segundo, cuyos nombres fueron pronunciados en relación con la "memoria" de Giuliano, que nunca fue encontrada. ¿Había interés en hacer callar a Pisciotta igualmente, que podría ser depositario de tantos secretos del jefe a quien traicionó con la esperanza de salir bien librado?

Un último miembro influyente de la banda ha quedado con vida: Pasquale Sciortino, marido de Mariannina Giuliano, hermana del bandido, que habiéndose refugiado en los Estados Unidos, en donde pudo enrolarse en el Ejército, fue extraditado a pedido de las autoridades italianas. ¿Pero no están contados sus días? Es eso lo que se preguntan ciertas personas que recomiendan a las autoridades que velen por ella.

Durante este tiempo, en sus pobres casas de Montelepre, dos mujeres enlutadas lloran por sus hijos, que cada una de ellas considera víctima de una grande injusticia, y su dolor, lejos de apaciguarse, atiza un odio implacable cuyas explosiones pueden producirse en cualquier momento.

CONSEJOS AL VIGILANTE:

● *En la conducción de capturados, no les permita entrar a las cantinas, conversar con particulares, y como medida preventiva, busque las calles menos transitadas para facilitar su captura en caso de fuga.*

KINDERGARTEN PARA CUADRUPEDOS

POR L. R., TRADUCIDO DE
"BRITAIN TO DAY"

RECIENTEMENTE un visitante de Londres me dijo: "Una de las primeras cosas que vi cuando bajé del tren fue un policial dirigiendo a un compañero de viaje por medio del lenguaje para sordo-mudos. Y créame usted, esto no me sorprendió en lo menor". Tal es la fama del *bobby* (policía) de Londres.

Pero aún más famosos que el mismo policía y fuente permanente de admiración de visitantes y londinenses son los caballos de la Rama Montada de la Policía Metropolitana. La vista de Londres sería incompleta sin ellos, manteniéndose inmóviles con sus jinetes entre los ruidos, los reventones de las llantas, los gritos, las banderas que ondean y los topetazos, mostrando completa indiferencia al barullo y confusión que les rodea.

El adiestramiento de estos caballos es, si se quiere, más exacto que el de sus propios jinetes. Ellos llegan a sus cuarteles de enseñanza en Imbert Court, en los arrabales sureños de Londres, cuando su edad media entre los tres y cuatro años, y de inmediato se les somete a un curso de aprendizaje que dura unos nueve meses.

Sus modernos cuarteles con pesebres de cemento y hierro, boxes de aislamiento, extensos campos de verde césped y bien dispuestos edificios que albergan al cuerpo docente y administrativo, son la última palabra en eficiencia. Un cirujano veterinario cuida con ojo alerta

la salud de los pupilos, y un herrador residente asegura que a cada caballo le cambien los herrajes cada mes.

La alzada de los caballos alcanza de 15½ a 16½ "palmos" de alto —un palmo menor equivale a cuatro pulgadas inglesas—, y ellos son escogidos por su general robustez, espaldas cortas, y lo más importante de todo, por su inteligencia.

Tan completo es el adiestramiento en Imbert Court, que es cosa rara que un caballo sea desechado después por ser de temperamento inadecuado. Otro de los requisitos que se tiene muy en cuenta es su poder de resistencia, como que cada caballo tiene que conducir a su jinete, quien, con el equipo, puede alcanzar un peso de catorce *stone* —un *stone* equivale a 14 libras inglesas—, peso que deberá soportar por varias horas en un turno.

Tanto como es posible, se eligen caballos nuevos, y hay seis hombres escogidos por su paciencia y buena disposición, cuya única tarea es enseñar a estos jóvenes cuadrúpedos los rudimentos de disciplina.

Las reglas que rigen en Imbert Court son: firmeza, paciencia y bondad. En las primeras semanas de adiestramiento se emplea un "jinete mudo", una rienda larga, en cuyo centro se coloca el instructor, en tanto el caballo gira en torno describiendo un gran círculo. El caballo, al principio, no acostumbrado a

manejos de esta clase, se lanza frenético a dar vueltas y más vueltas. Pero después responde, y al cabo de seis o siete semanas ha aprendido, por lo general, a obedecer sencillas voces de mando, tales como: "marchen", "troten", "alto", etcétera.

En la instrucción, de principio a fin, se busca que el caballo se acostumbre gradualmente a las vistas y ruidos que le habrán de rodear cuando se halle de función. Consecuentemente, desde muy temprana edad, se le coloca entre "multitudes". Estas consisten de muñecos hechos de uniformes rellenos de paja, con máscaras y sombreros, suspendidos de un alambre tendido entre dos árboles. Así que el caballo trata de abrirse paso entre ellos, la "multitud" (los muñecos) de mala gana les ceden camino, y de este modo el caballo aprende una de sus más importantes lecciones: que toda cosa debe ceder a su lento pero seguro progreso.

Todo esto se inculca después en el caballo con la ayuda de un camión, en cuya parte posterior se atan algunos figurones colocados en fila. Se enseña al caballo que camine al lado y que suavemente empuje a la "multitud" hacia atrás.

Hasta aquí el caballo no ha llevado sobre su espalda sino el ligero arnés del "jinete mudo". Después tiene que aprender a llevar encima silla y jinete. Por algún tiempo el caballo corre en círculo con la silla vacía a su espalda. Cuando se ha acostumbrado a esto, el instructor se echa a través de la silla y, pocos días después, pone una pierna en cada lado. Finalmente, con el jinete en su espalda, el caballo completa la primera parte de su instrucción y aprende a trotar, marchar, hacer alto, girar a la derecha y a la izquierda, desplazarse hacia adelante, a los lados y hacia atrás, no solamente a la voz de mando, sino también por la simple presión de las piernas o de la mano de su jinete. Cuando todo esto le ha sido enseñado, el caballo tiene asignado ya un jinete permanente, y de ahora en adelante serán dos inseparables, tanto como sea posible, a lo largo de su carrera. A continuación, caballo y jinete pasan a la parte más interesante de su instrucción, en la denominada "Escuela del Susto". Aquí

la enseñanza cubre casi todas las contingencias que ellos probablemente deberán afrontar en el servicio. Se hace que una banda de músicos toque de repente detrás de ellos; hombres se acercan acosándolos con gritos y palmoteando; otros lo hacen ondeando banderas y haciendo ruidos con matracas; carros, automóviles hacen detonar sus motores y se procura que determinados objetos topeteen las cabezas de los caballos.

La introducción a estas vistas y sonidos se hace por etapas cuidadosamente graduadas. En el amplio picadero techado de equitación, los caballos caminan en círculo mientras un altoparlante toca ruidosos sonos de marchas, calmadamente al principio, tornándose después más y más alto el sonido. También se colocan hombres a intervalos, con banderas de brillantes colores, que las ondean de un lado a otro, hasta que los caballos se tornen indiferentes aun cuando las banderas se las coloquen debajo de sus narices.

Es curioso observar que, aunque un caballo llegue a ignorar las vistas y ruidos que se producen a su alrededor, éste reaccionará notablemente cuando estas mismas cosas se produzcan sobre su cabeza. Así sucederá que un caballo tenga que pasar por el mismo ejercicio en tanto reaccione a las pruebas que se hacen sobre su cabeza desde la galería que circunda el edificio, las que consisten en dejar caer bolos sobre las cabezas de los animales. Cuando el caballo ha dominado esta etapa de la instrucción, el ejercicio se repite una y otra vez al aire libre. Y aunque el caballo haya llegado a acostumbrarse con la música estridente, se le enseña también a permanecer indiferente con la música que procede de grupos o bandas en movimiento. Para el caso, al principio, los caballos se colocan en amplio círculo mientras la banda de músicos de la Policía marcha cerca de ellos tocando normalmente.

Después, la banda marcha de arriba a abajo, precedida y seguida alternativamente por los caballos. Luégo, banda y caballos parten de lados opuestos del campo hasta encontrarse, y, finalmente, se mezclan y pasan continuando su camino. También se emplea un camión cargado hasta lo alto con paque-

tes y cajas de cartón, el que se desliza lentamente seguido por los caballos en formación. Uno de los instructores, que simula a un muchacho descuidado, va arrojando las cajas y paquetes, uno a uno, bajo las patas de los animales. En este caso, se instruye a los caballos para que pasen sin alterarse sobre los objetos.

Tan completo es el adiestramiento en este punto, que, hasta hace poco, se hacía intervenir una bandada de palomas adiestradas, las que debían revolotear sobre las cabezas de los caballos.

Pero desde la última guerra, debido a la escasez de víveres, esta prueba ha resultado impracticable. Asimismo, durante el adiestramiento se da a jinetes y caballos toda oportunidad para obtener una verdadera experiencia callejera, comenzando con las luces de tránsito de la vecindad. Ellos también concurren a las grandes reuniones de público a fin de adquirir "sensación" de las multitudes, aunque manteniéndose alejados. Además, cada miembro de la Rama Montada (hay de ellos cerca de doscientos en el área de Londres) regresa cada año a Imbert Court para atender un curso de refresco de dos semanas de duración.

Bajo la mirada vigilante de un experimentado instructor, ellos realizan ejercicios que permiten asegurar que cada jinete tiene completo dominio de su caballería en todo momento. Entre otras cosas, los jinetes son ejercitados en deshebillar su cinturón, quitarse la chaqueta, desensillar su caballo y sostener la montura en alto, con ambas manos, en

tanto que van pasando por encima de los "saltos".

La prueba culminante de su caballo policía es una combinación de todo lo antes mencionado: banda de músicos, matracas, chirridos, carros con escape detonante de gases del motor, cuerpos tendidos en el suelo, sobre los cuales hay que pasar, y patinetes y bicicletas que se lanzan de repente debajo de las cabezas de los caballos. En verdad, todos en Imbert Court, desde el más joven de los mozos de cuadra hasta el más veterano policía, se sienten obligados a laborar para conseguir los efectos mencionados. Por último, el desfile culminante por "El Sendero de la Coronación" es todo un acontecimiento en Imbert Court. Pregunté al Superintendente Mason cómo reaccionaban los caballos cuando sonaban las sirenas anunciando los ataques aéreos durante la última guerra.

"Al principio, yo no estaba muy seguro de cómo ellos se comportarían", me dijo, "de modo que dí instrucciones para que tan pronto sonaran las sirenas se diera a los caballos un poco de forraje para aquietarlos. Por supuesto, esto no podía durar indefinidamente, y pasando un tiempo, se les suspendió esta ración extra.

Pero los caballos lo recordaban. Así, tan pronto sonaban las sirenas y los jinetes se aprestaban para la acción, los caballos relinchaban esperando algo para comer".

CONSEJOS AL VIGILANTE:

● *Preocúpese por su presentación general, buen lenguaje y recuerde que al vigilante le está prohibido fumar, cantar, silbar, comer, leer y entrar a las cantinas.*

La consigna feroz
y luego la tragedia,
todo . . .



POR UN PEDAZO DE PAN

POR ALICIA DE NOVOA

¡QUÉ LEJOS estaba la casucha! Aquello le pesaba como un motor de automóvil. Tan pequeño era el objeto que lo había podido llevar debajo de la blusa, como si fuera un pan de veinte centavos para los chicos.

Siguió por la oscura callejuela que se retorció como una serpiente herida y dando tumbos que le llevaban de un lado a otro, perlada la frente de sudor de angustia, con los acechantes ojos bajo las espesas cejas, como los de un malhechor. Tenía precisamente la figura de uno de esos hombres ante quienes se persigna una beata y un hombre honrado dice:

—No quisiera encontrármelo en una calle angosta.

Como aquélla, cortada de rato en rato por transversales líneas de luz y azotada por alguna estridente careajada,

salida de las sucias viviendas, donde el vicio exhala tufaradas de miseria, o los sonos gangosos de una vieja victrola. En la calle, cada cinco cuadras, una bombilla derramaba leves haces de luz que no alcanzaban a dominar las sombras.

El hombre se llamaba Jerónimo. Unos años antes, en un rincón de Boyacá, que tenía el color de las terracotas y caminos adustos como los de la tierra de Don Quijote, vivía con sus padres mirando pasar los días a través de la neblina que cobija los cerros con sus tules de seda. Llegó el tiempo en que la tierra, fatigada por un mismo cultivo, sólo producía raquíticas espigas, y escaseó la comida. Hubo que vender a bajo precio las ovejas y faltó el abono. Los viejos se fueron a dormir al pequeño campo-santo de la aldea cercana, y Jerónimo

emprendió su peregrinación por los campos y pueblos en busca de trabajo. Un amigo le aconsejó que se fuera a Bogotá, "donde hay trabajo para todo el mundo". Hizo un atillo con sus pobres ropas, tomó un guayacán, y llamando al perro, que también estaba flaco y triste, echó a andar. En la capital fue el hambre, el frío y la miseria, porque a nadie conocía y no conseguía qué hacer. Deambuló mucho tiempo y volvió a su campo. Su madrina le dio trabajo. Allí conoció a María, linda, modesta y pura. Ella le amó y se casaron. El, poco ambicioso, recordando la capital y sus miserias, no hubiera querido volver nunca. Pero María quería conocer a Bogotá.

—Vámonos, Jerónimo. Yo tengo una amiga que trabaja por allá, y me ha dicho que no es sino tener recomendaciones y se consigue trabajo y buena paga. Mira: aquí ya no nos queda nada. Tenemos que salir del pedazo de tierra. Con esas malas cosechas no se puede hacer nada.

—A Bogotá, no, María. Tú no sabes qué es eso. Yo sufrí mucho y ya viste cómo tuve que volverme sin nada de provecho.

—No quiero que mis hijos sean unos pobres peones; quiero que aprendan en una buena escuela. Vámonos aprovechando los cuartillos que tenemos ahorrados.

Al fin le convenció, y a Bogotá se fueron. Pero pronto sus ilusiones murieron. Se acabaron los ahorros; llegaron seguidos los chiquillos; no alcanzaba el jornal de Jerónimo, y ambos sufrían. María, humilde y abnegada, se lo pasaba arreglando ropas. Jerónimo hacía mandados, cargaba bultos; fue albañil de ocasión, carpintero, herrero. Al fin logró colocarse en una fábrica de tejidos, donde se le llenaban los pulmones de pelusilla de algodón y el alma de sordos rencores. Para mantener a cuatro chiquillos escuálidos y una mujer malhumorada y macilenta, no le alcanzaba la soldada y había que vivir. Y ahora esa larga huelga provocada por líderes ambiciosos que siempre querían más de lo que los patronos daban y a los cuales había que seguir, porque sí... porque todos los seguían y ¡ay de quien se opusiera! Y la hornilla sin fuego, y

la despensa sin mercado, y la botella de leche del chiquitín sucia y vacía sobre el armario hecho de tablas de cajón. Y los chicos sucios y andrajosos, porque la madre trabajaba por días lavando ropa y destrozándose los riñones.

¡Qué dura es la vida para algunos! —iba pensando Jerónimo—. Ya no sé qué hacer. Y ahora, haberme metido en este compromiso...

El no tenía la culpa. Beltrán, el de la cabeza leonina y ojos chispeantes, quien también tenía una familia hambreada, le había convencido, después de unas tandas de mal licor, tomadas en un cafetuecho de la plaza de mercado, donde parecen congregarse todos los residuos de la sociedad, tal como en los bajos del Magdalena se acumulan las podridas basuras que recogen las crecidas del río. La huelga se prolongaba; los obreros estaban furiosos como una manada de lobos hambrientos; el patrón no cedía. Hubo conversaciones entre los dirigentes de la huelga y las altas autoridades civiles, pero no lograron ponerse de acuerdo.

Un día, Beltrán lo convidó a unas copas. Se refugiaron en una inmunda tenducha y, con los codos apoyados sobre una pringosa mesa, se entregaron a susurrar, mirando hacia la puerta, igual que miran las fieras desde la orilla de la jungla.

—Es cosa fácil. La sirvienta es amiga mía. Es decir, yo... tú comprendes. Bueno. Ella me ha dicho que los señores bajan todos los sábados por la mañana a Cachipay y le dejan la casa para cuidarla. Si ella, por ejemplo, sale a un mandado, ¿qué culpa tiene de lo que suceda en su ausencia? Y así matamos dos pájaros de un tiro: vengarnos de ese viejo miserable y coger algo para nosotros. Los compañeros te han elegido a tí, porque tienes cara de muy formal, y nadie podrá suponer que andas por el barrio elegante para hacer mal, sino más bien buscando trabajo. Tú arrojas... eso. En la confusión entramos nosotros por la puerta trasera, que abrirá mi amiga, y tomamos lo que queramos. Dice la Teresa que hay mucho: plata, joyas, rica vajilla. Nosotros a las joyas que poco abultan y valen mucho. Y un compadre mío puede ven-

der lo que cojamos. ¡Ah! ¿Cómo te parece?

Jerónimo miró a su tentador con ojos desorbitados, como si una horrible aparición se le presentara delante.

—Eso no. Yo no soy un ladrón. Me gusta vivir de mi trabajo.

—Pero ahora no hay trabajo y no nos dejan tampoco colocarnos en otra parte, hasta que no termine la huelga. ¿Qué vamos a hacer mientras tanto?

—Pero eso es horrible.

—A nadie le hará mal. Y esos ricos tienen a rodo.

—No. Que la pobre María se moriría de pena si lo supiera.

—Y ella, ¿por qué lo va a saber? ¿Se lo dirías tú?

—Yo no. Pero ella sabe que no tengo trabajo y me preguntaría de dónde saco dinero.

—Majadero. Deja esas cosas. Las mujeres no tienen por qué saber nada ni por qué averiguarles a los hombres de dónde sacan lo que les dan. Lo importante es darles, y se acabó.

—No. No podría mirarla a la cara después. Yo la saqué de su casa humilde y honrada. Yo le prometí a su madre moribunda, que era mi madrina, que la haría dichosa. Y ella me había ayudado en mi desdicha, cuando enfermo, pobre y casi desnudo, caí al lado de su puerta.

—¿Y no piensas en tus hijos? Pobrecillos... con hambre...

—¡Oh!, no me los recuerdes, que el chiquitín está que parece una vela a medio consumir. Los otros algo comen de lo que les dan las vecinas. Pero ese... Y dicen que hay que darle remedios.

—¿No lo ves? Por ellos tienes que hacer algo. Esta es la ocasión. Nadie lo sabrá.

En su pecho sintió Jerónimo los golpeteos de una lucha feroz entre su conciencia y la necesidad de ser fiel a los compañeros.

—Que no. Que no lo hago. Busca otro.

—Pues ahora, creyendo que me ayudarías te lo he contado todo. Si no estás conmigo estás contra mí. De modo que tendré que taparte la boca. ¿Qué dices?

—No sé.

—Pues bien; no puedo dejarte mi secreto. O quieres o no quieres. Y su mirada tenía el siniestro reflejo de la sangre.

—No quiero. Al fin y al cabo el patrón no me ha hecho nada para que yo vaya a disponer de su casa y de su familia.

—Pero si no pasa nada, hombre. Llegas y pones la bomba. Y como ellos no están, y la criada habrá salido a la compra, dejando abierta la puerta, no se hará daño a nadie. Y entonces entramos como queriendo ayudar al salvamento, nos robamos las cosas y nadie se dará cuenta. Es cosa fácil.

Tanto lo amenazó Beltrán que el pobre Jerónimo no tuvo fuerza para rehusar hasta el fin, y aceptó el terrible encargo.

Y allá iba, con la bomba envuelta y oculta bajo su raída chaqueta, entre papeles sucios.

Cuando llegó a su casa, donde el viento se colaba impetuoso silbando por entre las tablas mal unidas, con un ¡uh!... ¡uh!... largo como el aullido de un perro hambriento y solitario, y en los días de lluvia el agua goteaba del techo y en los de sol éste podía asomarse curioso por entre los rotos de las tejas metálicas, encontró a los chicos jugando en la callejuela con grandes bolas de barro que se tiraban unos a otros en medio de grandes careajadas, que para el pobre padre, eran como música de ángeles. Y pensó:

—Siquiera están contentos. Que jueguen aunque no coman. Quizás María traiga algo esta noche.

Entró a la casucha y puso el envoltorio sobre un cajón que servía de mesa y asiento. De pronto recordó que debía ir a la casa de su compadre Alvarez.

—Tendré que decirle lo de la reunión de mañana y... ¿quién sabe?... Tal vez él me dé una idea para librarme del compromiso.

La tarde se había hecho más y más oscura, como un gato agazapado sobre la loma, pero los chiquillos seguían en sus juegos. Uno que tenía los ojos claros y las mejillas flacas pero sonrosadas por el ejercicio, había visto entrar al padre con el envoltorio y se fue a curiosear. Creyó que allí habría pan y carne. Al desenvolver el paquete vio que era tan sólo una bola oscura como

las que ellos hacían de barro. La cogió y salió gritando:

—Miren. Miren. Aquí si hay una que va a hacerlos ver luces. Y pesa.

Comenzó a correr, y de pronto envió la bomba contra la casucha. En ese momento salía el chiquito que al fin con el ruido se había despertado. Jerónimo ya regresaba pensativo y amargado, cuando vio al chico con la bomba en la mano. Abrió la boca, pero no le salió ningún sonido. Vio horrorizado a su hijo levantar la mano. Y nada más. Un estallido violento como un terremoto, y la casa voló en pedazos. Una nube de polvo oscureció más la calleja. Cuando Jerónimo volvió en sí, vio a su lado un bracito con algunas costillas sangrantes, y diseminados, los cuerpecitos de sus otros hijos, heridos gravemente.

Una multitud gesticulante y excitada los rodeaba. Lloraban las mujeres y callaban sombríos los hombres. De la casa

se elevaba una nube agujereada por cañizos rotos. De abajo llegó una mujer desalada, y, abriéndose paso entre la gente, al ver su hombre herido, preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! ¡Jerónimo! ¡Jerónimo! ¡Los niños?

—Ahí están.

Cuando la mujer vio los cuerpos mutilados, abrió los ojos, se desencajó su rostro, y arrojando una bocarada de sangre, cayó fulminada al suelo.



La tragedia sacudía sus alas de murciélago sobre la callejuela oscura. Rezonaba una victrola que alguien dejó olvidada. Arriba, en el cielo, había un roto brillante, por donde debió penetrar el alma de la pobre madre, con su chiquitín en los brazos.

CONSEJOS AL VIGILANTE:

● *Recuerde que así como la mayor gloria del soldado es morir en el campo de batalla, es gloria del vigilante derramar hasta la última gota de su sangre en aras del cumplimiento del deber y en defensa de la vida, tranquilidad, honra y bienes de los ciudadanos.*



SI HAUPTMANN HUBIERA HABLADO...

El sensacional secuestro del niño Nicolás Saade, ocurrido en Barranquilla, relievra la importancia de los detalles en el rapto del hijo de Lindbergh.

POR QUENTIN REYNOLDS,
DEL LIBRO "COURTROOM" (SALA DE JURADOS)

LA TARDE del 1º de marzo de 1932, el chiquillo de veinte meses, hijo del Coronel Carlos A. Lindbergh, fue secuestrado de Hopewell, New Jersey, hogar de la familia Lindbergh. La conexión de Samuel S. Leibowitz, el famoso abogado, con el caso, ocurrió hasta 1936. Yo me vi envuelto en él (sólo como reportero) una hora después de que el crimen tuvo lugar. Para entender los problemas que confrontó Leibowitz cuando, a pedimento de la señora de Ricardo Hauptmann (esposa del hombre que había sido juzgado y sentenciado a morir por el crimen), visitó a Hauptmann encapillado, es necesario dar un breve resumen de lo que los encabezados periodísticos tan justamente llamaron "el crimen del siglo". El trágico drama empezó para mí con un llamado telefónico durante aquella noche fatal. Era yo reportero del *International News Service*, y la voz al otro extremo del teléfono era de Barry Faris, mi Director.

—Hace un minuto supimos que el niño de Lindbergh fue secuestrado. (Su voz era perfectamente calmada). Vaya a Hopewell, New Jersey, inmediatamente.

—¿Dónde está Hopewell, Barry? (mi voz no tenía nada de calmada).

—Por ahí... cerca de Trenton, contestó. Dentro de cuarenta minutos sale un tren de la estación de Pennsylvania para allá. Dueas MacGuirk lo encontrará en él. Estoy tratando de conseguir un hilo directo. Jaime Kilgallen y David Sentner esperan en la oficina para reescribir lo que usted mande. Mándeles lo más que pueda conseguir. Todo lo que tenemos hasta ahora es la noticia escueta proporcionada por la Policía del Estado, acerca de que el niño fue robado de su cuna. Mandaré a un mensajero con dinero para que lo encuentre a usted en la estación. No importan los gastos. ¿Está bien?

—Está bien, Barry, dije, y aquello me lanzó dentro del caso criminal más famoso de nuestra época.

La tentación de recordar la forma en que nuestro pequeño grupo trabajó cuando llegamos a Hopewell, es muy fuerte. Nosotros estábamos en Hopewell, pero Barry estaba en nuestras oficinas del edificio Mirror de Nueva York, pensando por nosotros, recordándonos con precisión los ángulos que habíamos omitido, elogiándonos cuando ocasionalmente lográbamos superar a nuestros competidores periodísticos. Durante aquella semana nosotros tres lanzamos millones de palabras por un teléfono que el eficaz Dueas había logrado que tuviese hilo directo; telegráficamente enviamos también millares de palabras adicionales por medio de la oficina que rápidamente había sido instalada en el pequeño Hopewell. Kilgallen y Sentner, calmados, eficientes, escribían 18 horas diarias, y escribían bien.

Los que estábamos en Hopewell aprendimos pronto a conocer los intrincados y boscosos terrenos que rodean el hogar de piedra blanca del Coronel Lindbergh. Conocimos al Coronel, a Breckinridge, vocero de la familia Lindbergh, a Schwartzkopf, Jefe de la Policía del Estado de New Jersey; conocimos a Ana Lindbergh y, sin ninguna cortapisa, otorgamos toda nuestra admiración a esta gentil y valerosa mujer, que resistía maravillosamente la horrible situación.

Muehos individuos extraños y misteriosos, por lo regular con el cuello del abrigo tapándoles la cara, estaban llegando constantemente al hogar de los Lindbergh para conferenciar con el Coronel y las autoridades, y entonces la

maciza figura del viejo Condon, profesor del Bronx, surgió del anonimato. Había insertado un anuncio periodístico en el *Home News*, de Bronx, ofreciendo sus servicios como mediador, e increíblemente había recibido una respuesta; el símbolo escrito crudamente sobre la nota que había recibido era exactamente igual al dibujo sobre la nota de rescate dejada en el hogar de los Lindbergh, pero que no había sido divulgada por la prensa. No había duda acerca de que Condon hubiese establecido contacto directo con el secuestrador. Eventualmente el Coronel Lindbergh lo autorizó a tratar con el hombre que se había llevado a su hijo de la cuna, y Condon pagó al secuestrador cincuenta mil dólares en billetes menores.

Y luego, silencio. Nada sino silencio. ¿Estaba el niño vivo o muerto? Nadie lo sabía con seguridad. Pero los "soplos" empezaron a llegar a las oficinas de los periódicos. En I. N. S., Kilgallen y yo fuimos designados para seguir todos los "soplos", no importa qué tan abstractos pareciesen.



Un día llegó un hombre a las oficinas de la I. N. S.; se presentó a sí mismo y dijo calmadamente que se había encontrado con dos hombres que decían tener en su poder al niño. Dijo que los había conocido años antes, cuando él también era contrabandista de licores. Agregó que había tratado de ponerse en contacto con el Coronel Lindbergh, pero que no había podido, así es que solicitaba nuestra ayuda.

Barry Faris lo llevó apresuradamente a la oficina del difunto Jefe de King Features y otras oficinas de Hearts, y ambos lo interrogaron largamente. Dijo que había encontrado a ese par de individuos en el cabo Huachinango la semana anterior. Querían cincuenta mil dólares en billetes pequeños.

Lo único que nos impresionaba acerca de nuestro informante era que no pedía nada para él. Nos llevaría hasta donde estaban los dos individuos y nosotros seguiríamos el asunto de ahí en adelante. Hacía resaltar el hecho de que los dos individuos habían dicho que si íbamos con policías, el muchachito sería

asesinado. Repitió su historia una y otra vez bajo el hábil interrogatorio de Connolly, Faris y el famoso Walterio Hovey; no pudieron sacar nada más de él.

—Es otra probabilidad remota —dijo con acento fatigado Connolly—, pero aún así vale la pena investigarla. Váyase con ese tipo, y si los dos individuos de que habla existen realmente, recuerde que lo más importante de todo es la seguridad del chiquillo. No vea en este asunto un tópico periodístico sino hasta que el niño esté en seguridad.

La actitud de Connolly denotaba el sentimiento que prevalecía hasta entre los directores periodísticos durante aquellos meses. Excepcionalmente confrontábamos algo más grande que un reportaje. Decir que la Policía y el Bureau Federal de Investigaciones estaban en mucho mejores condiciones para seguir una pista como ésta, es decir lo obvio; pero las autoridades estaban inundadas con "soplos" similares. Los periódicos y las agencias de información estaban plétóricos de hombres y mujeres que decían estar en contacto con los "verdaderos secuestradores", y cada pista, no importa qué tan absurda pareciese, era investigada. El materialista recalcitrante puede pensar que tanto los periódicos como las agencias informativas sólo estaban interesadas en las primicias de lo que hubiera sido el más grande reportaje de nuestro tiempo, pero la actitud de los editores para quienes yo trabajaba contradice rotundamente ese punto de vista.

Ni Connolly ni Faris creían en el cuento de aquel individuo, pero valía la pena investigar todos los "soplos", y antes de dos horas, ya iba yo en camino hacia Boston con aquel hombre, llevando una carta de William Randolph Hearts, que autorizaba a un banco bostoniano para darme cincuenta mil dólares en billetes pequeños, "sin hacer preguntas". De Boston fuimos al cabo Huachinango. Nuestro informante dijo que el chiquillo estaba a bordo de un barquito, bastante alejado de la playa. Faris y Connolly habían dispuesto que estuvieran listos un aeroplano y una lancha rápida, por si llegaban a necesitarse. Aquel tipo y yo pasamos dos noches tormentosas yendo de un lugar a otro del cabo Huachinango en busca

de la persona que decía representar. Una noche me dijo que había recibido un mensaje indicándole que esperara en cierto hotel de Boston. Compartimos un cuarto allí; no lo dejaba yo ni a sol ni a sombra. Durante la noche desperté, sorprendiéndolo registrando mis ropas.

—Si busca mi dinero, lo tengo debajo de la almohada, le dije.

—Estaba buscando su pistola —dijo mostrando gran rapidez de pensamiento—. Me pareció que oía un ruido afuera... Podría ser una de las pandillas rivales.

—La pistola también la tengo bajo la almohada, le dije. Aun cuando no había tal pistola. A la mañana siguiente, aquel tipo no hizo más que hablar de pandillas rivales, y yo telefonee a Barry Farris, diciéndole que la cosa había resultado una pista falsa más; un excéntrico más había pretendido mezclarse en el asunto.



Menciono lo anterior para que se vea cómo lo extraño y lo grotesco fueron lo habitual durante los meses siguientes al secuestro. El pobre de Kilgallen (uno de los mejores reporteros norteamericanos de entonces y de ahora) andaba también por todo el país siguiendo pistas que a veces lo condujeron a lugares tan extraños como la guarida de la Pandilla Púrpura de Detroit. En la oficina nos apodaban a él y a mí los "Perdigueros sin olfato", mote bien merecido porque ninguna de las pistas seguidas por nosotros condujo a ningún lado. Y durante todo este tiempo los despojos lamentables de la criatura yacían en una tumba excavada casi a flor de tierra, a sólo algunos kilómetros del hogar de los Lindbergh. La horrible verdad explotó sobre una nación sacudida y ofendida, setenta y dos días después de que el niño había sido secuestrado. Durante los meses que siguieron, algunos de los billetes del rescate fueron encontrados en circulación, y eventualmente condujeron al arresto de Bruno Ricardo Hauptmann, habitante del Bronx. La Policía de Nueva York no perdió el tiempo en tejer una espesa red de pruebas en torno de Hauptmann. Las autoridades alemanas cablegrafiaron sus antecedentes delictuosos en aquellas tierras, y agre-

garon: "es un criminal excepcionalmente listo e inteligente". La escritura de Hauptmann cotejaba con la de la nota de rescate hasta en las faltas de ortografía. Juan F. Condon, hombre sincero y a menudo mal comprendido, sin afirmarlo rotundamente, dijo que Hauptmann se parecía al individuo con quien había negociado y a quien había entregado el dinero del rescate. Y 13.750 dólares en certificados de oro (todos ellos identificados como billetes del rescate), fueron encontrados en el garaje de Hauptmann. Cantidades adicionales fueron localizadas posteriormente dentro del predio de Hauptmann. Su explicación acerca de cómo había llegado este dinero a su poder, no era ni ingeniosa ni convincente. Dijo que un tal Isadore Fisch le había dejado en encargo una caja, poco antes de salir para Alemania en 1933. Hauptmann puso la caja en un closet y al poco tiempo, accidentalmente, la había derribado de la alacena, se había roto la caja y los billetes se habían desparramado. Jamás llegó a desviarse de esta increíble historia.

Fue juzgado en la Corte del Condado de Hunterdon, en Flemington, Nueva Jersey, actuando como Fiscal el Procurador General del Estado, David Wilentz. Fría, implacable y brillantemente, Wilentz presentó una montaña de pruebas contra Hauptmann que no pudieron contradecir ni sus negativas ni los esfuerzos de Eduardo J. Reilly, Egberto Ronsenerans y C. Lloyd Fisher, sus abogados defensores. La escritura, el hecho de que la escalera de mano fuese en parte hecha con madera procedente de la carpintería de Hauptmann, según pruebas de peritos, una identificación más acertada por parte de Condon y pruebas menos fehacientes, pero igualmente perjudiciales, aportadas por testigos a quienes Hauptmann había pasado las notas del rescate, todo se combinó para convencer al Jurado (y al público), que Hauptmann era culpable. Hubo muchos que encontraban difícil creer que hubiese cometido el crimen él solo, pero Hauptmann, excepto para alegar obstinadamente su completa inocencia, permanecía callado. Y al fin del curso debido de tiempo, el canoso Juez Tomás Trenchard (firme opositor de la pena capital), lo sentenció a muerte.

La sentencia fue automáticamente diferida cuando sus abogados apelaron a la Corte de Apelaciones y Errores, de Nueva Jersey. Reilley se retiró del puesto de principal defensor de Hauptmann, dejando a Lloyd Fisher como representante del condenado. Los trece jueces de la alta Corte, por unanimidad negaron la apelación para un nuevo juicio y, cuando la Suprema Corte de los Estados Unidos desechó el pedido de revisión, el Juez Trenchard fijó el 13 de enero de 1936 como la fecha de la ejecución.

El Gobernador de Nueva Jersey hizo una visita nocturna, sin precedentes, al encapillado Hauptmann, y luego asombró al mundo con una declaración acerca de que el caso todavía no estaba resuelto. Concedió una suspensión de 30 días al prisionero. Fue en este punto cuando Leibowitz tomó ingerencia en el caso.



Un día fue un hombre a visitar a Leibowitz. Dijo que representaba a la señora Evelyn Walsh McLean, prominente figura entre la sociedad millonaria de Washington, y que dicha señora deseaba hablar con Leibowitz para discutir las posibilidades de que representase a Hauptmann. Leibowitz fue a Washington a verla. Había seguido cuidadosamente el juicio y tenía muchas ideas pertinentes al caso. Descubrió que la señora McLean también tenía muchas ideas acerca de lo mismo. Había intervenido en el asunto por insinuación de un ratero llamado Gastón B. Means, desprestigiado miembro del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, quien la había convencido de que estaba en contacto con los verdaderos secuestradores, y que ella podría negociar con aquellos, a través de él, a efecto de que fuese regresada la criatura de los Lindbergh. Contó a Leibowitz que había empeñado en 104.000 dólares su diamante Hope, en una tienda de la Avenida Madison, y que había entregado ese dinero a manos de los secuestradores. Para entonces ya Means había resultado convicto y enviado con larga condena a una prisión federal, por haberla estafado con aquella enorme suma de dinero, pero la señora McLean mantenía una fuerte sos-

pecha acerca de que el chiquillo estuviese todavía vivo y de que había una posibilidad de que Means formase parte de una pandilla que hubiese perpetrado el secuestro. Creía con firmeza que Hauptmann era inocente.

—¿Por qué está usted tan segura de la inocencia de Hauptmann?, preguntó Leibowitz curioso.

—Por muchas razones —contestó ella prestamente—. La primera, porque sé que el niño Lindbergh fue examinado por un pediatra muy poco antes del secuestro. En esa ocasión el doctor midió al chiquillo. Sé que las medidas del pequeño cuerpo encontrado difieren dos pulgadas de las medidas hechas por el doctor. No creo en lo absoluto que haya sido el cuerpo del niño Lindbergh.

—Si este punto hubiera sido vigorosamente mantenido en el juicio, el Fiscal habría quedado desconcertado —admitió Leibowitz—. Es perfectamente posible que el doctor haya cometido un error en la medida. De todos modos, los abogados defensores de Hauptmann admitieron la realidad del *corpus delicti*. Personalmente, creo que cometieron un error, pero ya está en el expediente, y es demasiado tarde para enmendarlo.

—No me interesa el aspecto técnico, dijo la alta dama de Washington. Sigo creyendo que Gastón Means está envuelto en este crimen. Creo que hay muchas probabilidades de que el chiquillo esté aún vivo y que Hauptmann sea inocente. Millares de personas sienten igual que yo en el país. La duda persistirá mucho después de que Hauptmann sea ejecutado. Yo quisiera eliminar las dudas de este caso. Traje al Gobernador de Nueva Jersey a este mismo cuarto y le dije claramente que Hauptmann es inocente, pidiéndole que se investigara el caso hasta el fondo.

—Quítese de la cabeza la idea de que Hauptmann es inocente; es culpable.

—¿Por qué está tan convencido de su culpabilidad?

—Los peritos calígrafos probaron durante el juicio, más allá de toda sombra de duda, que solamente Hauptmann pudo haber escrito las notas del rescate. La forma de las letras, los errores de ortografía, todo comprueba su culpabilidad. El número del teléfono del doctor Condon estaba escrito a un lado de

espasmo epiléptico, dejara rodar la cabeza con naturalidad.

Varias veces intentó la mujer sumergir la cabeza en el agua, y otras tantas fracasó. Sólo cuando Sir Arthur, agarrándola por los tobillos, tiró bruscamente hacia afuera, la improvisada bañista por poco se ahoga.

Con base en este experimento, Conan Doyle comunicó sus sospechas al Inspector Neil, de Scotland Yard, acerca del misterio que rodeaba la muerte de las señoras Smith y Lloyd.

Neil se mostró displicente en un principio, pues la primera guerra mundial estaba próxima a estallar, y su despacho estaba recargado de negocios.

Pero Sir Arthur insistió, y el Inspector hubo de escuchar las sospechas del futuro escritor: "Se trata de un solo criminal, que ha obrado para ganar dinero".

El marido de la segunda víctima era de apellido Lloyd, y tenía aspecto humilde. Además, su estatura no pasaba de regular. Doyle trataba de entrelazar una rara similitud entre las víctimas de 1913 y del 14, y añadió que posiblemente el asesino andaba a caza de otras mujeres. Era preciso vigilar a Lloyd, que en esos momentos vivía sin apuros económicos, pues le tocó una pequeña herencia de su esposa.

Se siguieron las instrucciones de Doyle, y pocos días más tarde figuró en los diarios el caso de la señora Williams, que pereció ahogada mientras tomaba un baño en la tina de agua caliente. El esposo de la infortunada mujer era un hombre de estatura baja y genio taciturno.

Ahora sólo restaba apresar a Smith, Lloyd o Williams, lo cual se hizo rápidamente. En agosto de 1915 fue ahorcado el asesino, en la cárcel de Maidstone.

Una noche del año 1903, cuando Conan Doyle contaba cuarenta y cuatro años de edad, un reportero del *Times* londinense llamó al genial investigador para hablarle de dos extraños casos de asesinato. Uno de ellos era el de la solterona Camille Cecile Holland, que había desaparecido hacía unos tres años.

Ella, como muchas mujeres de edad, se preciaba de ser cortejada por un astuto cazador de dotes, el Capitán Samuel Dougall, que pasaba por ser experto en finanzas y persuadió a la solterona para que le hiciera escritura de todos sus bienes. Poco después la pareja desapareció misteriosamente.

Dougall al fin fue localizado, y se le condenó por estafar a la dama a quien simulaba quererla, pero de la solterona nada se supo, pese a las muchas pesquisas que adelantó la oficina de Scotland Yard.

—He leído mucho acerca de ese caso y me he enterado que no han dado con el paradero de la mujer, dijo Doyle al reportero. Luégo de encender su pipa, sir Arthur dijo a quien lo llamaba:

—¿Dónde fueron vistos la última vez?

—En la Granja del Pozo, fue la respuesta.

—¿Granja del Pozo? Ese nombre no me suena para una hacienda. ¿Y no han vaciado completamente el pozo?

Se comprobó que tan elemental diligencia no estaba cumplida, y al remover el lodo acumulado durante mucho tiempo en ese sitio, se halló el cadáver putrefacto de la víctima.

Fue en el año de 1906 cuando Doyle se mostró interesado en resolver dos casos, para sacar de la prisión a inocentes que por la gravedad de las circunstancias quedaron comprometidos en delitos que no habían cometido. El primero de esos delitos llevó a la cárcel a George Edalji, de la villa Wyrley, en Stratfordshire. Edalji, abogado, estuvo antes tres años en presidio por dar muerte a animales indefensos.

En la primavera de ese año apareció un maniático que causaba heridas a los corderos y reses, para darse el gusto de verlos morir desangrándose.

Se inició una severa investigación, y por anónimos se acusó a George Edalji, que llegaba a su casa a eso de las siete de la madrugada todos los días, y estuvo condenado por torturar animales.

Una noche fue sacrificado sin lucro alguno un *pony* de raza, y hubo tanta indignación en la aldea que se capturó a Edalji para impedir que lo lincharan.

Esa noche llovió entre las dos y tres de la madrugada, hora en que se consumó el delito, y las ropas de Edalji, al llegar a su hogar en la madrugada, estaban destilando agua. Las huellas dejadas por el extraño personaje coincidían exactamente con las que podían haber marcado los zapatos de George. Dos campesinos lo identificaron como el hombre que corría esa mañana tratando de evitar ser reconocido por los vecinos. Cargado con una pesada condena fue enviado a presidio el joven abogado.

Tres años más tarde Doyle releyó las crónicas sobre ese proceso y le pareció que el veredicto era una injusticia de quienes juzgaron al acusado. Por lo tanto, se trasladó a la cárcel y conversó largamente con Edalji. Observando el rostro del reo, Conan Doyle vio que le costaba trabajo ver al interlocutor, pues se hallaba casi ciego.

—¿Cómo —se preguntaba Doyle— un hombre sin sentido de la vista puede correr a campo traviesa sin chocar contra un árbol? Fue desenredando la trama hasta descubrir que el verdadero culpable era un sujeto corpulento, de nombre Phillips, que vivía no lejos del hogar de Edalji. Como no existían pruebas para condenar a Phillips, se dedicó a defender a George, el cual fue absuelto de toda culpa.



Al año siguiente de recobrar la libertad Edalji, Conan Doyle recibió una

carta de la prisión de Peterhead, donde Oscar Slater, condenado a muerte, pena que se le conmutó luego por cárcel durante el resto de su vida, le confesaba que era inocente.

Ocurrió que una noche la señora Marion Gilchrist fue asesinada a golpes con armas contundentes, y la madre de la víctima alcanzó a ver que un hombre de estatura baja, de unos cincuenta años de edad, huía por una ventana. Las joyas estaban cerca, y el móvil del crimen parecía que no fuera el robo. Se sospechó de un alemán, Oscar Slater; se le sometió a juicio y resultó condenado a morir en la horca. Veinticuatro horas antes de la ejecución se pensó que quizás había un error judicial en esa sentencia, y se conmutó la pena por prisión perpetua.

Conan Doyle tuvo que luchar contra miles de circunstancias difíciles, entre ellas que al acusado se le halló un broche de oro exactamente igual al único dije que se perdió del cofre de alhajas de Marion Gilchrist. Pero con tenacidad nunca vista, Conan Doyle batalló para sacar de la cárcel a un hombre condenado a prisión perpetua. A los diecinueve años y ocho meses de iniciado el alegato en favor del reo, se le concedió la libertad. Oscar Slater tenía ya sesenta y nueve años de edad, y cuando quiso dar las gracias a su salvador, Sir Conan Doyle, ya había abandonado el juzgado con una sonrisa de satisfacción, pues arrebató a las autoridades un inocente, condenado por las apariencias.

CONSEJOS AL VIGILANTE:

- *Trate al público con las consideraciones con que quisiera que lo trataran a usted como público.*

Para prevenir los desastrosos efectos del pánico en los cuerpos armados durante los combates.

El miedo se trata actualmente como enfermedad

POR EL TENIENTE CORONEL SOUTO FEIJOO,
DEL EJERCITO ESPAÑOL

ANTE TODO, sirva de postulado a este trabajo el que el individuo debe sobreponerse por todos los medios al miedo para que no desemboque en cobardía, pues ya sabemos cuál es el castigo de ésta.

Sentado esto, empecemos. Como no todos los hombres son susceptibles de reaccionar por sí, ni por los métodos naturales que sus instructores aplican, la medicina moderna se ha dedicado al estudio del miedo, llevándolo al campo nosológico, y este es el objeto de las presentes líneas, a grandes rasgos, claro está, pues sería una imprudencia del firmante el profundizar técnicamente. Quede esto para los doctores en la materia.

Se ha llegado a las conclusiones siguientes:

Más o menos pasajero, más o menos curable por los propios medios de quien lo sufre, más o menos susceptible de apoderarse del individuo, epidémico hasta lo indecible, si no se pone remedio al menor síntoma, el miedo tiene su tratamiento médico adecuado, dentro de las enfermedades psíquicas, y, por ende, digna de la mayor atención de los especialistas castrenses. Valiéndonos de un símil vulgar, lo mismo puede ser un simple catarro y tratarse por sí el in-



dividuo, abrigándose, que degenerar en una gripe maligna y contagiosa, a la que se precisa cortar al primer brote por medios específicos.

¿Cómo? Por muchos procedimientos, de los cuales veremos algunos, ya que el miedo, como toda anormalidad anímica, se exterioriza físicamente de múltiples maneras y se precisa un tratamiento mixto en cada caso, a base de medicamentos para la parte afectada del organismo y ejercicios para restablecer el régimen normal psíquico; no obstante, se agrupa a los enfermos similares en un procedimiento común, ya que sería imposible adscribir un profesional a cada uno.

Tenemos un ejemplo de entre los muchísimos, a fin de darnos cuenta del éxito obtenido.

Fue en el frente de Teruel; operaciones para librar el cerco de la capital, finales de 1937. Una compañía mandada por un Teniente provisional ocupa, ya al anochecer, un promontorio estratégico, imprescindible para el sucesivo avance del día siguiente. Atrás queda Cerro Gordo, el bastión más adelante de nuestra quebradiza línea. El batallón lleva varios días de continua lucha contra un enemigo enardecido por pobres victorias, numeroso y bien pertrechado, y contra la implacable nieve que hiela los cuerpos, en especial los pies y las manos de los combatientes.

No se duerme, no se come, los nervios están tensos al máximo, los cuerpos se sostienen gracias al esfuerzo psíquico que va dejando en pie a los mejores... cada vez menos. La cortina nivea oculta al contrario, a los objetivos; no se sabe dónde se pisa, la orientación es difícil. Un enlace viene al puesto de mando a comunicar la ocupación del "mogote". Durante el avance hubo poco fuego, se dieron señales de vida al enemigo, resultó relativamente fácil llegar allá.

La noche había caído cuando el enlace estaba relatando estos pormenores. El parte era lacónico, una línea: "Ocupado el objetivo sin novedad. El Teniente X". No había terminado de comunicarlo el Jefe a la Superioridad, cuando un verdadero alarde de artillería vomitaba sus proyectiles sobre el promontorio recién tomado. No hay vi-

sibilidad para distinguirlo, pero mezclada a las detonaciones, oyóse lejana gritería caótica. Poco después, ante el sorprendido jefe, aparece el Teniente X, Comandante de la Compañía. Llega jadeante, los ojos desorbitados, mirada sin ver, no habla más que palabras incoherentes sin ligar una sola frase. Instintivamente el Jefe del Batallón le da una sacudida, manoteos en la cara para hacerle reaccionar, algún grito... Y acto seguido cae el Oficial al suelo, inconsciente, sin adoptar la innata defensa de ampararse con las manos. Se le recoge, y, en efecto, los brazos aparecen rígidos; llevándosele así a retaguardia.

Como colofón de lo sucedido fue el enviar un enlace a la posición, regresando éste a la media hora con un parte del Alférez: "Teniente X desaparecido. Tomé el mando. Intenso pero breve ataque artillero causó tres muertos y cinco heridos. Son los siguientes... (aquí los nombres). Ahora inactividad enemiga. Me decido a fortificar posición.—Alférez Z".

Terminaba el Jefe de leer este parte, cuando volvió a presentársele de improviso el Teniente X. Sin dejar pronunciar palabra al Jefe, habló: "Me escapé del botiquín... Merece el fusilamiento en el acto. Aquí estoy, mi Comandante, para llevar mi merecido". Se echó a llorar; mas fue extraño que no se llevase las manos a los ojos... Es que los brazos continuaban rígidos, galvanizados. Un sanitario le administró un somnífero; pronto roncaba estentóreamente tendido en camilla. Se le llevó a retaguardia.

Al día siguiente telefonó el Director del hospitalillo, dando cuenta de que el Teniente X había sido sometido a tratamiento sódico, bajo cuyos efectos hablaba bien y movía los brazos... pero además se tenía en pie. Estaba agotado y se le enviaba a la sección psiquiátrica de un hospital de provincia, con el diagnóstico de "inhibición psicomotora aguda por neurosis de miedo, no crónica". Y en efecto, era uno de los Oficiales más valientes que el Jefe había conocido.

Empezaba España a conocer los estudios médicos psiquiátricos basados en lo experimentado en la primera guerra mundial, y algún aventajado doctor con-

tábamos entre los especialistas de estas neurosis, que no desaprovecharon la coyuntura de la guerra de liberación para poner en práctica sus conocimientos, con cautela, desde luego, ya que es muy difícil distinguir al verdadero neurópata del vil simulador, y entonces no había los procedimientos seguidos en la segunda guerra mundial, casi infalibles ya.

Por aquel entonces, justo es recordarlo, aun con la perspectiva del temor a que cundiera tan mal ejemplo, no se hacía caso del miedo (me refiero al profesional, no al soldado); es más, tachábasele de cobarde en grado sumo, con lo que sólo se conseguía empeorar su estado. Insistimos en que el enfermo miedoso era imposible de discernir del simulado; y, la verdad, los mandos resolvían "la papeleta" con castigos más o menos contundentes, sin alejarlos del frente; y además, repetimos, se temía a las consecuencias del mal ejemplo, lo peor, lo más terrible que puede originarse durante una contienda por la propensión a degenerar en la cobardía.

Terminada la campaña, sabemos de más de un caso cuyo paciente, triste despojo, deja de pasar los días en un nosocomio hasta que le llegue la hora de dejar esta vida. ¿Pudo haberse curado? Queda en interrogante. Pero se sabe también que más de un médico de Caja de Recluta presta gran atención al estado mental de los mozos, declarando inútil a quien da muestras de inferioridad mental; pues prefiere dejar a la Nación sin estos soldados a que luego, en un conflicto armado, sean víctimas de miedo insuperable, tan peligroso en momentos decisivos.

Y aquí un inciso: el grado de cultura no tiene nada que ver con el miedo; es más, el individuo de las poblaciones, rodeado de comodidades y de defensas contra la delincuencia agresiva, tiene más "instinto de conservación" que el del campo, donde el hombre rural debe afrontar los males por sus propios medios. Y el "instinto de conservación", exagerado, conduce al "miedo", y éste, desenfrenado, a la "cobardía".

Continuemos el hilo cortado por este inciso. Existe ya un plan curativo para rehabilitar a los atacados de miedo (neurosis psíquica de guerra), hasta el punto de permitirles reintegrarse a la línea de

fuego o a prestar ciertos servicios a retaguardia de las trincheras. Este plan curativo no tiene relación con el de la "neurosis traumática", ya que ésta es consecuencia de heridas o contusiones por ondas explosivas. La neurosis psíquica tiene su origen, casi siempre, en el agotamiento, bien físico, dimanante de extrema tensión nerviosa al hacer crisis, bien psíquico, por haberse llegado al punto crítico de relajación energética. Y aunque lógicamente es más, mucho más propenso a la neurosis el involutivo o el débil, se ha comprobado por las estadísticas que bastantes y muy valerosos combatientes han sido presa del miedo, más o menos pasajero, y han sido llevados a los hospitales para un adecuado tratamiento. Las fuerzas de choque más escogidas, las tripulaciones de aeronaves más seleccionadas, no se han librado de sufrir bajas por neurosis.

¿Causas? En la mente de todos está: la lucha espantosa entre el deseo de cumplir con el deber y el formidable instinto de conservación; este debatir sin tregua a lo largo de la campaña, en que el valor se va poniendo a prueba constantemente. Pues si lo conocido vamos venciendo, siempre, siempre queda "algo" desconocido, origen de nuestro temor. Unos se sobreponen más o menos rápidamente, otros sucumben al paroxismo. Valientes muchas veces, les llega su día, su hora, su momento en que no pueden más, pues la naturaleza humana tiene su límite.

Sabedores de esto, los mandos operan por etapas, relevan fuerzas, dedican unas al descanso, envían otras a la lejana retaguardia. ¿Hay que prevenir las crisis de miedo! Y más de un jefe vio a sus tropas caer aniquiladas. ¿Por operación mal planeada? ¿Por falta de medios? ¿Por cobardía? ¡No!; por "inhibición psicomotora (neurosis de miedo) no crónica". No se lleva, pues, hasta el límite siempre a las tropas, faltas de sueño, de alimento, de descanso, expuestas reiteradamente a dos dedos de la muerte y libradas de milagro, ya que los choques físico-emotivos van intensificándose, en proceso acumulativo... hasta que dan en tierra, se entregan, en medio de las variadas explosiones de risa, de llanto, de convulsiones, de idiotismo, de mudez, o llegan a los puestos

de mando como sonámbulos (fuga de guerra), inexpresivos, asustados, ojos perdidos en el vacío, andares mecanizados, afasias, temblorosos...

Y se sabe también que hay que recurrir a tratamientos que pudieron ser evitados o, por lo menos, retardarse mucho el prescindir de esta gente.

A los atacados se les administra, de primera intención, sedantes y narcóticos, comidas concentradas en vitaminas y se les somete a prolongados reposos, durante los cuales leen libros, oyen la radio, etc., sin ninguna relación con la guerra. El médico psiquiatra mantiene con ellos conversaciones optimistas para elevar el tono adormecido de sus conciencias. Cuando ya se les juzga libres de la obsesión deprimente, se les pone en comunicación con otros compañeros no enfermos de la misma causa, los cuales, en conversaciones de camaradería, influyen en su deseo de volver a portarse como hombres de honor.

Después se les lleva a la zona del frente donde haya el puesto de mando de una gran unidad. Allí vuelven a oír el retumbar del cañón y a sufrir el peligro de bombardeos aéreos o por artillería de largo alcance. Cuando ya se acostumbran a estas influencias en su sistema nervioso sin sufrir desequilibrios, se les da de alta, se les lleva a retaguardia de primera línea y, en el momento oportuno, se les reintegra a las Unidades combatientes para tomar parte activa otra vez. En general, se

portan perfectamente y no vuelven a sufrir neurosis. Esto sucedió con el Teniente X.

En España, el porcentaje de recuperados por este procedimiento alcanzó el 85 por 100, según nuestras noticias, variando el tiempo entre quince días y dos meses.

La tendencia entre los médicos militares es tratar los casos antes de la posible crisis, y para ello reunir antecedentes desde que cada combatiente tuvo uso de razón, cómo se comportaba en la escuela, cómo en su trato con los compañeros, enfermedades antes de incorporarse al servicio y cómo se desenvuelve en el cuartel. A pesar de las dificultades que esto significa, confían en reconocer precozmente los síntomas de los más destacados, disminuyendo así los casos de neuropsicosis en campaña.

Surge el peligro de casos de simulación. Natural, como todo en este mundo. Pero observados y contrastados por los modernos procedimientos, hay un porcentaje ínfimo que no se descubre. Y como se castiga con graves penas, raro es quien se expone a arrostrar estas consecuencias.

Queda todavía una magna tarea a realizar, no cabe duda; mas con la constancia de nuestro cuerpo médico castrense se llegará a eliminar el fantasma del miedo, de ese miedo que, no nos causaremos de repetir, puede desembocar en una cobardía colectiva, funesta por todos conceptos.

CONSEJOS AL VIGILANTE:

- *Tenga en cuenta al proceder: la personalidad del infractor, la gravedad o trascendencia de los hechos, las circunstancias agravantes o atenuantes y la función que le corresponde como autoridad.*



CONTR



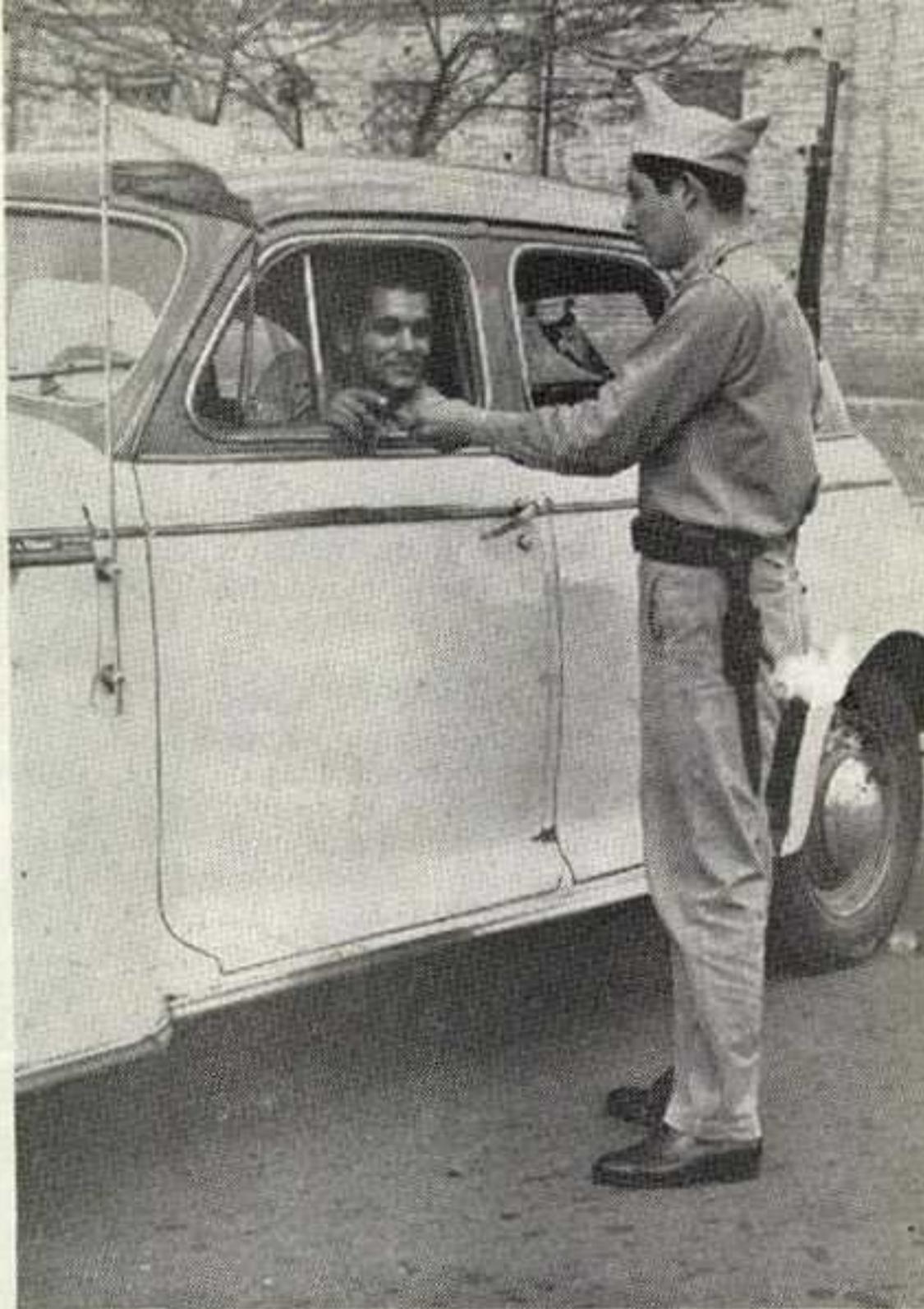
Agente resolviendo un caso de circulación, empleando para con el conductor un procedimiento que está en perfecto desacuerdo con los deseos del actual gobierno.

Amistades del Agente. Esta clase de amigos lo colocan en un nivel social demasiado bajo, pues se trata de gentes de malos antecedentes, los cuales compran su amistad por medio del licor, especialmente.

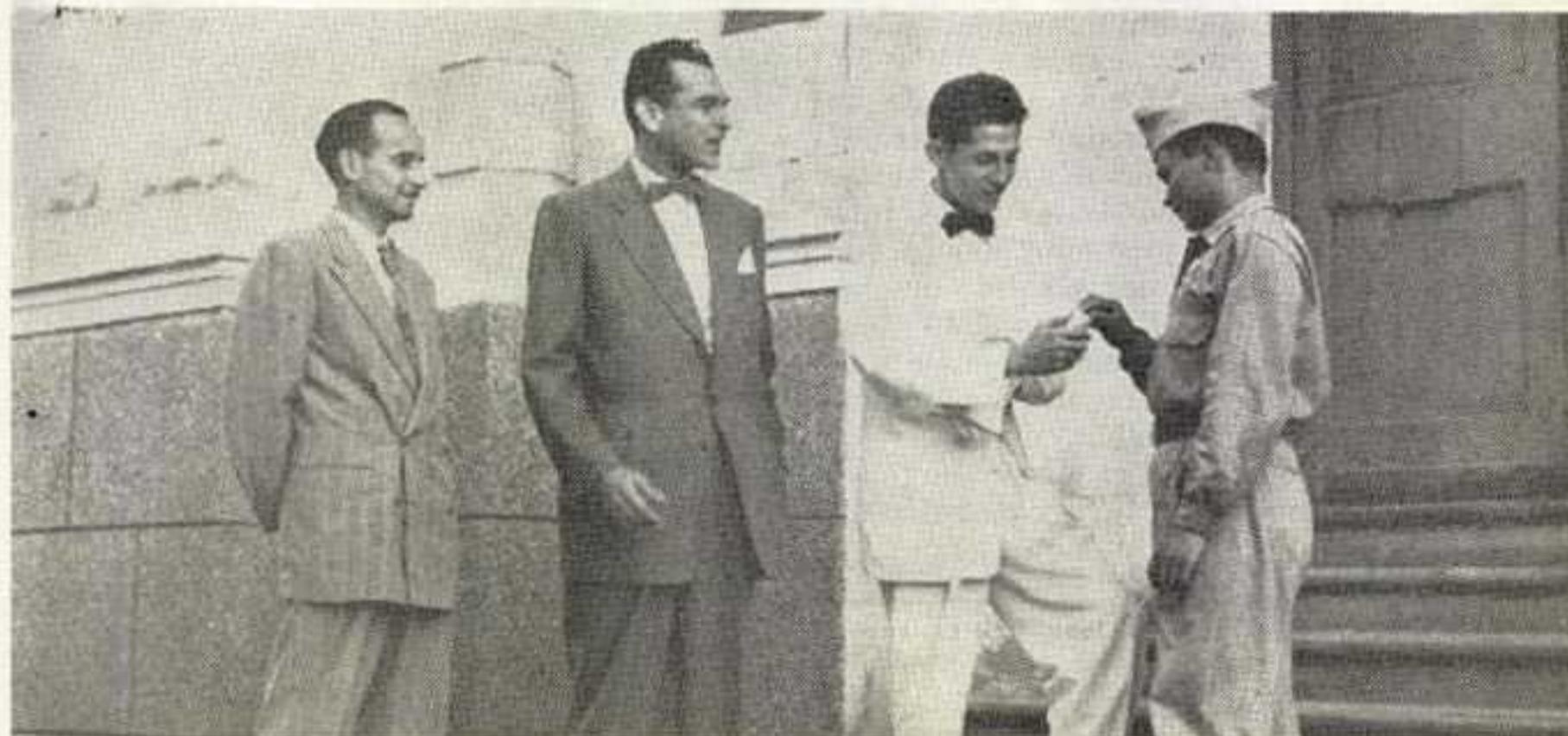


ASTES

Otro Agente resolviendo un caso de circulación, ya en forma satisfactoria, dejando al conductor plenamente agradecido.



Un Agente con amistades que lo prestigian por tratarse de personas de prestancia social. En esta forma, fácilmente puede aspirar a ocupar algún día una mejor posición que el Agente despreocupado en el sentido de seleccionar sus amistades.



Dentro de la línea de recuperar la
confianza pública, la

DIVISION CUNDINAMARCA

ha cumplido una edificante labor
de progreso moral y material a
través de todo el Departamento.

Es MUY POSIBLE que solamente dentro de varios años, una vez logrado el acoplamiento necesario y las enmiendas de todo orden que se requieren, la opinión pública colombiana se venga a dar cuenta de la profunda renovación que se está operando en el organismo de las Fuerzas de Policía. Naturalmente que nuestro público ha ido notando hechos esenciales en esa evolución, pero la índole misma del Cuerpo, su diario contacto con las gentes de todas clases y condiciones y la diseminación de sus unidades a todo lo largo y ancho del país, sólo permitirán una visión de conjunto dentro de algún tiempo.

Proceso de evolución.

Esa es la labor difícil en que actualmente están empeñados los jefes de las Fuerzas de Policía con inigualable tesón, ya que su administración, reglamentación interna y externa y en general todo lo que forma parte de su organización deben quedar sometidos al régimen propio de las Fuerzas Armadas, que ha sido uno de los pasos fundamentales en el proyecto general de renovación. Los Comandantes de las agrupaciones de la Policía se han comprometido de los nuevos planes de una manera tal que hay identificación perfecta y, cuando se habla con cada uno de ellos, se le escucha el mismo lenguaje de esperanza en el futuro y de satisfac-



ción del deber cumplido. Saben que tienen una dispendiosa y dura tarea por delante, pero se sienten por ello mismo obligados a cumplirla como contribución eficaz a la consolidación de las tesis de gobierno expuestas por el señor Presidente y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, Teniente General Rojas Pinilla.

Lealtad a las tesis.

Uno de los principales Comandantes, el Teniente del Ejército José R. Hernández, a quien corresponde la realización de esos proyectos en la División "Cundinamarca", positivamente es de los militares más leales con esos principios. Retirado durante siete años de las filas del Ejército, al cual pertenece, ingresó nuevamente aplicándose arduamente al servicio de la Policía. Hablando de los planes de renovación, enumerando lo que se ha logrado en la División "Cundinamarca", sin vanidad pero con justa satisfacción del deber cumplido, el Comandante Hernández representa esa esperanza que todos los colombianos han puesto en el régimen de las Fuerzas Armadas. Al principio, enfrascado en la solución de las situaciones que diariamente se presentan al estudio de quien tiene a su cargo el orden y la tranquilidad en el Departa-

mento cuya capital es la misma capital de la República, parece reticente a contar o a comentar siquiera sus realizaciones. Francamente no busca publicidad, ni reconocimiento distinto al que le otorgan su propia conciencia y su convencimiento de que marcha a la par con los pensamientos e instrucciones que recibe de sus superiores. Más adelante lo veremos exponiendo con claridad, con un conocimiento exacto de las funciones que le corresponden y de que no será fácil alcanzar la meta que le señala su deber. Hacer una transformación completa de la Policía en un Departamento azotado crudamente por el sectarismo, en donde se vivió un clima de apasionada hostilidad contra los representantes del orden, es de por sí un compromiso serio, pero el Teniente Hernández tiene profunda fe y lo logrado hasta ahora se la cimenta con firmeza.

Con las Fuerzas Armadas.

Habla de lo que es fundamental. La incorporación de las Fuerzas de Policía a las Fuerzas Armadas:

—En todo tiempo y en todas partes la Policía, como custodio y guardián del orden público, ha sido un Cuerpo armado. Hoy, en nuestro país, las Fuerzas Militares y la Policía se han fusionado bajo el nombre de "Fuerzas Ar-

La oficialidad de la División Cundinamarca posa para nuestra revista en el patio central del edificio de la Institución durante un acto celebrado recientemente.





Aquí aparecen los Suboficiales que prestan sus importantes servicios en la División Cundinamarca. El nuevo espíritu del personal de las Fuerzas de Policía se refleja en la presentación de su personal.

madras de Colombia'' para marchar unísonas en la restauración y conservación de la paz pública. Por tanto, la Policía, más que tener relaciones con las Fuerzas Armadas, constituye una parte de ellas, y las diferentes dependencias de aquélla, por lo mismo, contribuyen a formar ese importante organismo estatal de defensa y seguridad sociales. Todo ello quiere decir que la misión de la Policía se ha definido con caracteres más precisos y ha tomado posición segura en el concierto del desarrollo del conglomerado humano de nuestro país para una mejor y más ordenada vida. Ahora la Policía se siente mejor respaldada en el cumplimiento de sus funciones por los vínculos más estrechos con las Fuerzas Militares, sintiéndose dispuesta a mayores rendimientos y eficaces actuaciones. La influencia que la Policía ha recibido del Ejército ha sido motivo de engrandecimiento para ella y de dignificación, puesto que de aquél capta y asimila el alto nivel disciplinario, la organización y la cultura, que la hace vislumbrar derroteros de gloria y de grandeza.

Funciones precisas.

Hablando de manera concreta sobre la División ''Cundinamarca'', de la cual es Comandante, dice:

—Corresponde a esa Policía, y de modo especial a la División ''Cundinamarca'' emprender y sostener la magna cruzada de acercamiento a la sociedad, de reivindicación de prejuicios que forjaron aciaga historia. Felizmente esos postulados empiezan a dar opimos frutos, por cuanto la División ha captado con sentido avizor la responsabilidad histórica que pesa sobre sus hombros, conformando sus ejecutorias con las decisiones gubernamentales que buscan para toda la República la paz, el orden y la tranquilidad. Los vínculos que unen a la División ''Cundinamarca'' con el Gobierno Departamental que con tanto acierto orienta el doctor Luis Caro Escallón, son muy estrechos, hasta el punto de que a ello se debe en gran parte el desempeño adecuado de las misiones confiadas a este Cuerpo. De otra parte, puede decirse que el Departamento y las autoridades finean sus realizaciones, a su vez, en la colaboración irrestricta de la División ''Cundinamarca'' a las órdenes que aquéllos

impartan. De allí que el Gobierno Departamental esté, de lo que estoy seguro, listo a defender su Policía con desinterés y patriotismo, porque los unen idénticos propósitos de gobierno.

La transformación.

La anterior es una síntesis del panorama actual de la División "Cundinamarca". Pero hace unos cuantos meses la hondura de las pasiones políticas en este Departamento, como en el resto del país, plantearon situaciones de hecho que colocaron a los encargados del orden en la disyuntiva de defender ese orden y garantizarlo o dejar que la Nación se hundiera entre el caos y la anarquía. Las repercusiones de orden cultural, moral y económico las conoce muy bien el país y apenas se han ido solucionando con eficacia a partir del 13 de junio. Esos hechos explican suficientemente la situación de emergencia que vivió la División "Cundinamarca" y que dio lugar a la adopción de medidas drásticas. De ello habla el Teniente Hernández:

—Apenas ha pasado un año desde la fecha en que la División aumentó su personal en Oficiales y Suboficiales. Con base en este aumento de personal se creó la "Unidad Operativa para Orden Público en la Policía de Cundinamarca" como una atención a las exigencias sociales de la anormalidad que todos conocemos. Disposiciones similares y complementarias vinieron a formar un cuerpo de organización aconsejada por el desarrollo de los hechos. Entre otras, merece especial mención la Resolución número 002 de 1953, octubre 26, "por la cual se fija la organización y dotación del personal de la Compañía de Relevos de la División Cundinamarca", que no fue otra cosa que una adecuada transformación de la Unidad Operativa, con fijación determinada de sus órganos y funciones. Medida más importante, sin embargo, entre las tomadas por el Comando de la División a raíz del cambio de su personal, fue la Resolución número 001/C de agosto 22 de 1953, "por medio de la cual se reorganiza la División en seis (6) Distritos, con sus Estaciones, Subestaciones y Puestos y personal respectivo. Esos Distritos son:

Bogotá, Zipaquirá, Chocontá, Facatativá, Girardot y Pacho. Cesante la anormalidad pública en forma progresiva a partir de la fecha en que las Fuerzas Armadas rigen los destinos de la Patria, la División "Cundinamarca" ha reaccionado de igual manera suprimiendo los organismos de emergencia, reduciendo su personal y orientando las actividades en el sentido de la bonanza reinante, por tantos años esperada.

Contacto permanente.

Pero para mantener el pulso permanente de esa transformación es necesario el contacto continuo con los subalternos y la tropa. Eso es lo que de manera constante ha hecho el Comandante de la División "Cundinamarca" por medio de un sistema que sería aconsejable para quienes tienen tropas a su mando inmediato:

—Me he propuesto efectuar visitas frecuentes a todos los puestos de la División en el territorio del Departamento para enterarme directamente de la situación moral y material del personal; conocer sus problemas; pulsar la evolución del ánimo público hacia la Policía y tratar personalmente a las autoridades lugareñas. Además, mensualmente convoco a una reunión de Comandantes de Distrito y de Oficiales de Comando. En esa reunión se comenta a espacio el acta de la sesión anterior, en relación con las normas de disciplina impartidas, la aplicación y desarrollo que se les haya dado. Se hacen las correcciones del caso, porque para esa reunión ya he tomado las anotaciones en mi visita personal y se imparten las órdenes armonizándolas con la marcha de cada dependencia. En la misma reunión se planean los programas para desarrollar en el mes siguiente y se imparten las instrucciones que la marcha de las Fuerzas de Policía exigen, haciendo las advertencias y amonestaciones del caso en un amplio ambiente de comprensión y camaradería. Gran auxiliar de esta abundante información que mantengo, es la sala de mapas creada por mí, en la cual hay, entre otros, un mapa del Departamento en el que se va grabando con señales la distribución del personal en

cada uno de los puestos y las condiciones en que se halla.

Centro de iniciativas.

—De allí surgen numerosas iniciativas que, una vez adaptadas a la realidad de cada región, se ponen en práctica. Todos los Comandos de Distrito han recibido el apoyo del Comando central de la División dirigidos al mejoramiento de los cuarteles, persecución del ideal cuartelario que consiste en desvincular a los agentes de los compadrazgos y las amistades malsanas que surgen de su asistencia a los hoteles y fondas, porque no poseen un local oficial adecuado para esos menesteres, en donde se mantengan vigentes los principios que informan a todo Cuerpo armado. Ahora tienen sus lugares propios, en donde se mantienen horarios y programas de instrucción, de acuerdo con el plan orgánico trazado por el Comando.

Realizaciones adecuadas.

Pasando a otro plano de su actividad, el Teniente Hernández expresa:

—Tanto en la Sabana de Bogotá como en jurisdicción de Zipaquirá, Facatativá y Chocontá se habían presentado abundantes brotes de cuatrерismo que traían seriamente alarmados a los ganaderos, para prevenir esa amenaza social me re-

uní con el señor Gobernador del Departamento, con el señor Gerente del Fondo Ganadero de Cundinamarca y con el doctor Eduardo Sáenz, Gerente de la Asociación de Ganaderos, y de esa importante reunión surgió la determinación de crear un cuerpo policivo encargado de reprimir el abigeato. Esta Policía Rural está formada por 50 unidades que, aprovechando la movilidad del caballo y los vehículos automotores que están en contacto constante con la Central de Radio de la División, cumplen su labor con eficacia suficiente para haberse reprimido ya esa actividad criminal. Precisamente deseo ahora darle más amplitud a la iniciativa creando una Escuela-base de ese núcleo policivo, bien en Fontibón, Zipaquirá o Facatativá, a fin de que la instrucción del personal se pueda hacer con más amplitud, fuera de las complicaciones que trae la vida de una gran ciudad como Bogotá.

Educación pública.

—En la tarea de restaurar la confianza y el aprecio de la ciudadanía para la Policía, se han nombrado agentes como maestros de escuela en aquellas zonas más duramente afectadas por la violencia pasada. Ocurre que a esos lugares aún no se han podido mandar maestros, y como los niños no pueden resultar afectados manteniéndose en completa ignorancia,



la División "Bogotá" ha resuelto asumir esa función con elementos propios que han cursado tercero y cuarto años de bachillerato. Se han completado así cinco escuelas atendidas por la Policía de Cundinamarca en Cambias, Córdoba, Guaduro, Guayabales de Caparrapí y San Pedro de Jagna. Esta organización ha sido puesta al mando del Teniente Julio César de los Reyes, graduado en pedagogía y Alcalde militar del último Municipio nombrado. Unos 200 muchachitos campesinos reciben enseñanza elemental por este medio.

Los "paseos turísticos".

Como la labor de la Policía también es labor cívica y de unidad social, otra de las actividades del Teniente Hernández a través de la División "Cundinamarca", es el de restaurar los perdidos nexos entre las regiones y pueblos del Departamento, mediante la intervención de los agentes. El explica lo que se llama "paseos turísticos":

—Correspondiendo a los lineamientos impartidos por mi Coronel Rojas Scarpetta, la organización de la Policía de Protección Infantil ha sido una de las primordiales preocupaciones del Comando de la División "Cundinamarca". En todos los Municipios del Departamento se están construyendo los parques infantiles o dotando aquellos que ya exis-

ten. Pero simultáneamente he querido restituir los vínculos entre los pueblos de Cundinamarca por medio de los niños, como mensajeros de buena voluntad. De esa manera los agentes de la Policía de Protección Infantil han organizado paseos de uno a otro pueblo, dirigiendo los niños que llevan a sus iguales regalos, como revistas de historietas, dulces, pequeños juguetes, etc. Esas visitas son devueltas por los otros niños en las mismas condiciones de amistad y comprensión. La colaboración de distinguidas damas y caballeros ha hecho posible este nuevo aspecto del plan. Hasta el momento se han hecho unos diez "paseos turísticos". Estoy muy agradecido de la colaboración prestada por los transportadores de esos Municipios, quienes galantemente vienen cediendo sus vehículos para llevar los niños de un lugar a otro.

Escuela Agrícola.

—Siguiendo ese mismo derrotero, el Instituto de Antropología, que administra el Parque de las Piedras, en Facatativá, ha ofrecido la cesión de diez fanegadas de terreno para construir el parque infantil en parte de la zona, y en el resto crear una escuela agrícola para Agentes de Protección Infantil y para los niños campesinos que pueden recibir allí una educación más esmerada



y técnica en ese ramo. Cuento allí con la colaboración esmerada del señor Alcalde, quien ha demostrado gran interés por colaborar en esta labor de apostolado.

La Granja Infantil.

Pero no hay en el Teniente Hernández la determinación de ajustarse solamente a las instrucciones que se han impartido a las Fuerzas de Policía. Como está convencido de que es una labor de trascendencia que está de acuerdo con su espíritu de cristiano y de militar, ha extendido su radio de acción en materia de Protección Infantil a otros campos. Con un sincero sentimiento de caridad hacia los niños desamparados, dice:

—Durante mis continuas correrías por Cundinamarca he observado un creciente problema social. Sin contar a Bogotá, existe en las ciudades principales, especialmente en Girardot, un núcleo siempre en aumento de niños huérfanos cuyos padres, en la mayoría de los casos, los han lanzado a la calle para ocultar pecados de la sociedad, de los que los chicos no son culpables. Estoy proyectando una Granja Infantil y creo que pronto se dará principio a su cristalización, para recoger allí a todos esos niños que de continuar en la orfandad, mañana serán un lastre para la organización social de Cundinamarca y del país. En Fusagasugá el señor Alcalde del Municipio, doctor Jorge Serrano Gómez, me ofreció conseguir un lote de unas diez fanegadas, con el fin de hacer allí la Granja mencionada y rematar así los propósitos patrióticos de mi Coronel Rojas Scarpetta en la cuestión de Protección Infantil. Simultáneamente esa labor continúa extendiéndose a través de los retenes de Policía.

El cine infantil.

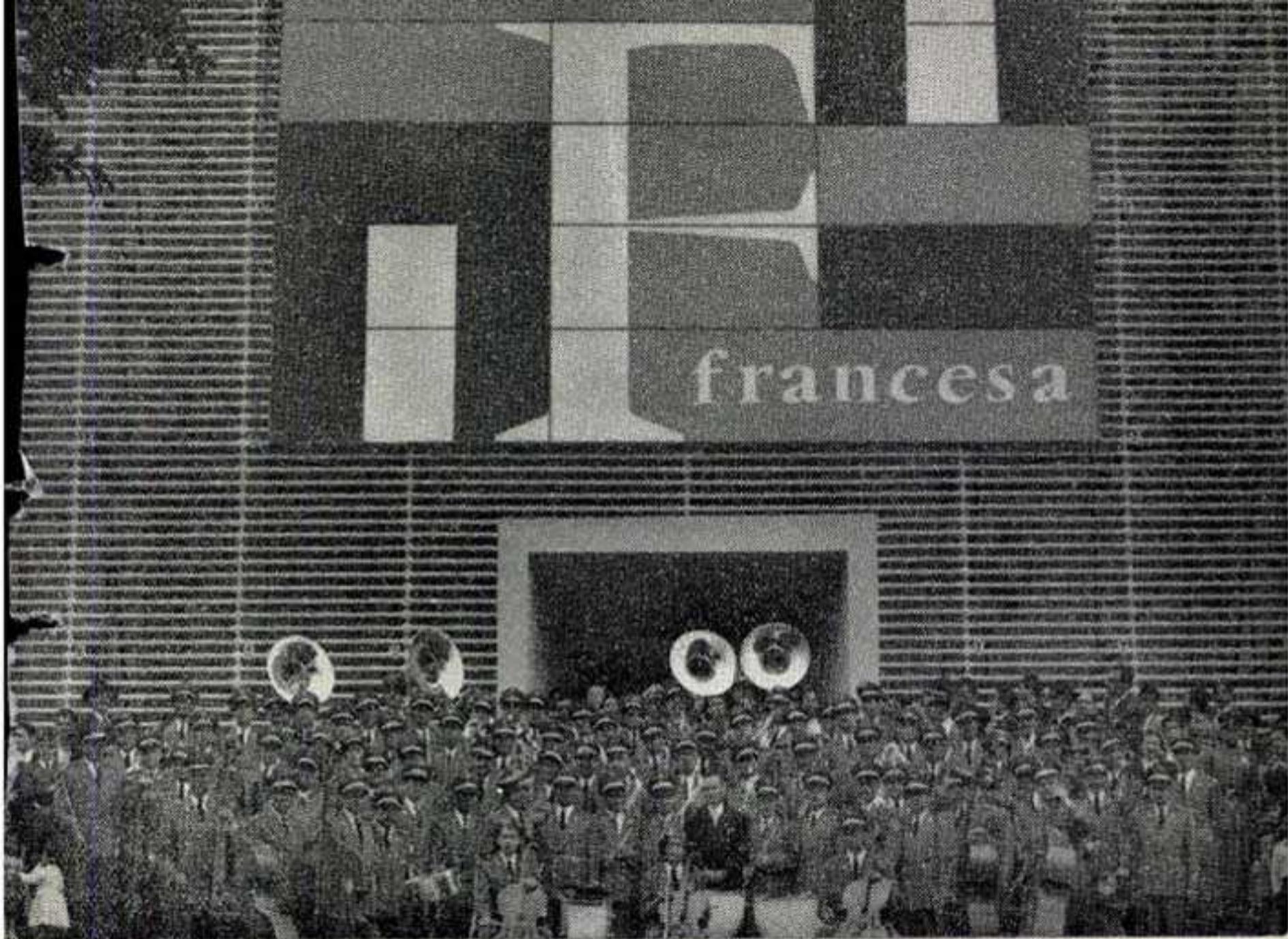
—También he venido aprovechando los equipos de cine de la División "Cun-

dinamarca", proyectando películas que la División toma en arrendamiento, los cortos de los actos oficiales de la institución o del Gobierno y las que nos facilita la sección de cine de la Embajada de los Estados Unidos. En cada pueblo en donde no hay teatros proyectamos esas películas gratis para los niños que están cobijados por la Policía de Protección Infantil, y a los adultos se les cobra una pequeña entrada cuyos fondos se destinan para impulsar la misma campaña, como compra de juguetes, dulces, columpios, aparatos mecánicos para los parques, etc. Con esa pequeña ayuda monetaria se puede ir impulsando la campaña hacia otras realizaciones.

La obra material.

La División "Cundinamarca" no dispone de fondos económicos que le permitan adelantar obras materiales en grande, y por lo tanto, el Teniente Hernández tiene que ingeniarse para atender las necesidades más urgentes que en este terreno se presentan. A la par que se desarrolla el plan, digamos moral, hay que atender la obra material que contribuye grandemente a elevar el nivel de vida del personal. No explica cómo lo ha hecho, pero en el fondo del local que hoy ocupa la División "Cundinamarca" comienzan a perfilarse los lineamientos de un nuevo edificio:

—Este edificio se está construyendo con un presupuesto de \$ 40.000 y, como puede apreciarse, ya está para ser terminado. Consta de dos plantas. En la primera se colocarán los almacenes para armamento, casino de Suboficiales y archivo de la División. La segunda se ha destinado para albergar a los Oficiales que asisten a las reuniones mensuales de Comandantes de Distrito. En otros frentes del edificio se han adelantado reformas que corresponden a necesidades urgentes.



Banda de Música de las Fuerzas de Policía en Bogotá

AMBASSADE DE FRANCE
EN COLOMBIE

L'ATTACHÉ COMMERCIAL

Bogotá, marzo 18 de 1954.

Señor Coronel
FRANCISCO ROJAS SCARPETTA
Director General de la Policía Nacional.
La Ciudad.

Estimado Coronel:

En nombre de la Embajada de Francia y de la Dirección de la Exposición Industrial, recientemente clausurada en esta ciudad, me complace en presentar al señor Coronel nuestros agradecimientos por la magnífica cooperación prestada por la Banda de las Fuerzas Armadas, que contribuyó grandemente a realzar los actos de la Exposición ejecutando numerosos conciertos, con programas muy lucidos, destacándose la magnífica organización de la Banda, su perfecta técnica y gran capacidad de conjunto.

El concepto de los críticos musicales que tuvieron la oportunidad de escucharla, la han catalogado como una completa Banda Sinfónica, que haría honor a cualquier país europeo.

Aprovecho esta oportunidad para reiterarme del señor Coronel, como su atento y seguro servidor,

P. Gudin du Pavillon

